

# **La visita maravillosa**

H. G. Wells



# CAPÍTULO PRIMERO

---

## LA NOCHE DEL PÁJARO EXTRAÑO

**L**a Noche del Pájaro Extraño, muchas personas de Sidderton, y algunas de más cerca, notaron un resplandor por el lado del marjal de Sidderford. Pero en Sidderford nadie lo vio porque la mayoría de los habitantes estaban acostados.

Había sido un día de vendaval, de modo que las alondras del marjal se quedaron, por intervalos, trinando a ras de suelo, o si se elevaban era sólo para que se las llevara el viento como si fuesen hojas. El sol se fue al ocaso en medio de un sangriento tumulto de nubarrones, y la luna se mantuvo oculta. El resplandor, según se dijo, era dorado como un rayo de luz que cayese del cielo y su luz no era uniforme, sino que aparecía interrumpida en todas partes por unos destellos arqueados, como producidos por un reflejo de espadas. Duró sólo un momento y luego dejó la noche oscura y tenebrosa. Se publicaron cartas sobre el fenómeno en *Nature* y un burdo diseño que nadie creyó que se pareciese al original. (Podéis comprobarlo vosotros mismos en la página 42 del volumen CCLX de aquella publicación y veréis que el dibujo no parece un resplandor).

Nadie en Sidderford vio la luz, pero Annie, la esposa de Hooker Durgan, que estaba acostada pero despierta, vio su reflejo danzando en la pared, como una llameante lengua de oro.

También fue Annie una de las que oyó el sonido. Los demás que lo oyeron fueron Lumpy Durgan, el tonto, y la madre de Amory. Dijeron que era un sonido como de niños cantando con la vibración de cuerdas de arpa, derramando un raudal de notas como el que a veces produce un órgano. Empezó y terminó como el abrir y el cerrar de una puerta, y antes y después de ello sólo pudieron oír el viento nocturno aullando en el marjal y el ruido en las cuevas marinas bajo el acantilado de Sidderford. La madre de Amory dijo que le habían entrado ganas de llorar al oír aquello, pero Lumpy dijo que sentía mucho no haber podido oírlo más tiempo.

Esto es todo cuanto os podrá contar cualquiera respecto al resplandor que se vio por encima de Sidderford y de la supuesta música que lo acompañaba. Y si esto tiene o no tiene una verdadera relación con el Pájaro Extraño, cuya historia se relata a continuación, yo no puedo decirlo. Pero lo hago constar aquí por razones que se irán aclarando a medida que vaya avanzando mi relato.

# CAPÍTULO II

---

## LA LLEGADA DEL PÁJARO EXTRAÑO

**S**andy Bright venía por la carretera, procedente de casa de Spinner, con un lomo de cerdo que había cambiado por un reloj. No vio la luz, pero oyó y vio el Pájaro Extraño. Oyó de repente un aleteo y una voz como un lamento de mujer, y como era nervioso por naturaleza e iba solo, se alarmó muchísimo, y volviéndose, temblando como un azogado, vio un gran bulto negro que se destacaba contra la borrosa oscuridad de los cedros en lo alto de la loma. Le pareció que se le echaba encima y entonces dejó caer su lomo de cerdo y echó a correr sólo para caerse un poco más allá cuan largo era.

Intentó en vano (tal era su estado de ánimo) recordar el principio del Padrenuestro. El extraño pájaro aleteó por encima de él, y le pareció de tamaño algo mayor que un hombre. Extendió ampliamente unas alas que a él le parecieron negras. Sandy Bright lanzó un grito y se creyó perdido. Pero el pájaro pasó sin tocarlo, colina abajo. Luego remontó el vuelo pasando por encima de la vicaría y desapareció por el valle hacia Sidderford.

Sandy Bright se quedó allí echado boca abajo durante un buen rato mirando fijamente las profundidades de la oscuridad para seguir el rastro del extraño pájaro. Por fin se puso de rodillas, y empezó a dar gracias al cielo por su misericordiosa salvación, con la vista fija en el suelo. Siguió su camino hacia el pueblo hablando en voz alta y confesando sus pecados mientras andaba, por miedo de que volviese aquel extrañísimo pájaro. Todos los que lo oyeron creyeron que estaba borracho. Pero desde aquella noche cambió por completo y dejó en absoluto de emborracharse y de defraudar al fisco vendiendo adornos de plata sin permiso. Y el lomo de cerdo quedó abandonado en la ladera hasta que el tendero de Portburdock lo encontró la mañana siguiente.

Otra persona que vio el Pájaro Extraño fue el amanuense de un procurador en Iping Hanger, que estaba trepando por la colina, antes del desayuno, para ver la salida del sol. Exceptuando unas deshilachadas nubecillas en trance de disolución, la ventolera de la noche había dejado el cielo despejado. Al principio, el amanuense creyó que se trataba de un águila. Estaba cerca del cenit e increíblemente remoto, como un simple punto brillante encima de los rosados cirros, y parecía como si aletease y se revolviese contra la bóveda celeste, del mismo modo que lo haría una golondrina aprisionada contra los cristales de una ventana. Luego descendió vertiginosamente y penetró en la sombra de la tierra, describiendo una gran curva hacia Portburdock, dando la vuelta por encima del Hanger y desapareciendo detrás de los bosques de Siddermorton Park. Parecía mayor que un hombre. Poco antes de

ocultarse el pájaro, la luz del sol naciente dio con sus rayos en sus alas, por encima de la cresta de la colina, y entonces las alas centellearon con el brillo de la llama y los colores de las piedras preciosas para desvanecerse en seguida, dejando a aquel testigo mudo de asombro.

Un labriego, al dirigirse a su trabajo siguiendo el muro de piedra de Siddermorton Park, vio el Pájaro Extraño relucir un momento por encima de su cabeza para desaparecer inmediatamente por entre los vagos y brumosos intersticios de las hayas. Pero se fijó poco en el color de las alas, observando sólo que tenía unas piernas muy largas y que parecían rosadas, como de carne, y que el cuerpo estaba moteado de blanco. Hendió el aire como una flecha y desapareció rápidamente.

Éstos fueron los tres primeros testigos oculares del Pájaro Extraño.

Ahora bien, hoy nadie se acobarda ya ante el diablo ni ante sus propios pecados y no hay quien vea unas rarísimas alas irisadas en el primer albor de la mañana y luego no lo cuente a todo el mundo. El amanuense se lo refirió a su madre y hermanas durante el desayuno, y luego, al dirigirse a la oficina de Portburdock, habló de ello al herrero de Hammerpond, y se pasó el día con sus compañeros de oficina maravillándose en vez de copiar escrituras. Y Sandy Bright se fue a discutir el asunto con *Mr. Jekyll*, el pastor primitivista, y el labriego se lo refirió al viejo Hugh y después al vicario de Siddermorton.

—No tienen mucha imaginación en este país —dijo el vicario de Siddermorton—. No sé lo que habrá de verdad en todo ello. Si no fuera porque dicen que las alas eran de color marrón, yo creería que se trata de un flamenco.

# CAPÍTULO III

---

## A LA CAZA DEL PÁJARO EXTRAÑO

**E**l vicario de Siddermorton, pueblo situado a nueve millas de distancia tierra adentro y en línea recta de Siddermourh, era un ornitólogo. Una afición por la ornitología, la botánica, la arqueología o el folklore, es casi inevitable para un hombre soltero y en su posición. También era aficionado a la geometría y ocasionalmente proponía problemas imposibles en el *Educational Times*; pero la ornitología era su fuerte. Ya había añadido dos visitantes a la lista de los pájaros británicos ocasionales. Su nombre era muy conocido en las columnas del *Zoologist*, aunque me temo que esté hoy olvidado porque el mundo se mueve muy de prisa. Y el día siguiente de la aparición del Pájaro Extraño fueron a ver al vicario primero una persona y después otra para confirmarle el relato del labriego y contarle a su vez, aunque ello no tuviera relación alguna con lo otro, lo del resplandor sobre el marjal de Sidderford.

Ahora bien, el vicario de Siddermorton tenía dos rivales en sus aficiones científicas: Gully, de Sidderton, que había visto el resplandor con sus propios ojos y que fue quien envió el dibujo a *Nature*, y Borland, el traficante en objetos de historia natural que también poseía el laboratorio marino de Portburdock. Era opinión del vicario que Borland debía de haberse contentado con su copépodos, pero en vez de eso tenía empleado a un disecador y se aprovechaba de su situación en el litoral para cazar raras aves marinas. Era obvio para todo aquel que entendiera algo en coleccionismo que, antes de haber transcurrido veinticuatro horas, aquellos dos hombres estarían recorriendo el país a la búsqueda del extraño visitante.

Las miradas del vicario se habían posado en el lomo de «Aves Británicas», de Saunders, porque en aquel momento el vicario se hallaba en su biblioteca. En dos sitios de aquel tomo se podía leer la citación siguiente: «El único ejemplar británico conocido fue capturado por el reverendo K. Hilyer, vicario de Siddermorton». Pensaba en una tercera citación como aquéllas, y dudaba de que ningún otro coleccionista fuera capaz de otro tanto.

Miró su reloj. Eran las dos. Había acabado de comer, y generalmente «descansaba» a primera hora de la tarde. Sabía muy bien que le sería muy desagradable salir bajo el tórrido sol, desagradable tanto para su cabeza como para su organismo en general.

Sin embargo, tal vez Gully hubiera salido y anduviese al acecho por allí observando. ¿Y si se tratase de algo muy bueno y lo capturase Gully?

Tenía la escopeta en un rincón. ¡Aquel pájaro tenía las alas irisadas y las patas rosadas! El aspecto cromático era, ciertamente, extraordinariamente estimulante.

Cogió la escopeta.

Quiso pasar por las puertas de cristales y la galería, y atravesando el jardín salir a la carretera de la colina con objeto de eludir la vigilancia del ama. Sabía que sus expediciones cinegéticas no gozaban de su aprobación. Pero al avanzar por el jardín vio a la esposa del párroco y a sus dos hijas con sendas raquetas de tenis en la mano. La esposa del párroco era una joven provista de una fuerza de voluntad inmensa, que solía ir a jugar al tenis en la propia pista del vicario como si fuese de ella, cogía las rosas que mejor le parecían de su jardín, difería de él sobre muchos puntos doctrinales y se permitía criticar su conducta personal por toda la parroquia. El vicario le tenía un miedo cerval y estaba siempre intentando atraérsela. Pero hasta entonces se había mantenido firme con su ornitología...

Sin embargo, salió por la puerta delantera.

## CAPÍTULO IV

---

**S**I no fuese por los coleccionistas, Inglaterra estaría relativamente llena de extrañas aves y maravillosas mariposas, flores rarísimas y millares de otros seres interesantes. Pero felizmente el coleccionista evita todo eso, ya sea matándolos con sus propias manos, ya sea comprándolos a precios extravagantes, procurando de este modo que la gente de las clases inferiores maten las excentricidades a medida que vayan apareciendo. Esto da trabajo a la gente, aunque lo impidan los decretos del Parlamento. De esta manera, por ejemplo, está exterminando la chova de Cornualles, la mariposa blanca de Bath, la otra mariposa llamada «Reina de España», y puede vanagloriarse de la completa exterminación de la oca gigante y de un centenar de otras aves, plantas e insectos raros. Todo esto es la obra del coleccionista y su única gloria. En nombre de la Ciencia. Y todo esto está muy bien y es tal como debe ser. Toda excentricidad, de hecho, es una inmoralidad (reflexionad sobre esto si ahora no creéis que sea cierto), del mismo modo que la excentricidad en el modo de pensar es la locura (y os reto a que encontréis otra definición que explique mejor uno y otro caso), y si una especie es rara se deduce en consecuencia que no está adaptada para la supervivencia. El coleccionista es, a fin de cuentas, simplemente igual que el soldado de infantería en la época de las pesadas armaduras de combate. Deja que los demás luchen y él se limita a cortar el cuello a los caídos. Así, pues, uno puede pasearse de uno a otro extremo de Inglaterra en verano y ver sólo ocho o diez flores silvestres corrientes, las más ordinarias mariposas y una docena o cosa así de los pájaros más comunes, sin ser nunca molestado por brecha alguna en la monotonía, por ninguna salpicadura en el paisaje de flores extrañas ni por el revoloteo de un ala desconocida. Todo lo demás ha sido coleccionado hace muchos años. Por esta causa debiéramos todos querer a los coleccionistas y tener muy presente lo mucho que les debemos cuando nos enseñan sus pequeñas colecciones. Esos cajoncitos alcanforados que tienen ellos, sus vitrinas y sus libros de papel secante, son las tumbas de lo Raro y de lo Bello, los símbolos del Triunfo del Ocio, gastado moralmente, sobre las Delicias de la Vida. (Todo lo cual, como vosotros muy adecuadamente observaréis, nada tiene que ver en absoluto con el Pájaro Extraño).

## CAPÍTULO V

---

**H**ay un sitio en el marjal donde las negras aguas brillan entre el musgo jugoso y donde el velludo rosoli, devorador de incautos insectos, extiende sus antenas manchadas de rojo hacia el Dios que crea sus criaturas para que las unas sirvan de pasto a las otras. En un cerro contiguo crecen abedules de corteza plateada y el verde tierno del alerce se mezcla con el verde oscuro del abeto. Por allí, a través del susurrante y meloso brezal, apareció el vicario, bajo el calor del mediodía, con una escopeta debajo del brazo, cargada con perdigones de los gordos destinados al Pájaro Extraño. Y en su mano libre llevaba un pañuelo de bolsillo con el que continuamente se secaba el rostro perlado de sudor.

Pasó por el lado y dejó atrás el estanque grande y la charca cubierta de hojas secas donde el Sidder tiene su origen, y de allí, por la carretera, que al principio es arenosa y luego se vuelve gredosa, a la pequeña verja que da entrada al parque. Hay siete peldaños para subir a la verja, y al otro lado seis para bajar, para que no se escapen los ciervos, de modo que cuando el vicario estuvo en lo alto de la escalerita tenía la cabeza a más de tres metros del nivel del suelo. Y al mirar hacia el lugar donde un tumulto de frondas de helechos rellenaba el hueco que había entre dos grupos de hayas, notó algo de colores diversos que se agitaba y desaparecía. Súbitamente pasó un fulgor por su rostro y sus músculos se pusieron tensos. Agachó la cabeza, asió la escopeta con ambas manos y se quedó inmóvil. Entonces, vigilando atentamente, bajó los peldaños del lado del parque, y estrechando la escopeta entre sus manos, se arrastró más que anduvo hacia el helechal.

Nada se movía, y el vicario temió que hubiese sido una ilusión de sus sentidos, hasta que llegó a los helechos y se hubo metido entre ellos, rozándolos a la altura del pecho. Entonces, repentinamente, se elevó por el aire un ave de ondeantes colores, a veinte yardas o menos de sus narices, batiendo el aire con las alas. Al cabo de un instante ya estaba volando por encima del helechal e inmediatamente extendió las alas en toda su envergadura. El vicario vio lo que era, el corazón se le subió a la garganta, y disparó de pura sorpresa y por hábito.

Se oyó un grito sobrehumano de agonía, las alas batieron el aire dos veces y la víctima cayó diagonalmente con gran rapidez, dando contra el suelo en el césped de la pendiente de detrás del vicario, hecha un guiñapo, agitándose y contorsionándose, con un ala rota y unas cuantas plumas manchadas de sangre revoloteando por el aire.

El vicario se quedó horrorizado, con la humeante escopeta todavía en la mano. No era ningún pájaro sino un joven con una cara hermosísima, vestido con una túnica de color de azafrán y con unas alas irisadas, entre cuyo plumaje unas grandes ondas de color, llamaradas de morado y carmín, verde—oro y azul intenso se perseguían mientras él se contorsionaba en su dolor. Nunca había visto el vicario unas combinaciones tan soberbias de color. Ni los ventanales de vidrios coloreados, ni las

alas de las mariposas, ni siquiera los rompimientos luminosos de los cristales vistos entre prismas, ningún color terrenal podía compararse con ellos. Dos veces el Ángel intentó incorporarse, pero para volver a caerse de costado. Entonces el aleteo disminuyó, el aterrorizado semblante palideció las oleadas de color se amortiguaron y, de repente, con un sollozo, se quedó tendido de espaldas, y las cambiantes tonalidades de las alas rotas se marchitaron rápidamente transformándose en un matiz uniforme de color gris mortecino.

—¡Oh! ¿Qué me ha sucedido? —exclamó el Ángel estremeciéndose violentamente, con las manos extendidas, hincadas en el suelo, y volviendo a quedar inmóvil.

—¡Pobre de mí! —exclamó el vicario—. No tenía la menor idea.

Y, acercándosele con grandes precauciones, añadió:

—Dispense, pero temo haber disparado contra usted.

Era una observación obvia.

El Ángel pareció darse cuenta por vez primera de la presencia de su agresor. Se incorporó a medias apoyándose en una mano y sus ojos castaños se quedaron mirando fijamente al vicario. Luego, abriendo la boca y mordiéndose el labio inferior, consiguió sentarse y examinó al vicario de pies a cabeza.

—¡Un hombre! —exclamó el Ángel dándose una palmada en la frente—. ¡Un hombre vestido con las más absurdas ropas negras y sin ni una sola pluma en su cuerpo! ¡Entonces no me han engañado! ¡Estoy de veras en el País de los Sueños!

# CAPÍTULO VI

---

## EL VICARIO Y EL ÁNGEL

Ahora bien, hay cosas que son francamente imposibles. El intelecto más débil tendrá que admitir que esta situación es imposible. El *Athenæum* también diría lo mismo si yo me aventurase a analizar esto. Los helechos salpicados de sol, las hayas desplegadas a la vista, el vicario y la escopeta son cosas perfectamente aceptables. Pero este Ángel es distinto. Las personas sensatas y normales difícilmente proseguirán la lectura de una historia tan extravagante como ésta. Y el vicario se percató enteramente de semejante imposibilidad. Pero le faltó decisión. Por consiguiente, siguió adelante, como veréis inmediatamente. Tenía mucho calor, hacía poco que había comido y no estaba para sutilezas mentales. La presencia del Ángel le había cogido desprevenido y por si esto fuera poco aún le distrajo de la solución principal con unas irisaciones superfluas y un violento aleteo. En aquellos momentos no se le ocurrió al vicario preguntarse si el Ángel era posible o no. Lo aceptó en la confusión del momento y el daño estuvo hecho. ¡Póngase usted en su lugar, mi querido *Athenæum*! Usted sale de caza. Dispara y da en el blanco. Esto solo ya es suficiente para desconcertarle a usted. Luego resulta que ha herido a un Ángel, que se retuerce en el suelo durante un minuto y después se incorpora y le dirige la palabra. No presenta ninguna excusa por su propia imposibilidad. Por el contrario, se lanza a la carga dentro del propio campamento de usted: «¡Un hombre! —exclama señalándole con el dedo—. Un hombre vestido con las más absurdas ropas negras y sin una sola pluma en su cuerpo. Entonces no me han engañado. ¡Estoy de veras en el País de los Sueños!». Tiene usted que contestarle algo. A menos que eche usted a correr o le haga saltar la tapa de los sesos con un segundo disparo para esquivar toda controversia.

—¡El País de los Sueños! Perdóneme usted si me permito insinuarle que acaba usted de llegar de allí precisamente —fue la observación que le hizo el vicario.

—¿Cómo puede ser eso? —preguntó el Ángel.

—Su ala —repuso el vicario— está sangrando. Antes de hablar más, ¿podría tener el placer, el triste placer, de vendarle la herida? Estoy, créalo usted, sinceramente apenado...

El Ángel se llevó la mano a la espalda e hizo una mueca.

El vicario ayudó a su víctima a ponerse de pie. El Ángel se volvió gravemente, y el vicario, con innumerables paréntesis jadeantes e insignificantes, le examinó con mucho cuidado las alas heridas. El vicario observó con gran interés que se articulaban con una especie de segunda cavidad glenoidea en el borde externo superior del omoplato. El ala izquierda había sufrido poco, excepto la pérdida de algunas plumas

primarias, y uno o dos perdigones en el ala espuria, pero el húmero derecho estaba evidentemente fracturado. El vicario restañó la hemorragia tan bien como supo y vendó el hueso con su pañuelo de bolsillo y la bufanda que su ama de llaves le hacía llevar en todo tiempo.

—Mucho me temo que no pueda usted volar durante algún tiempo —dijo palpando el hueso.

—No me gusta nada esta nueva sensación —repuso el Ángel.

—¿El dolor que le hago al tocarle el hueso?

—¿El que? —preguntó el Ángel.

—El dolor.

—¿Dolor... le llama usted? No, no me gusta nada el dolor ese. ¿Tienen ustedes mucho dolor de ése en el País de los Sueños?

—Bastante —contestó el vicario—. ¿Es nuevo eso para usted?

—Completamente —dijo el Ángel—. No me gusta nada.

—¡Qué curioso! —exclamó el vicario mordiendo un extremo del pañuelo para anudarlo—. Me parece que este vendaje le servirá por ahora. —Y añadió—: Aprendí a hacer curas de urgencia en otro tiempo, pero nunca el vendaje de heridas grandes. ¿Se le ha calmado el dolor?

—Ahora me quema en vez de pincharme —dijo el Ángel.

—Mucho me temo que siga quemando durante algún tiempo —dijo el vicario muy atento con la herida aún.

El Ángel encogió el ala y se volvió para mirar de nuevo al vicario. Había estado intentando mirarlo por encima del hombro durante toda la entrevista. Ahora lo miró de pies a cabeza con las cejas enarcadas y una creciente sonrisa en su hermoso y delicado semblante.

—¡Parece tan raro esto de estar hablando con un hombre...! —dijo con una agradabilísima risita.

—¿Sabe usted —replicó el vicario—, ahora que pienso en ello, que para mí es igualmente raro esto de estar hablando con un Ángel? Yo soy un hombre bastante realista. Un vicario tiene que serlo. Y siempre he considerado a los ángeles como... conceptos artísticos.

—Es exactamente lo que nosotros pensamos de los hombres...

—Pero, con toda seguridad, usted habrá visto muchos hombres...

—Nunca hasta hoy. En pinturas y en libros, muchas veces, naturalmente. Pero desde la salida del sol he visto algunos hombres reales y concretos, además de uno o dos caballos, esos unicornios, ¿sabe usted?, sin cuerno, y muchos de estos grotescos animales llenos de bultos que se llaman «vacas». Es natural que me asustara un poco al ver tantos monstruos mitológicos y viniera a esconderme aquí hasta que oscureciera. Supongo que volverá a oscurecer nuevamente, igual que la primera vez. ¡Ay! Este dolor, como usted dice, no me hace ninguna gracia. Espero que despertaré pronto.

—Perdone, pero no le entiendo —dijo el vicario frunciendo las cejas y dándose una palmada en la frente—. ¡Monstruo mitológico!

Lo peor que le habían llamado desde hacía muchos años era «anacronismo medieval», y eso aún un defensor de la separación de la Iglesia del Estado.

—¿Debo entender que usted me considera como... un ser que forma parte de un sueño?

—¡Claro! —repuso el Ángel sonriendo.

—Y este mundo que hay a nuestro alrededor, estos rugosos árboles y esos tupidos ramajes...

—¡Es todo tan parecido a un sueño...! —dijo el Ángel—. Es exactamente igual que lo que se sueña... o lo que imaginan los artistas.

—Entonces, ¿hay artistas entre los ángeles?

—Toda clase de artistas... Ángeles con una imaginación maravillosa, que inventan hombres y vacas y águilas y millares de criaturas imposibles.

—¿Criaturas imposibles? —repitió el vicario.

—Criaturas imposibles —afirmó el Ángel—. Mitos.

—¡Pero yo soy real! —exclamó el vicario—. Le aseguro a usted que existo.

El Ángel encogió las alas como si se encogiera de hombros, hizo una mueca y sonrió.

—Siempre me doy cuenta de cuándo estoy soñando —dijo.

—¿Usted... está soñando? —preguntó el vicario.

Y miró a su alrededor.

—¿Usted está soñando? —repitió.

Su mente trabajaba difusamente. Extendió la mano agitando los dedos.

—¡Ya lo tengo! —exclamó—. Ya empiezo a ver claro.

Una idea, realmente brillante, alboreaba en su mente. ¡Por algo había estudiado matemáticas en Cambridge, después de todo!

—¿Quiere usted hacer el favor de decirme el nombre de algunos animales de su mundo... del mundo real, animales verdaderos que usted conozca?

—¿Animales reales y verdaderos? —dijo el Ángel sonriendo—. Pues hay grifos y dragones... y centauros... y querubines... y esfinges... y el hipogrifo... y sirenas... y sátiros... y...

—Muchas gracias —interrumpió el vicario al ver que el Ángel se iba entusiasmando—. Muchísimas gracias. Ya es bastante. Empiezo a comprender.

Se calló durante unos instantes, con el entrecejo fruncido.

—Sí... Ya empiezo a ver claro.

—¿A ver qué? —preguntó el Ángel.

—Los grifos y los sátiros y todo lo demás.

—Pues yo no los veo —dijo el Ángel.

—No, el *quid* está en que no se pueden ver en este mundo. Pero nuestros hombres, los que tienen imaginación, nos han hablado de ellos, ¿sabe usted? Y aún a

veces... hay ciertos sitios en este mismo pueblo donde hay que aceptar simplemente lo que la gente dice, o, si no, se ofenden... Yo, por mi parte, he visto en sueños centauros, duendes, mandrágoras... Desde nuestro punto de vista, ¿sabe usted?, son criaturas de ensueño...

—¡Criaturas de ensueño! —exclamó el Ángel—. ¡Qué singular! ¡Éste sí que es un sueño curiosísimo! Una especie de mundo al revés. Usted llama a los hombres seres reales y a los ángeles mitos. Casi hace pensar que, de algún modo extraño, debe de haber dos mundos, como si dijéramos...

—Dos por lo menos —dijo el vicario.

—Situados en alguna parte, muy juntos, y, sin embargo, lejos de sospechar...

—Tan juntos como dos páginas contiguas en un libro.

—Penetrándose mutuamente, viviendo cada uno de ellos su propia vida. ¡Es realmente un sueño delicioso!

—Y sin soñar nunca el uno con el otro.

—¡Excepto cuando la gente se pone a soñar!

—Sí —dijo el Ángel, meditabundo—. Debe ser algo así. Y ahora que me acuerdo... A veces, al quedarme dormido soñoliento bajo el sol del mediodía, he visto unas caras extrañas y arrugadas, iguales que la de usted, junto a mí, y unos árboles con hojas verdes sobre ellas, y un suelo rarísimo e irregular como éste... Debe de ser así. He caído en otro mundo.

—Algunas veces —repuso el vicario—, después de acostarme, cuando me hallo en el linde de la inconsciencia, he visto caras tan hermosas como la de usted, y extrañas vistas deslumbradoras de una escena maravillosa que transcurría ante mis ojos, con unas figuras aladas que se sostenían en el aire, y unas maravillosas, y a veces terribles, formas que iban de un lado para otro. También mis oídos han escuchado una música dulcísima... Pudiera ser que, a medida que retiramos nuestra atención del mundo de los sentidos, del apremiante mundo que hay a nuestro alrededor, al pasar el crepúsculo del reposo, otros mundos... Igual que vemos las estrellas, esos otros mundos en el espacio, cuando la luz del día se apaga... Y los artistas soñadores que ven estas cosas clarísimamente... Ambos permanecieron unos instantes mirándose.

—¡Y de algún modo incomprensible resulta que me he caído desde mi propio mundo a este incomprensible mundo vuestro! —dijo el Ángel—. He caído en el mundo de mis sueños convertido en realidad.

Miró a su alrededor.

—¡En el mundo de mis sueños!

—Es desconcertante —dijo el vicario—. Casi habría motivo para pensar que tal vez... ¡ejem...!, hubiese en realidad cuatro dimensiones después de todo. En cuyo caso, naturalmente continuó diciendo apresuradamente porque le gustaban las disquisiciones geométricas, y tenía cierta vanidad de exhibir sus conocimientos en esta materia, —es muy posible que haya un número indefinido de universos

tridimensionales situados unos junto a otros, y cada uno de ellos soñando vagamente en los demás. Puede que haya mundos y más mundos, universos y más universos. Es perfectamente posible. No hay nada tan increíble como lo absolutamente posible. Pero lo que no me explico es cómo pudo acontecer que usted se cayera de su mundo al mío...

—¡Válgame Dios! —exclamó el Ángel—. ¡Aquí hay ciervos! Son iguales que los que pintan en los escudos de armas. ¡Qué grotesco me parece todo esto! ¿Es posible que esté despierto?

Se frotó los ojos con los nudillos.

Media docena de ciervos moteados comparecieron en fila india, oblicuamente, por entre los árboles, y se detuvieron husmeando.

—No es sueño... Soy realmente un ángel sólido y concreto, en el País de los Sueños —dijo el Ángel.

Y se echó a reír. El vicario, mientras tanto, lo observaba. El reverendo torcía la boca según un hábito adquirido, y se frotaba el mentón con los dedos preguntándose si no se hallaba él también en el País de los Sueños.

## CAPÍTULO VII

---

**A**hora bien, en el País de los Ángeles, según fue sabiendo el vicario en el transcurso de varias conversaciones, no hay dolo, ni molestias ni muerte, no hay bodas ni peticiones de mano, no hay nacimientos ni olvido. Sólo de vez en cuando se inician cosas nuevas. Es un país sin montes ni valles, un país admirablemente llano, reluciente, con extraños edificios, con incesante luz de sol o de luna llena y con incesantes brisas que soplan a través de las eólicas frondas de los árboles. Es el verdadero País de las Maravillas, con relumbrantes mares suspendidos en el cielo, cruzados por extrañas flotas que van navegando nadie sabe hacia dónde. Allí las flores lucen en el cielo y las estrellas brillan a los pies de uno, y el aliento vital es una pura delicia. La tierra allí sigue rodando eternamente, porque no hay sistema solar ni espacios interplanetarios como en nuestro universo, y el aire sube a lo alto, más allá del sol, hasta el más remoto abismo de su firmamento. Y allí sólo hay Belleza. Toda la belleza de nuestro arte no es más que una débil reproducción de leves destellos de aquel mundo maravilloso, y nuestros compositores, nuestros originales compositores, son aquellos que oyen, de un modo casi imperceptible, el polvo de melodía que levantan sus vientos. Y los ángeles y los maravillosos monstruos de bronce y mármol y ardiente fuego, se pasean de un lado para otro.

Es el País de la Ley, porque cualquier cosa está allí bajo la ley, pero todas sus leyes difieren, de un modo rarísimo de las nuestras. Su geometría es diferente porque su espacio posee una curva tal que todos sus planos son cilindros, y su ley de gravedad no concuerda con la ley de la razón inversa del cuadrado de la distancia, y tienen veinticuatro colores primarios en vez de los tres que tenemos nosotros. La mayor parte de las cosas fantásticas de nuestra ciencia son allí vulgaridades, y toda nuestra ciencia terrenal les parecería a ellos un sueño de locos. Por ejemplo, sus plantas no producen flores, sino haces de fuego colorado. Esto, naturalmente, va a parecerles a ustedes una tontería porque no comprenderán la mayor parte de lo que el Ángel explicó al vicario, e incluso el vicario no pudo entenderlo porque su propia experiencia, basándose sólo en este mundo material, se hallaba en franco desacuerdo con su comprensión. Aquello era demasiado extraño para poder ser imaginado siquiera.

Lo que había sacudido a aquellos dos universos gemelos para que el Ángel cayera en Sidderford de improviso, es cosa que ni el Ángel ni el vicario pudieron explicarse. Como tampoco puede explicárselo el autor de la presente narración. Al autor sólo le interesan los hechos y no tiene ni el deseo ni la presunción de razonarlos. Los razonamientos son la falacia de una época científica. Y el hecho principal del presente caso es éste: que en pleno aire libre, en el parque de Siddermorton, con la gloria de cierto mundo maravilloso donde no existen aún ni tristezas ni suspiros, el día 4 de agosto de 1895 había un Ángel, brillante y bello, hablando con el vicario de

Siddermorton sobre la pluralidad de los mundos. El autor juraría la presencia del Ángel si hubiere necesidad de ello, y de aquí no pasa.

## CAPÍTULO VIII

---

—**T**engo una sensación muy rara *aquí* —insistió el Ángel—. La tengo desde la salida del sol. No recuerdo haber experimentado ninguna sensación como ésta... *aquí*, nunca.

—No será dolor, espero —dijo el vicario.

—¡Oh, no! Es completamente diferente... Es como una sensación de vacío.

—La presión atmosférica será tal vez un poco distinta —repuso el vicario tocándose la barbilla.

—Y, ¿sabe usted?, también experimento unas sensaciones curiosísimas en la boca... casi como si... ¡es tan absurdo...!, casi como si tuviera necesidad de meter cosas en ella.

—¡Válgame Dios! —exclamó el vicario—. ¡Claro...! ¡Tiene usted hambre!

—¿Hambre? —preguntó el Ángel—. ¿Qué es esto?

—¿No comen ustedes?

—¿Comen? Esta palabra es nueva para mí.

—Quiere decir si no se ponen alimento en la boca, ¿comprende? Aquí hay que hacerlo. Lo aprenderá pronto. Si no lo hace así, adelgazará y se sentirá muy desgraciado y sufrirá mucho... dolor, ¿sabe usted...? Y, por fin, tendrá que morir.

—¡Morir! —exclamó el Ángel—. ¡Otra palabra extraña!

—Aquí no es nada extraña. Significa dejar de vivir, ¿comprende usted?

—Nosotros nunca dejamos de vivir.

—No sabe usted lo que puede ocurrirle en este mundo. Es muy posible que si usted tiene hambre, y siente dolor y tiene el ala rota, también tenga que morir un día u otro, antes de que pueda salir de este atolladero. Sea lo que sea, vale la pena de que pruebe de comer algo. A mi juicio, hay muchísimas cosas más desagradables que ésa.

—Sí, creo que tendré que comer —dijo el Ángel—, desde luego si no resulta demasiado difícil. No me gusta este «dolor» vuestro, y tampoco me gusta esa «hambre». Si vuestro «morir» es algo parecido, prefiero comer. ¡Qué mundo tan extraño es éste!

—Morir —explicó el vicario— se considera generalmente como algo peor que el dolor o el hambre... Depende.

—Tendrá que explicarme todo esto más tarde —dijo el Ángel—. A menos que antes me despierte. Ahora hágame el favor de enseñarme a comer. Si no le molesta. Siento una cierta urgencia.

—Dispense —dijo el vicario, ofreciéndole el brazo—. Si puedo tener el honor de invitarle... Mi casa está allí... a un par de millas escasas de distancia.

—¡Su casa! —exclamó el Ángel, cada vez más sorprendido.

Pero se cogió afectuosamente del brazo del vicario y los dos se dirigieron

conversando y andando lentamente, a través del frondoso helechal moteado de sol bajo los árboles, hacia el portillo en la empalizada del parque, y de allí a través de los brezos zumbantes de abejas dos millas cuesta abajo hacia la casa.

Os habría encantado aquella pareja si hubieseis podido verla. El Ángel, pequeño de talla, escasamente de metro y medio de altura, y con unas facciones hermosísimas y casi afeminadas tal, como hubiera podido pintarlo un antiguo maestro italiano. (En realidad hay uno en la «National Gallery», *Tobías y el Ángel*, de un artista desconocido, que no es muy diferente de él tanto físicamente como en la expresión de la cara). Iba vestido sencillamente con una túnica de color de azafrán ribeteada de morado, descalzo y con las rodillas al aire, con las alas, rotas ahora, y gris plomizas, plegadas a la espalda. El vicario tenía un tipo también pequeño, pero muy robusto, de faz rubicunda, pelirrojo, bien afeitado y con unos brillantes ojos castaño—rojizos. Llevaba un sombrero de paja con cinta negra, una corbata blanca pulquérrima y una bonita cadena de reloj, de oro. Sentíase tan interesado con su compañero que sólo al divisar la vicaría se le acudió que había dejado la escopeta en el suelo, en el lugar donde se le había caído, en medio de los helechos.

Se alegró muchísimo al enterarse de que el dolor del Ángel disminuía rápidamente de intensidad.

# CAPÍTULO IX

---

## PARÉNTESIS SOBRE LOS ÁNGELES

Vamos a explicarnos. El Ángel de esta historia es el Ángel del Arte y no aquel Ángel que sería irreverente tocar. No es ni el Ángel de los sentimientos religiosos ni el Ángel de las creencias populares. A este último lo conocemos todos. Es el único entre las huestes angélicas que es claramente femenino. Lleva un vestido de una blancura inmaculada y absoluta, con mangas, es rubio con largas trenzas doradas y sus ojos son de color azul celeste. Es una pura mujer, doncella o matrona, con su traje de noche, y con las alas pegadas a los omoplatos. Sus ocupaciones son domésticas y muy simpáticas: vigila una cuna o ayuda a un alma hermana a subir al cielo. A veces lleva una palma, pero nada tendría de extraño que nos lo encontráramos algún día con un calentador en la mano para ir a calentar a algún pobre pecador medio muerto de frío. Este Ángel fue el que bajó del cielo para ir a visitar a Margarita en la cárcel, en la retocada escena última del *Fausto* en el Lyceum, y los interesantes y buenísimos niños que mueren prematuramente tienen visiones de ángeles parecidos a éste en las novelas de *Mrs. Henry Wood*. Este ángel femenino, con su indescriptible encanto de santidad perfumada de lavanda, su aroma de vidas limpias y metódicas, es, después de todo, según parece, una invención puramente teutónica. El pensamiento latino lo desconoce. Los antiguos maestros no lo representan nunca. Es todo de una pieza con aquella amable, inocente y afeminada escuela de arte cuyo mayor triunfo consiste en hacer que al público se le haga «un nudo en la garganta» y en la que el ingenio, la pasión, el escarnio y la pompa no tienen lugar alguno.

El ángel blanco fue creado en Alemania, la tierra de las mujeres rubias y de los sentimientos domésticos. Viene a nosotros frío y adorable, puro y tranquilo, tan silenciosamente calmante como la amplitud y el silencio del firmamento tachonado de estrellas, el cual resulta también inenarrablemente idolatrado por el alma teutónica... Nosotros lo reverenciamos. Y a aquellos ángeles de los hebreos, aquellos espíritus de poder y misterio, a Rafael, a Zaquiél y a Miguel, de quienes sólo Watts pudo coger la sombra, de quienes sólo Blake pudo ver el esplendor, a éstos también los reverenciamos.

Pero este Ángel contra el cual disparó el vicario no es, repetimos, ningún ángel de esta clase, sino el ángel del arte italiano, policromo y alegre. Procede del país de los hermosos ensueños y no de un lugar sagrado. A lo mejor resulta papista. Tened paciencia, por consiguiente, con sus tornasoladas plumas, y no os precipitéis con vuestra carga de irreverencia hasta haber leído toda la historia.

# CAPÍTULO X

---

## EN LA VICARÍA

**L**A esposa del párroco, con sus dos hijas, y *Mrs.* Jehoram estaban todavía jugando al tenis en la pista que hay detrás del estudio del vicario. Jugaban muy bien y hablaban, con frases entrecortadas, de patrones de papel para blusas. Pero el vicario se había olvidado de ello y compareció por aquel lado.

Ellas vieron el sombrero del vicario por encima de los rododendros, y a su lado una cabeza descubierta, de pelo rizado.

—Debo pedirle que vaya a ver a Susan Wiggin —dijo la esposa del párroco.

Estaba a punto de servir y se quedó inmóvil, con la raqueta en una mano y la pelota entre los dedos de la otra.

—Es él quien debiera haber ido a visitarla, siendo como es el vicario, en vez de George. Yo... ¡Ah!

Las dos figuras habían dado vuelta a la esquina y eran visibles. El vicario cogido del brazo de...

Aquello se presentó súbitamente a la vista de la esposa del párroco. Como la cara del ángel estaba vuelta hacia ella, no vio las alas. Sólo un rostro de belleza ultraterrena rodeado de una aureola de pelo castaño y una graciosa figura vestida con un ropaje de color de azafrán que casi no le llegaba a las rodillas. La visión de aquellas rodillas pasó como un relámpago por la mente del vicario y se sintió horrorizado. También se quedaron horrorizadas las dos muchachas y *Mrs.* Jehoram. Todos se horrorizaron. El Ángel se quedó mirando lleno de asombro aquel grupo horrorizado. Y es que no había visto horrorizarse a nadie hasta entonces.

—¡*Mr.* Hilyer! —exclamó la esposa del párroco—. ¡Esto ya es demasiado!

Se quedó sin habla durante un momento y luego añadió:

—¡Oh!

Y volviéndose en redondo hacia las rígidas muchachas, ordenó:

—¡Vamos!

El vicario abrió y volvió a cerrar la boca sin poder decir nada. El mundo zumbaba a su alrededor. Hubo un remolino de faldas de céfiro y cuatro rostros apasionados y descompuestos se dirigieron resueltamente hacia la abierta puerta del pasadizo que cruzaba la vicaría. El vicario tuvo la sensación de que su reputación se iba con ellas.

—*Mrs.* Mendham —dijo dando un paso adelante—. *Mrs.* Mendham, usted no comprende...

—¡Oh! —Volvieron a exclamar todas.

Una, dos, tres, cuatro faldas desaparecieron detrás de la puerta. El vicario fue tambaleándose hasta el centro de la pista y allí se detuvo, estupefacto.

—Esto nos ocurre —oyó que decía la esposa del párroco desde las profundidades del pasadizo— por tener un vicario soltero...

El paragüero se tambaleó. La puerta de la fachada de la vicaría se cerró con estrépito. Durante un rato reinó un absoluto silencio.

—Podía habérmelo figurado —murmuró el vicario—. ¡Es siempre tan precipitada en todo!

Se cogió la barbilla con la mano, gesto en él habitual. Luego volvió el rostro hacia su compañero. El Ángel, evidentemente, estaba muy bien educado. Tenía en la mano la sombrilla de *Mrs. Jehoram*, que ella se había dejado olvidada en una de las sillas de bambú, y la estaba examinando con extraordinario interés. La abrió.

—¡Qué curioso mecanismo! —dijo—. ¿Para qué servirá?

El vicario no contestó. El traje angélico era... El vicario sabía que era a propósito para soltar una frase francesa, pero no pudo acordarse de cuál. ¡Hablaba tan pocas veces el francés! Sabía que no era *de trop*. Cualquiera cosa salvo *de trop*. El Ángel sí que estaba *de trop*, pero no su traje. ¡Ah...! ¡*Sans culotte!*

Examinó a su invitado con espíritu crítico... por primera vez.

«Será difícil de explicar», se dijo en voz baja.

El Ángel plantó la sombrilla en el césped y fue a oler el fragante rosal silvestre. El sol le daba de plano en el cabello castaño prestándole apariencia de un halo. Se pinchó un dedo.

—¡Qué raro! —exclamó—. Otra vez el dolor.

—Sí —murmuró el vicario pensando en alta voz—. Es muy hermoso y muy curioso así tal como está. A mí me gusta más así. Pero mucho me temo que tendré que hacerlo.

Y se acercó al Ángel con una tosecilla nerviosa.

## CAPÍTULO XI

---

—**E**ran unas señoras —exclamó el vicario.

—¡Qué grotescas! —comentó el Ángel sonriendo y oliendo el fragante rosal silvestre—. ¡Y qué figuras más raras!

—Es posible... —dijo el vicario—. ¿Notó usted... ¡ejem...!, su modo de comportarse?

—Se marcharon. Hasta pareció como si huyeran. ¿Se asustarían? Yo, claro está, también me asusté de ver esos seres sin alas. Espero... que no se asustarían por mis alas, ¿verdad?

—Fue por su aspecto en general —dijo el vicario mirándole involuntariamente los rosados pies.

—¡Pobre de mí! Nunca se me hubiera ocurrido. Supongo que les parecería tan extraño como usted me pareció a mí. —Miró el suelo y añadió—: Y mis pies. Usted tiene pezuñas como un hipogrifo.

—Botas —corrigió el vicario.

—¿Botas lo llaman ustedes? Pero, sea como sea, siento mucho haber alarmado...

—Es que —dijo el vicario acariciándose el mentón— nuestras señoras... ¡ejem...!, tiene sus opiniones particulares... opiniones muy poco artísticas, por cierto, sobre... ¡ejem...!, la indumentaria. Vestido como usted está ahora, me temo, me temo muchísimo que... a pesar de lo indudablemente bonito que es su vestido... se va a encontrar usted algo... ¡ejem...!, algo aislado en la sociedad. Tenemos un pequeño proverbio que dice: «Cuando estés en Roma..., ¡ejem...!, haz lo que hagan los romanos». Puedo asegurarle que, suponiendo que usted desee... ¡ejem...!, vivir con nosotros... durante su permanencia involuntaria...

El Ángel retrocedió uno o dos pasos a medida que el vicario se iba acercando en su intento de mostrarse diplomático y confidencial. La hermosa cara parecía perpleja.

—No entiendo. ¿Por qué está haciendo estos ruidos con la garganta? ¿Es indicio de muerte o hambre o de algo por el estilo?

—Como huésped mío... —interrumpióle el vicario, y se detuvo.

—Como huésped mío... —repitió el Ángel.

—¿Tendría usted inconveniente, hasta que se hayan establecido unas disposiciones más permanentes, en vestirse usted..., ¡ejem...!, con un traje, un traje enteramente nuevo debo decir, como este que yo llevo puesto?

—¡Oh! —exclamó el Ángel.

Retrocedió unos pasos, a fin de poder contemplar al vicario de pies a cabeza.

—¿Llevar un traje como el de usted? —añadió.

Se sentía confuso, pero divertido. Brillaron sus ojos, muy abiertos, frunció las comisuras de los labios.

—¡Delicioso! —exclamó palmoteando—. ¡Qué extraño sueño de locura es éste!

¿Dónde está ese traje?

Y comenzó a desatarse el cordón de su túnica de color de azafrán.

—¡Dentro! —exclamó el vicario—. Por aquí... ¡Hay que cambiarse la ropa... dentro!

## CAPÍTULO XII

---

**A** sí, pues, el Ángel se puso un par de piezas de ropa interior del vicario, una camisa rasgada por la espalda, para poder acomodar las alas, calcetines, zapatos (los zapatos de vestir del vicario), cuello, corbata y un abrigo ligero. Pero al ponerse esta última prenda, el Ángel volvió a sentir dolor, lo que hizo recordar al vicario que el vendaje que le hizo era provisional.

—Llamaré para que traigan el té en seguida, y mandaré a Grummet a buscar el doctor —dijo el vicario.

Y añadió:

—Cenaremos temprano.

Mientras el vicario daba sus órdenes desde la baranda del rellano, el Ángel se examinaba a sí mismo en el espejo con evidente satisfacción. Si era extraño al dolor, no era, evidentemente extraño, gracias, quizás, a sus ensueños, al placer de la incongruencia.

Tomaron el té en el salón. El Ángel se sentó en el taburete del piano, a causa de las alas. Al principio quería echarse en la esterilla de la chimenea. Ofrecía un aspecto mucho menos radiante con las ropas del vicario, del que tenía con la túnica de color de azafrán. Su rostro brillaba aún, el color del pelo y de las mejillas era extrañamente brillante, y en sus ojos centelleaba una luz sobrehumana, pero las alas debajo del abrigo le daban la apariencia de un jorobado. Las ropas le prestaban, realmente, un aspecto completamente terrestre, con los pantalones llenos de arrugas transversales y los zapatos de un número mayor que el que convenía.

Era encantadoramente afable e ignoraba completamente los hechos más elementales de la civilización. La cuestión de la comida no presentó dificultades, y el vicario se entretuvo y se divirtió enseñándole cómo se había de tomar el té.

—¡Qué enredo! ¡En qué mundo tan feo y tan grotesco vive usted! —dijo el Ángel—. ¡Qué curioso esto de embutirse cosas en la boca! Nosotros utilizamos nuestras bocas sólo para hablar y cantar. Nuestro mundo, ¿sabe usted?, es inconmensurablemente bello. Tenemos tan pocas cosas feas que encuentro todo esto... delicioso.

*Mrs.* Hinijer, el ama de llaves del vicario, miró al Ángel con suspicacia al entrar con el té. Lo consideró como un «tipo raro». Lo que habría pensado de él de haberle visto con la ropa de color de azafrán, es cosa que nadie puede decirlo.

El Ángel se paseó por la estancia con la taza de té en una mano y el pan con mantequilla en la otra, examinando los muebles del vicario. Desde las ventanas, el césped, con sus adoraos de dalias y girasoles, relucía bajo la cálida luz del sol, y la sombrilla de *Mrs.* Jehoram brillaba como un triángulo de fuego. El Ángel encontró realmente muy curioso el retrato del vicario, colocado sobre la repisa de la chimenea, y no pudo comprender por qué razón estaba allí.

—Si usted es redondo —dijo, a propósito del retrato—, ¿por qué quiere verse aplanado?

Y encontró muy divertida la pantalla de cristal ante el fuego. Las sillas de roble le parecieron muy extrañas.

—Ustedes no son cuadrados, ¿verdad? —dijo al explicarle el vicario su uso—. *Nosotros* no nos doblamos nunca. Cuando queremos descansar nos echamos sobre el asfódelo.

—La silla —dijo el vicario—, a decir verdad, es una cosa que siempre me ha extrañado. Data, según creo, de aquellos tiempos en que el suelo era frío y muy sucio. Supongo que la hemos continuado usando por puro hábito. Esto de sentarse en sillas ha llegado a ser en nosotros una especie de instinto. Por supuesto que si yo, al ir a visitar a una de mis feligresas, me echara en el suelo... cosa que sería muy natural..., no sé lo que ella haría. Lo sabría la parroquia entera en menos tiempo del que se tarda en relatarlo. Y, no obstante, parece ser el método natural de reposo este de reclinarsé. Los griegos y los romanos...

—¿Qué es esto? —preguntó el Ángel bruscamente.

—Es un martín pescador disecado. Lo maté yo.

—¿Lo mató?

—De un tiro —aclaró el vicario—, con una escopeta.

—¿De un tiro? ¿Igual que a mí?

—Yo no lo he matado a usted, ¿sabe...? Afortunadamente.

—¿Matar es hacer que quede así?

—Hasta cierto punto, sí.

—¡Pobre de mí! ¿Y usted quería dejarme así...? ¿Usted quería ponerme ojos de vidrio y dejarme tieso en una caja de cristal llena de estas cosas verdes y pardas tan feas?

—Es que —empezó a decir el vicario—, yo apenas comprendí...

—¿Es esto «morir»? —preguntó el Ángel, de repente.

—Está muerto...

—¡Pobrecillo! Tengo que comer mucho. Pero usted dice que lo mató. ¿*Por qué?*

—Es que —dijo el vicario— soy muy aficionado a los pájaros, y... ¡ejem...!, los colecciono. Deseaba tener el ejemplar...

El Ángel se lo quedó mirando un momento con ojos atónitos.

—¡Un pájaro tan hermoso como éste! —dijo estremeciéndose—. ¡Porque tuvo usted ese capricho! ¡Deseaba tener el ejemplar!

Reflexionó un minuto.

—¿Mata usted muy a menudo? —preguntó al vicario.

# CAPÍTULO XIII

---

## EL HOMBRE DE CIENCIA

**E**ntonces llegó el doctor Crump. Grummet lo había encontrado a menos de cien yardas de la verja de la vicaría. Era un hombre alto, de aspecto pesado, con un rostro muy bien afeitado y una gran papada. Iba vestido con un traje de mañana, de color gris (iba siempre de gris), y llevaba una corbata a cuadros blancos y negros.

—¿Quién es el enfermo? —preguntó, entrando y mirando sin sombra de sorpresa la radiante cara del Ángel.

—Éste... ¡ejem...!, caballero —dijo el vicario—, o... ¡ah...! Ángel tiene una herida de arma de fuego.

El Ángel se inclinó.

—¿Una herida de arma de fuego? —dijo el doctor Crump—. ¿Y en julio? ¿Me permite que lo vea, *Mr...* Ángel? Creo que se llama usted así.

—Probablemente podrá mitigarle el dolor —dijo el vicario—. Permítame que le ayude a quitarse el abrigo.

El Ángel se volvió obedientemente.

—¿Incurvación de la columna vertebral? —murmuró el doctor Crump, inteligiblemente, mientras daba la vuelta alrededor del Ángel para situarse detrás de él—. ¡No! Tumoración anormal. ¡Hola! ¡Esto es muy raro!

Le cogió el ala izquierda.

—¡Qué curioso! —dijo—. Reduplicación del miembro superior... Voracoide bífida... Es posible, claro está, pero nunca había visto nada semejante.

El Ángel hizo una mueca mientras él lo seguía palpando.

—Húmero, radio y cubito. Todo está aquí. Eso es congénito, claro está. El húmero está roto. Curiosa simulación tegumentaria de plumas. ¡Válgame Dios! Casi es un ave. Será probablemente de un interés considerable para la anatomía comparada. ¡Nunca lo hubiera creído...! ¿Cómo se ha producido esta herida por arma de fuego, señor Ángel?

El vicario estaba atónito ante aquellos modales del doctor.

—Nuestro amigo —dijo el Ángel haciendo con la cabeza un gesto hacia el vicario.

—Desgraciadamente es obra mía —confesó el vicario dando un paso—. Confundí al caballero..., al Ángel..., ¡ejem...!, con un ave de gran tamaño...

—¿Que lo confundió con un ave de gran tamaño? ¡Vamos, hombre! Usted necesita que le gradúen la vista —gruñó el doctor Crump—. Ya se lo dije tiempo atrás.

El médico prosiguió tocando y palpando, sincrónicamente, con una serie de

gruñidos y sonidos inarticulados...

—Para ser hecho por un aficionado este vendaje está muy bien —dijo—. Me parece que lo dejaré tal como está. ¡Qué deformidad tan curiosa! ¿No se siente usted incómodo, *Mr. Ángel*?

Y dio la vuelta al Ángel para mirarlo de frente.

El Ángel creyó que se refería a la herida.

—Algo —dijo.

—Si no fuera por los huesos, le aconsejaría que se lo pintase con yodo por la mañana y por la tarde. No hay nada como el yodo. Se podría uno pintar la cara con yodo hasta dejarla lisa y aplanada. Pero la excrescencia ósea, los huesos, ¿sabe usted?, complican las cosas. Podría aserrarlos, claro está. Pero es algo que no debe hacerse precipitadamente...

—¿Se refiere usted a mis alas? —preguntó el Ángel, alarmado.

—¡Alas! —exclamó el médico—. ¿Eh? ¡Llámelo alas! Sí... ¿A qué otra cosa podría referirme?

—¡Aserrarlas! —exclamó el Ángel.

—¿No le parece? Claro que esto es asunto de usted. Yo sólo se lo aconsejo...

—¿Aserrarlas? ¡Qué gracioso es usted! —dijo el Ángel echándose a reír.

—Como usted quiera —asintió el médico.

El doctor Crump detestaba a las personas risueñas.

—Son unas cosas muy curiosas —dijo volviéndose hacia el vicario—, aunque molestas.

Y dirigiéndose al Ángel, añadió:

—Nunca había oído nada de una reduplicación tan completa..., al menos entre los animales. En las plantas es muy corriente. ¿Es usted el único de su familia que tiene eso?

Y sin esperar respuesta, prosiguió:

—Los casos de fisión parcial de miembros no son excepcionales, vicario... Niños con seis dedos, terneras con seis patas y gatos con dedos dobles, ¿sabe usted? ¿Me permite que le ayude? —dijo volviéndose hacia el Ángel que estaba haciendo esfuerzos para ponerse el abrigo—. ¡Pero una reduplicación tan completa como ésta! Sería mucho menos notable si se tratara de otro par de brazos.

Cuando el Ángel se hubo puesto el abrigo, el médico y él se miraron.

—Realmente —dijo el doctor—, ahora empiezo a comprender cómo se originó aquel hermoso mito de los ángeles. Tiene un aspecto algo héctico, *Mr. Ángel*..., febril. Un exceso de calor es casi peor síntoma que una excesiva palidez. ¡Qué curioso que usted se llame Ángel! Le prescribiré una poción refrescante por si tiene sed por la noche...

Escribió algo en el puño de la camisa. El Ángel se lo quedó mirando pensativo, con el alborear de una sonrisa en los ojos.

—Un momento, Crump —dijo el vicario cogiendo al médico del brazo y

acompañándolo a la puerta.

La sonrisa del Ángel se hizo más ancha al mirarse las piernas cubiertas con el negro pantalón.

—¡Positivamente me cree un hombre! —murmuró—. Lo que se figura que son las alas es cosa que no puedo imaginar. ¡Qué raro es! ¡Éste es realmente un sueño extraordinario!

## CAPÍTULO XIV

---

**E**se individuo es un ángel —murmuró el vicario al oído del médico—. Ya veo que usted no lo comprende.

—¿Qué? —exclamó el médico, con voz rápida y aguda.

Enarcó las cejas y sonrió.

—Pero ¿y las alas?

—Es natural, naturalísimo... aunque algo anormal. —¿Está usted seguro de que eso es natural?

—Amigo mío, todo lo que existe es natural. No hay nada que no sea natural en el mundo. Si creyera lo contrario, abandonaría la profesión y me metería en *La Gran Cartuja*. Hay algunos fenómenos anómalos, naturalmente. Y...

—Pero la manera como lo encontré... —insistió el vicario.

—Sí, dígame dónde lo encontró —dijo el médico sentándose sobre la mesa del vestíbulo.

El vicario comenzó con alguna vacilación, pues no era un buen narrador, a hablar de los rumores que habían circulado sobre la presencia de un pájaro extraño. Refirió lo ocurrido con torpes frases, pero, conociendo al obispo como lo conocía, y sabiendo el rigor de su ortodoxia, temía que su estilo de orador sagrado se mezclara en su conversación cotidiana. A la tercera o cuarta frase, poco más o menos, el médico hacía un gesto de asentimiento con la cabeza, con las comisuras de los labios vueltas para abajo, como si dijéramos, como si fuese marcando las frases que iba confrontando de aquel relato, y las encontrara perfectamente justas y normales.

—¡Autosugestión! —murmuró una vez.

—¿Qué? —preguntó el vicario.

—Nada —dijo el médico—. Nada de particular. Prosiga. Esto está resultando interesantísimo.

El vicario explicó entonces que había salido con la escopeta.

—Después de comer, creo que me ha dicho usted, ¿no es cierto? —interrumpió el médico.

—Inmediatamente después —afirmó el vicario.

—No debería hacer estas cosas, hombre. Pero siga, haga el favor.

El vicario llegó al momento en que vio al Ángel desde la verja.

—A sol batiente —dijo el médico a modo de paréntesis—. Estábamos a veintiséis grados a la sombra.

Cuando el vicario hubo concluido, el doctor apretó los labios con más fuerza que nunca, sonrió levemente y le miró con aire significativo.

—Usted no cree... —empezó a decir el vicario titubeando.

El médico movió la cabeza.

—Perdone —dijo poniendo la mano en el brazo del vicario—. Usted sale después

de una fuerte comida en una tarde calurosa. Probablemente a veintisiete grados de temperatura, o más. Su mente, o lo que quede de ella, está dando vueltas a la esperanza de cazar un ave extraña. Digo «lo que quede de su mente» porque la mayor parte de su energía nerviosa estará ahí abajo, dirigiendo la comida. Un hombre que dormitaba entre los helechos se pone de pie y usted dispara. Le da, y hete aquí que... hete aquí que el tal sujeto tiene unas extremidades superiores dobles, muy semejantes a las alas. Es una coincidencia, no lo niego. Y en cuanto a sus colores irisados y a todo lo demás... ¿No ha visto usted nunca unas manchas de color nadando ante sus ojos, en los días en que el sol brilla con exceso...? ¿Está usted seguro de que estas irisaciones estaban limitadas a las alas? Piénselo.

—¡Pero él dice que *es* un ángel! —dijo el vicario poniendo unos ojos como dos naranjas y metiéndose las manos en los bolsillos.

—¡Ah! —exclamó el médico sin quitar el ojo del vicario—. Ya me lo esperaba.

Hubo una pausa.

—Pero usted no va a creer... —empezó a decir el vicario.

—Ese hombre —dijo el médico en voz baja y con aire muy importante— es un matoide.

—¿Un qué?

—Un matoide. Un anormal. ¿Se ha fijado usted en la afeminada delicadeza de su cara? ¿En su tendencia a echarse a reír sin ton ni son? ¿En su cabeza despeinada? Además, considere su singular atavío...

La mano de vicario subió hasta la barbilla.

—Son estigmas de debilidad mental —dijo el médico—. Hay muchos individuos de este mismo tipo de degenerado que muestran idéntica propensión a exhibir vastas y misteriosas credenciales. Uno se hará pasar por el Príncipe de Gales, otro por el Arcángel Gabriel, otro hasta por la misma Divinidad. Ibsen se cree ser un Gran Maestro y Maeterlinck un nuevo Shakespeare. Lo he estado leyendo en Nordau. Sin duda, su extraña deformidad le dio la idea...

—Pero, realmente —empezó a decir el vicario.

—No cabe ninguna duda de que se ha escapado de un asilo.

—No puedo aceptar del todo...

—Pues ya lo aceptará. Recurriremos a la policía, y a falta de ella, a los anuncios. Pero, naturalmente, su familia querrá echar tierra al asunto. Es una cosa muy triste para una familia...

—Pero parece tan...

—Probablemente sus amigos lo reclamarán dentro de uno o dos días —dijo el médico buscándose el reloj—. No puede vivir lejos de aquí, me parece. Parece pacífico. Tendré que volver mañana a ver el ala.

Se deslizó de la mesa y se puso de pie.

—Veo que estos cuentos de viejas aún le impresionan —dijo dando unas palmadas en el hombro del vicario—. Pero un ángel, ¿sabe usted...? ¡Ja, ja!

—Yo de veras creí... —repuso el vicario, dubitativamente.

—Considere la evidencia —dijo el médico hurgando aún sin encontrar el reloj—, considere la evidencia y mídala con nuestros instrumentos de precisión. ¿Y qué queda? Unas manchas de color, borrones de la fantasía..., *moscas volantes*.

—Y sin embargo —dijo el vicario—, podría casi jurar que en sus alas había la misma gloria...

—Piénselo bien —replicó el médico sacando, por fin, el reloj—. Una tarde calurosa..., un sol intenso..., su cabeza hecha un hervidero... Pero, realmente, *tengo* que irme. Son las cinco menos cuarto. Volveré mañana a ver a su... ángel..., ¡ja, ja...!, si nadie ha venido a buscarlo entre tanto. Su vendaje está muy bien hecho. Me enorgullezco de ello. Nuestras clases de cura de urgencia *fueron* un éxito, ya lo ve usted... Buenas tardes.

# CAPÍTULO XV

---

## EL PÁRROCO

**E**l vicario abrió la puerta con gesto casi maquinal para dejar salir a Crump, y vio que Mendham, su párroco, avanzaba por el sendero, bordeando el seto de alverjanas moradas y ulmarias. Al ver al párroco se pellizcó la barbilla y sus ojos se abrieron, perplejos. ¿Y si se *hubiera* engañado? El médico pasó por el lado del párroco y le saludó tocándose el borde del ala del sombrero. El vicario se dijo que Crump era un hombre inteligentísimo y sabía mejor lo que pasaba en el cerebro de cada cual que el mismo dueño del cerebro. El vicario tuvo una sensación muy aguda en este sentido. Y pensó que la explicación que iba a tener que dar sería muy difícil. ¿Y si al volver al salón se encontrase precisamente con un vagabundo dormido en la esterilla de la chimenea?

Mendham era un hombre de aspecto cadavérico con una barba magnífica. Parecía realmente como si le creciera la barba del mismo modo que la simiente de mostaza se transformaba en planta. Pero cuando hablaba se descubría que también poseía una voz.

—Mi esposa ha llegado a casa en un estado lamentable —bramó desde lejos.

—Entre usted —dijo el vicario—. Es un suceso notabilísimo. Entre por favor. Pase al estudio. Estoy apenadísimo, pero cuando le explique...

—Y se excuse, espero —gritó el párroco.

—Y me excuse. No, no es por aquí. Por este otro lado, en el estudio.

—Bueno, ¿quién *era* esa mujer? —preguntó el párroco volviéndose hacia el vicario al cerrar éste la puerta del estudio.

—¿Qué mujer?

—¡Bah!

—Pero, realmente...

—Esa mujer pintada y tan ligera de ropa, tan repugnante, para llamar las cosas por su nombre, con la que usted se estaba paseando hace un rato por el jardín.

—Amigo Mendham..., era un ángel.

—¿Un ángel bonito?

—¡El mundo se está volviendo tan prosaico...! —exclamó el vicario.

—El mundo —rugió el párroco— se está volviendo cada día más pecador. Pero eso de encontrarse un hombre de su posición, desvergonzadamente, abiertamente...

—¡*Mala peste!* —exclamó el vicario aparte.

El vicario raras veces juraba.

—Mire usted, Mendham, usted se equivoca. Puedo asegurarle...

—Muy bien —dijo el párroco—. Explíquese usted.

Se irguió con las flacas piernas muy abiertas, los brazos cruzados y mirando ceñudamente a su vicario por encima de su espesa barba.

(Repito que he considerado siempre las explicaciones como la falacia más característica de esta época científica actual).

El vicario miró a su alrededor y se sintió desamparado. El mundo le parecía apagado y muerto. ¿Habría estado soñando toda la tarde? ¿Había, en realidad, un ángel en el salón? ¿O era juguete de una complicada alucinación?

—Bueno, ¿qué? —dijo Mendham al cabo de un minuto.

La mano del vicario aleteo alrededor de su barbilla.

—¡Es una historia difícil de contar! —dijo.

—No me cabe la menor duda —dijo Mendham ásperamente.

El vicario reprimió un movimiento de impaciencia.

—Salí en persecución de un pájaro extraño esta tarde... ¿Cree usted en los ángeles, Mendham? ¿En ángeles auténticos?

—No estoy aquí para discutir teología. Soy el marido de una dama que ha sido insultada.

—Pero le digo que no es una figura retórica. Estoy hablando de un ángel, de un verdadero ángel, con alas y todo. Está en el cuarto de al lado... Usted no me entiende, de modo que...

—Realmente, Hilyer...

—Es verdad, le digo, Mendham. Le juro que es verdad. —Y añadió con pasión—: Ignoro qué pecado debo de haber cometido para tener que hospedar y vestir visitantes celestiales. Yo sólo sé que, por más absurdo que pueda parecer, actualmente tengo un ángel en el salón, vestido con mi traje nuevo y que está acabando de tomar el té. Y se queda a vivir en mi casa, indefinidamente, a instancias mías. No hay duda que me he precipitado, pero no puedo echarlo de casa porque *Mrs. Mendham*... En fin, yo puedo ser un hombre débil, pero también soy un caballero.

—Realmente, Hilyer...

—Le aseguro que es verdad —siguió diciendo el vicario con un deje de histérica desesperación en el tono de la voz—. Disparé contra él, tomándole por un flamenco, y le herí en un ala.

—Creí que esto sería un caso para el obispo, pero me encuentro con que es un caso para la Comisión de Manicomios.

—¡Venga usted a verlo, Mendham!

—¡Pero si no hay ángeles!

—A la gente le decimos todo lo contrario —replicó el vicario.

—No los hay en estado corporal —dijo el párroco.

—Es igual, venga y véalo.

—No quiero ver sus alucinaciones —empezó a decir el párroco.

—No podré explicarle nada a menos de que usted venga y lo vea —dijo el vicario—. Verá usted un hombre que se parece más a un ángel que cualquier otra cosa, ya

sea en el cielo ya en la tierra. Usted tiene que venir a verlo si quiere comprender esto.

—No quiero comprender nada —gritó el párroco—. No quiero prestarme a ninguna impostura. Seguramente, Hilyer, si esto no es una superchería, usted podrá explicármelo... De modo que un flamenco, ¿eh?

## CAPÍTULO XVI

---

**E**l Ángel había acabado su té y estaba mirando pensativamente por la ventana. Pensaba que la antigua iglesia situada al otro extremo del valle, iluminada por la luz del sol poniente, era muy hermosa, pero no podía comprender qué eran aquellas apretadas hileras de losas funerarias que se erguían en lo alto de la colina, más allá de la iglesia. Se volvió en el momento en que entraban Mendham y el vicario.

Mendham estaba siempre dispuesto a regañar a su vicario y a sus feligreses, pero no era hombre capaz de hacer lo mismo con un desconocido. Miró al Ángel, y la teoría de «la mujer extraña» quedó eliminada. La belleza del Ángel era clarísimamente la belleza de la juventud.

—*Mr. Hilyer* acaba de decirme —empezó a decir Mendham con un tono casi de excusa— que usted... ¡ah, es tan curioso...!, que usted pretende ser un ángel.

—Que es un ángel —rectificó el vicario.

En Ángel se inclinó.

—Naturalmente —dijo Mendham—, sentimos una gran curiosidad.

—¡Claro! —dijo el Ángel—. Unas formas tan negras...

—¿Qué? —preguntó Mendham, sorprendido.

—La negrura de los faldones —aclaró el Ángel—, y la falta de alas.

—Precisamente —dijo Mendham, que se hallaba ya completamente desorientado—. Nosotros tenemos, naturalmente, curiosidad por saber cómo llegó usted a este pueblo en un traje tan singular.

El Ángel miró al vicario. El vicario se acarició la barbilla y dijo:

—Es que...

—Déjelo que se explique él —dijo Mendham—, se lo ruego.

—Quisiera indicarle... —volvió a insistir el vicario.

—Y yo no quiero que le indique nada.

—¡*Qué estúpido!* —exclamó el vicario, aparte.

El Ángel miró al uno y luego al otro.

—¡Tienen unas expresiones muy ásperas sus caras! —dijo.

—Miré usted, *Mr... Mr...*, ignoro su nombre —dijo Mendham con cierta disminución de su suavidad de maneras—. El caso es que mi esposa..., cuatro señoras, mejor dicho..., estaban jugando al tenis, cuando usted se presentó de improviso, señor mío... Usted se presentó de improviso por entre los rododendros en un atuendo deficientísimo. Usted y *Mr. Hilyer*.

—Pero yo... —dijo el vicario.

—Ya lo sé. Era el indumento de este caballero el deficiente. Naturalmente..., estoy en mi derecho al pedir... al exigir una explicación... —Y añadió mientras su voz iba aumentando de volumen—: Y exijo esta explicación.

El Ángel sonrió levemente al oír aquel tono colérico, y la súbita actitud de

hombre enérgico del párroco, con los brazos firmemente cruzados.

—Soy un recién llegado al mundo —empezó a decir el Ángel.

—Hace diecinueve años por lo menos —calculó Mendham—. Es lo bastante crecidity para saber lo que está bien. Es una excusa muy pobre.

—¿Puedo hacer una pregunta, primero? —dijo el Ángel.

—Diga usted.

—¿Cree usted que soy un hombre... como usted? El hombre de la corbata a cuadros también lo creyó.

—Si usted no es un hombre...

—Otra pregunta. ¿No ha oído usted hablar *nunca* de los ángeles?

—Le aconsejo que se abstenga de venirme a mí con el cuento ese —dijo Mendham, volviendo a su habitual mal humor.

El vicario lo interrumpió:

—¡Pero, Mendham..., si tiene alas!

—*Haga el favor* de dejarme hablar con él —indicó Mendham.

—¡Es usted muy original! —dijo el Ángel—. Me interrumpe siempre que voy a decirle lo que tengo que decir.

—Pero ¿qué *tiene* usted que decir? —preguntó Mendham.

—Que soy realmente un ángel...

—¡Bah!

—Todavía...

—Pero, dígame con sinceridad... ¿Cómo se atrevió a penetrar en los jardincillos de la vicaría de Siddermorton... en el estado en que se hallaba? Y en compañía del vicario, además. ¿No puede usted prescindir de este cuento ridículo...?

El Ángel se encogió de alas.

—¿Qué le pasa a este hombre? —preguntó al vicario.

—Amigo Mendham —dijo el vicario—, unas palabras por mi parte...

—¡Me parece que mi pregunta es bastante directa!

—Pero no quiere usted decirme la respuesta que espera que le dé y no ganaré nada con responderle otra cosa.

—¡Bah! —exclamó otra vez el párroco. Y volviéndose repentinamente hacia el vicario, le preguntó—: ¿De dónde ha salido?

El vicario se hallaba presa de terribles dudas en aquellos momentos.

—¡Dice que es un ángel! —dijo el vicario—. ¿Por qué no lo escucha usted?

—No hay ángel que alarme a cuatro señoras...

—¡Ah! ¿Es por eso? —dijo el Ángel.

—¡Y ya es bastante, me parece! —gruñó el párroco.

—Pero es que, de veras, yo no sabía...

—¡Esto ya es demasiado!

—Estoy sinceramente apenado de haber alarmado a esas señoras.

—Y con razón. Pero ya veo que no conseguiré nada de usted —dijo Mendham. Y

dirigiéndose hacia la puerta, añadió—: Estoy convencido de que hay algo inconfesable en el fondo de este asunto. Y si no, ¿por qué razón no da una explicación clara y sencilla? Confieso que estoy perplejo. Por qué razón en esta época ilustrada tiene usted que venir a contarme este cuento fantástico, esta historia inverosímil de un ángel, es cosa que va más allá de mi comprensión. ¿Qué puede ganar con ello...?

—¡Pero párese a mirar sus alas! —exclamó el vicario—. ¡Yo le aseguro que tiene alas!

Mendham tenía ya la mano en el pomo de la puerta.

—Ya he visto demasiado —dijo—. Puede que esto sea sencillamente un necio intento de burla, Hilyer.

—¡Pero, Mendham! —exclamó el vicario.

El párroco se detuvo en el umbral de la puerta y miró al vicario por encima del hombro. Las opiniones acumuladas durante meses encontraron su salida.

—No puedo comprender, Hilyer, por qué razón está usted en la Iglesia. ¡Voto al chápuro que no lo sé! El ambiente está lleno de movimientos sociales, de cambios económicos, de movimiento feminista, de traje racional, de reunión de la cristiandad, de socialismo, de individualismo..., de todas las grandes e interesantísimas cuestiones del momento. Precisamente nosotros, los que seguimos al Gran Reformador... Y ahí está usted, disecando pájaros y asustando a las señoras con sus brutales faltas de atención...

—¡Pero, Mendham! —volvió a suplicar el vicario.

—Usted avergüenza a los apóstoles con su liviandad... Pero ésta es sólo una investigación preliminar —dijo con una sombra de amenaza en su sonora voz.

Y salió bruscamente de la habitación dando un violento portazo.

# CAPÍTULO

## XVII

---

—¿**T**odos los hombres son tan raros como ése? —preguntó el Ángel.  
—Estoy en una posición tan difícil —dijo el vicario—, que ya ve usted...

Y se interrumpió buscando una idea mientras se acariciaba la barbilla.

—Empiezo a comprender —repuso el Ángel.

—No quieren creerme.

—Ya lo veo.

—Creerán que les cuento mentiras.

—¿Y qué?

—Que esto me sería extremadamente doloroso.

—¡Doloroso...! ¡Dolor! —dijo el Ángel—. Espero que no ocurra así.

El vicario movió la cabeza. La buena fama de que gozaba en el pueblo había constituido el aliento de su vida hasta entonces.

—Mire usted —dijo—. Sería mucho más sencillo si usted dijera que es un hombre, ni más ni menos.

—Pero es que no lo soy.

—No, no lo es usted —convino el vicario—. Por lo tanto, eso no sirve.

»Nadie de los que viven en este pueblo —continuó— ha visto nunca a un ángel, ni ha oído a ninguno... excepto en la iglesia. Si usted hubiese hecho su presentación en el presbiterio... el domingo..., la cosa podía haber sido diferente. Pero ahora ya es demasiado tarde... Nadie, absolutamente nadie, lo creerá.

—Espero que no le causaré ninguna molestia.

—En absoluto —dijo el vicario—, en absoluto. Sólo que... Naturalmente, puede resultar molesta la situación si usted relata una historia demasiado increíble. Si me permitiera que le sugiriese... ¡ejem...!

—Diga.

—Verá usted: como los habitantes de este mundo son hombres, casi con toda seguridad le van a considerar a usted también como un hombre. Si usted les dice que no lo es, van a creer sencillamente que no les dice la verdad. Sólo las personas excepcionales aprecian lo excepcional. Cuando se halle usted en Roma debe..., bueno, debe respetar un poco los prejuicios de los romanos... y hablar en latín. Ya verá usted cómo se encontrará mejor...

—¿Me propone usted que yo finja que me he vuelto hombre?

—Ha comprendido usted en seguida mi intención.

El Ángel se quedó un rato reflexionando.

—Es posible que, después de todo —dijo lentamente—, me transforme de veras

en hombre. Tal vez me haya precipitado al asegurar que no lo era. Usted dice que no hay ángeles en este mundo. ¿Quién soy yo para oponerme a su experiencia? Simple flor de un día... en lo que respecta a este mundo. Si usted dice que no hay ángeles... es evidente que yo debo de ser otra cosa. Yo como... y los ángeles no comen. Tal vez ya me haya transformado en hombre.

—Sería una opinión muy conveniente, desde luego —dijo el vicario.

—Si es conveniente para usted...

—Lo es. Y lo es también para explicar su presencia aquí —dijo el vicario. Y después de un momento de reflexión añadió—: Sí, por ejemplo, usted hubiese sido un hombre ordinario, con cierta debilidad por vadear el río y hubiese ido usted a vadear el Sidder y le hubiesen robado la ropa, por ejemplo, y yo me hubiese encontrado por casualidad con usted en esa situación tan inconveniente, entonces la explicación que yo podría dar a *Mrs. Mendham*... quedaría desprovista, por lo menos, de su elemento sobrenatural. ¡Se es tal contrario actualmente al elemento sobrenatural! Incluso en el púlpito. Difícilmente creería usted...

—Es una lástima que no haya sido así —murmuró el Ángel.

—¡Claro! —aprobo el vicario—. Ha sido una gran lástima que no haya sido así. Pero, de todos modos, le quedaré muy agradecido si usted quiere hacerme el favor de no imponer su naturaleza angélica. En realidad, todo el mundo le quedará muy agradecido. Existe la firme convicción de que los ángeles no hacen estas cosas. Y no hay nada más doloroso, como yo mismo puedo atestiguar, que una opinión establecida que se desmorona... Las opiniones prestablecidas son los dientes mentales en más de un aspecto. Por mi parte —añadió el vicario, pasándose la mano por los ojos—, no puedo dejar de creer que es usted un ángel... Es evidente que tengo que creer lo que he visto con mis propios ojos.

—Nosotros siempre creemos lo que vemos —dijo el Ángel.

—Y nosotros también, dentro de ciertos límites.

En aquel momento el reloj que había sobre la repisa de la chimenea dio las siete, y casi simultáneamente *Mrs. Hinijer* anunció que la cena estaba servida.

# CAPÍTULO XVIII

---

## DESPUÉS DE CENAR

**E**l Ángel y el vicario se sentaron a la mesa. El vicario, con la servilleta sujeta en el cuello, observó cómo el Ángel se debatía con la sopa.

—Pronto se acostumbrará a comer —dijo el vicario. El tenedor y el cuchillo fueron utilizados de una manera muy torpe, pero eficaz. El Ángel miraba furtivamente a Delia, la pequeña camarera que servía la mesa. Cuando luego se pusieron a cascar nueces, cosa que el Ángel encontró muy a su gusto, y la muchacha se hubo retirado, el Ángel preguntó:

—¿Era una señora ésa, también?

—No —dijo el vicario (*crac*)—. No... no es una señora. Es una criada.

—Sí —dijo el Ángel—, tiene un tipo mucho más bonito.

—Esto no se lo diga ahora a *Mrs. Mendham* —replicó el vicario, muy satisfecho en su fuero interno.

—No le abultan tanto los hombros y las caderas, y todo es más proporcionado entre ambas cosas. Y el color de su traje no es chillón, sino simplemente neutro. Y su cara...

—Es que *Mrs. Mendham* y sus hijas habían estado jugando al tenis —dijo el vicario, convencido de que no debía prestar oídos a la detracción de nadie, ni aun de su mortal enemiga—. ¿Le gustan a usted estas cosas... estas nueces?

—Muchísimo —contestó el Ángel. (*Crac*).

—Mire usted —repuso el vicario (*cham, cham, cham*)—, por mi parte, creo enteramente que usted es un ángel.

—¡Sí! —dijo el Ángel.

—Yo disparé contra usted... Le vi aletear. Esto es indiscutible en mi espíritu. Admito que es curioso y está en contra de mis opiniones preconcebidas, pero... prácticamente... tengo la seguridad, la completa seguridad de haber visto lo que ciertamente vi. Pero, después del comportamiento de estas personas... (*Crac*). Realmente, no veo el modo de persuadir a la gente. ¡Hoy la gente se muestra tan peculiar contra toda clase de evidencia! Tanto, que creo que se puede defender muy bien la actitud adoptada por usted. Provisionalmente al menos, creo que lo mejor para usted sería obrar tal como usted mismo se propone y comportarse como un hombre, en tanto esto sea posible. Claro que no hay manera de saber cómo ni cuándo va a volver usted a su prístino estado. Después de lo que ha ocurrido (*glu, glu, glu...* El vicario volvió a llenar su vaso...) después de lo que ha ocurrido no me extrañaría

nada ver derrumbarse una de las paredes de esta habitación y aparecer las huestes celestiales para volvérselo a llevar a usted... y hasta tal vez a los dos, a usted y a mí. Usted ha ensanchado los límites de mi imaginación. Durante todos estos años me había olvidado por completo del País de las Maravillas. Pero todavía... Lo más sensato será, ciertamente, comunicarles el hecho con muchas precauciones.

—Esta vida de ustedes me interesa —dijo el Ángel—. Y no sé nada todavía. ¿Cómo empiezan ustedes?

—¡Válgame Dios! —exclamó el vicario—. ¡Qué difícil va a ser explicarle esto! Empezamos nuestra existencia aquí, ¿sabe usted?, como bebés, que son unas cositas pequeñitas y rosaditas, tontas y desamparadas, envueltas en ropa blanca, con los ojos salientes, y que se quejan tristemente en la pila bautismal. Luego estos bebés crecen y hasta llegan a hacerse hermosos... cuando se les lava la cara. Y siguen creciendo hasta alcanzar un determinado tamaño. Y se transforman en niños mayores, muchachos y muchachas, jovencitos y doncellas (*crac*), hombres y mujeres. Ésta es la época mejor de la vida, según muchos... y ciertamente es la más hermosa. Llena de grandes esperanzas y ensueños, vagas emociones e inesperados peligros.

—¿*Aquella* era una doncella? —preguntó el Ángel, indicando la puerta por donde Delia había desaparecido.

—Sí —contestó el vicario—, es una doncella.

Y se calló, quedándose pensativo.

—¿Y después?

—Después —dijo el vicario—, el encanto se desvanece y la vida empieza a complicarse. Los hombres y las mujeres jóvenes se unen en parejas... en su mayoría. Vienen a verme, tímidos y vergonzosos, vestidos con unos trajes muy elegantes y muy feos, y yo los caso. Y luego les nacen pequeños, bebés rosados, y más tarde, los jovencuelos y las doncellas se convierten en seres gordos y vulgares, y otros se vuelven flacos y regañones. Sus bonitos cutis se marchitan, y son presa de unas extrañas ilusiones de superioridad sobre las personas más jóvenes, y todo el placer y toda la gloria desaparecen de sus vidas. Por consiguiente, llaman «ilusión» al placer y a la gloria de las generaciones más jóvenes. Y luego comienzan a deshacerse en pedazos.

—¡Deshacerse en pedazos! —exclamó el Ángel—. ¡Qué grotesco!

—El cabello se cae o pierde el color y se vuelve ceniciento —dijo el vicario—. Míreme a mí, por ejemplo.

E inclinó hacia delante la cabeza, para mostrar un área circular y brillante del tamaño de un florín.

—Y los dientes se caen —añadió—. La cara se deshincha y queda tan arrugada y seca como una manzana pasada. Usted mismo ha dicho que la mía estaba arrugada. Cada vez se preocupan más de lo que tienen que comer y que beber y menos de los demás placeres de la existencia. Los miembros se descoyuntan, los corazones se debilitan y, a veces, se desprenden fragmentos de pulmón al toser. El dolor...

—¡Ah! —exclamó el Ángel.

—El dolor se apodera de sus vidas cada vez más. Y luego se van de este mundo. No les gusta irse, pero así tiene que ser... Tienen que marcharse de este mundo... Y se van a disgusto, agarrándose a su dolor hasta el fin en su ansia de quedarse...

—¿Y adónde van?

—Antes creía saberlo. Pero ahora que soy más viejo, me he dado cuenta de que no lo sé. Tenemos una leyenda... que acaso no sea una leyenda. Se puede ser eclesiástico y un poco incrédulo al mismo tiempo. Stokes dice que nada de eso es verdad...

El vicario hizo un gesto señalando un frutero con plátanos.

—¿Y usted? —preguntó el Ángel—. ¿Usted también ha sido un pequeño bebé rosado?

—Hace tiempo yo era un pequeño bebé rosado.

—¿Llevaba usted un traje entonces como el de ahora?

—¡Oh, no! ¡Pobre de mí! ¡Qué idea más rara! Llevaba unos pañales blancos, supongo, como todos los demás.

—¿Y después fue usted un niño mayor?

—Un niño mayor.

—¿Y luego un bello jovencito?

—Yo nunca fui un jovencito muy bello, que digamos. Era enfermizo y demasiado pobre para lucir, y tenía un carácter muy tímido. Estudié de firme y medité sobre los últimos pensamientos de personajes muertos hace mucho tiempo. Así, pues, perdí el atractivo de mi juventud, ninguna doncella se me acercó y la tristeza de la vida me dominó muy pronto.

—¿Y tiene usted bebés rosados?

—Ninguno —suspiró el vicario después de una pausa casi imperceptible—. Y, no obstante, como usted ve, estoy empezando a deshacerme también. Dentro de poco mi espalda empezará a doblarse como el tallo de una flor que se marchita. Y luego, al cabo de unos pocos millares de días más, estaré acabado del todo y me marcharé de este mundo... ¿Para ir adónde? Esto no lo sé.

—¿Y tiene usted que comer todos los días como hoy?

—Comer y proporcionarme ropas y conservar este techo para cobijarme. Hay unas cosas muy desagradables en este mundo que se llaman frío y lluvia. Y los demás que viven aquí (el cómo y el por qué sería una historia demasiado larga) han hecho de mí una especie de coro de sus vidas. Me traen sus pequeños bebés rosados y yo tengo que ponerles un nombre y decirles algunas cosas. Esto para cada nuevo pequeño bebé rosado. Y cuando los bebés han crecido y llegan a ser jóvenes y doncellas vuelven otra vez para que les confirme. Esto lo comprenderá usted mejor más adelante. Luego, antes de que se unan en parejas y tengan bebés rosados por cuenta propia, deben volver aquí otra vez y escuchar lo que yo les leo en un libro. Quedarían socialmente proscritos, y ninguna otra doncella querría dirigir la palabra a la doncella

si tuvieran un pequeño bebé rosado sin que yo le hubiese leído mi libro durante un período de veinte minutos. Es una cosa necesaria, como usted verá, por muy extraño que a usted le parezca. Y más tarde, cuando empiezan a deshacerse, voy yo e intento persuadirles de la existencia de otro mundo extraño en el que casi ni yo mismo creo, donde la vida es totalmente distinta de la que ellos han tenido... o deseado. Y finalmente los entierro y vuelvo a leer en mi libro algunas frases a aquellos que dentro de poco tiempo seguirán la misma ruta hacia la tierra ignota. Yo presido la aurora, el mediodía y el ocaso de sus vidas. Y cada siete días yo, que no soy más que un hombre que no ve más allá de donde ellos ven, les hablo de la Vida Futura... de esa vida de la que no sabemos nada, ni siquiera si existe. Y lentamente yo mismo me voy deshaciendo a pedazos en medio de mis profecías.

—¡Qué vida tan extraña! —exclamó el Ángel.

—Sí —convino el vicario—. ¡Qué vida tan extraña! Pero aquello que la hace extraña es nuevo para mí. Yo la había considerado como la cosa más natural hasta que usted se introdujo en ella... ¡Esta vida nuestra es tan insistente! Con sus minúsculas necesidades y sus placeres transitorios (*crac*) amortaja nuestras almas. Mientras yo estoy predicando a mis feligreses la existencia de otra vida, algunos de ellos satisfacen su apetito comiendo caramelos; otros, los más ancianos, descabezan un sueñecito; los jóvenes lanzan miradas a las doncellas, los hombres adultos hacen ostentación de sus chalecos y sus cadenas de reloj de oro, pompas y vanidades en un substrato de materia carnal, mientras sus esposas hacen alarde de sus llamativos sombreros para fastidiarse mutuamente. Y yo sigo zumbando monótonamente como un abejorro, hablando de cosas ni vistas ni comprobadas... «No lo ha visto el ojo — voy leyendo—, ni oído la oreja, ni ha podido entrar en la imaginación de hombre alguno el concebirlo». Y cuando levanto la vista mis ojos tropiezan con un varón adulto e inmortal admirando lo bien que le sientan un par de guantes de tres chelines y medio. Cada año es más desalentador que el precedente. Cuando yo era joven y me sentía enfermo, tenía casi la seguridad de la visión que me indicaba que tras este transitorio mundo fantasmal se ocultaba el mundo verdadero... el perenne mundo de la Vida Eterna. Pero ahora...

Miró sus manos blancas y gordezuelas mientras iba haciendo girar su copa.

—He engordado desde entonces —dijo.

Hubo una pausa.

—He cambiado y me he desarrollado muchísimo. La batalla de la Carne y el Espíritu ya no me turba tanto como antes. Cada día que pasa tengo menos confianza en mis creencias y más confianza en Dios. Vivo, lo reconozco, una vida apacible, cumpliendo regularmente mis deberes, con un poco de ornitología y otro poco de ajedrez, y una pizca de distracciones matemáticas. Mis horas están en Sus manos...

El vicario suspiró y se quedó pensativo. El Ángel lo observaba con unos ojos turbados por la perplejidad que le producía el vicario. *Glu, glu, glu*, hizo la botella al llenar de nuevo el vicario su vaso.

## CAPÍTULO XIX

---

**A** sí el Ángel cenó y conversó con el vicario, y en seguida vino la noche y se vio sorprendido por un bostezo.

—¡Aoooh...! ¡Oh! —Hizo el Ángel, de repente—. Me ha parecido como si un poder superior me hiciera abrir repentinamente la boca mientras un gran hálito de aire se me metía precipitadamente por la garganta.

—Usted ha bostezado —explicó el vicario—. ¿No se bosteza en el país angélico?

—Nunca —contestó el Ángel.

—¡Y, sin embargo, son ustedes inmortales...! Supongo que querrá irse a la cama.

—¿Cama? —dijo el Ángel—. ¿Dónde está eso?

El vicario tuvo que explicarle lo que es la oscuridad y el arte de ir a acostarse. (Los ángeles, según parece, sólo duermen cuando quieren soñar, y sueñan, como el hombre primitivo, con la frente apoyada sobre las rodillas. Y duermen en los campos de amapolas blancas, en pleno día). El Ángel encontró las disposiciones del dormitorio muy singulares.

—¿Por qué cada mueble se sostiene sobre grandes patas de madera? —preguntó—. Tienen ustedes el suelo, y luego ponen todo cuanto tienen sobre un cuadrúpedo de madera. ¿Por qué lo hacen?

El vicario se lo explicó con filosófica vaguedad. El Ángel se quemó un dedo en la llama de una bujía... y demostró una ignorancia absoluta de los principios elementales de la combustión. Se sintió sencillamente encantado al ver cómo una llamarada prendía en una cortina. El vicario tuvo que explicar una lección sobre lo que es el fuego tan pronto como pudo extinguir el incendio. Tuvo que darle un sinfín de explicaciones... ¡Hasta el jabón necesitó su explicación! Tardó una hora o más en tener al Ángel recogido en cama para pasar la noche.

«Es muy hermoso —decíase el vicario, mientras bajaba por la escalera, cansadísimo—. Y es, sin duda, un ángel de veras. Pero mucho me temo que sea causa de una espantosa ansiedad para todos, así y todo, hasta que se haya percatado bien de nuestro modo terrenal de hacer las cosas».

Parecía muy preocupado. Se sirvió otro vaso de jerez antes de volver a guardar la botella en el aparador.

## CAPÍTULO XX

---

**E**l párroco estaba de pie, ante el espejo, quitándose el cuello solemnemente. —Nunca había oído nada tan fantástico —dijo *Mrs. Mendham*, desde su silla de mimbre—. Ese hombre debe de estar loco. ¿Estás seguro...?

—Del todo querida. Te lo he contado palabra por palabra, te he explicado todos los incidentes...

—¡*Bueno!* —exclamó *Mrs. Mendham*, extendiendo las manos—. ¡Esto no tiene pies ni cabeza!

—Así es, querida.

—El vicario debe de estar loco.

—El jorobado ese es, ciertamente, uno de los individuos más raros que he visto en mi vida. Tiene aspecto de extranjero, con sus grandes facciones coloradas y brillantes, y el largo pelo castaño... ¡Hará meses que no se lo habrá cortado!

El párroco guardó cuidadosamente los gemelos en el cajoncito del tocador y prosiguió:

—¡Y aquella mirada fija que tiene, y aquella sonrisa boba! Parece tonto, afeminado...

—Pero ¿quién puede ser? —insistió *Mrs. Mendham*.

—No puedo imaginármelo, querida. Ni de dónde viene tampoco. Puede que sea un cantor de un coro o algo por el estilo.

—Pero ¿por qué estaría entre los arbustos...? ¿Y en aquel espantoso atavío?

—No lo sé. El vicario no me dio ninguna explicación. Me dijo simplemente: «*Mendham*, es un ángel».

—A lo mejor el vicario bebe... Puede que hubieran ido a bañarse, cerca de la fuente, claro está —reflexionó *Mrs. Mendham*—. Pero no vi que llevara otra ropa en el brazo.

El párroco se sentó en la cama para desabrocharse las botas.

—Para mí es un perfecto misterio, querida (*flic, flic*, hacían los cordones). Una alucinación es la única caritativa hipótesis...

—¿Estás seguro, George, de que no es una mujer?

—Segurísimo —afirmó el párroco.

—Claro está que sé lo que son los hombres.

—Es un joven de unos diecinueve o veinte años —dijo el párroco.

—No puedo comprenderlo —murmuró *Mrs. Mendham*—. ¿Y dices que el individuo ese se queda a vivir en la vicaría?

—Hilyer está sencillamente loco —repuso el párroco.

Se levantó y cruzó la habitación descalzo, hasta la puerta, para dejar sus botas en el pasillo.

—A juzgar por sus maneras, habría que creer realmente que él está seguro de que

ese jorobado es un ángel. ¿Has dejado fuera tus zapatos, querida?

—Están junto al ropero —contestó *Mrs. Mendham*—. Siempre ha sido algo raro, ¿eh? Siempre ha habido algo pueril en su modo de ser... ¡Un ángel!

El párroco volvió a entrar, se detuvo ante la lumbre y empezó a quitarse los tirantes. *Mrs. Mendham* quería tener lumbre en la chimenea hasta en verano.

—Se desentiende de todos los problemas serios de la vida y siempre está perdiendo el tiempo con alguna nueva tontería —dijo el párroco—. ¡Vaya con el ángel!

Se echó a reír de repente y añadió:

—Hilyer tiene que estar loco a la fuerza.

*Mrs. Mendham* también se rió.

—Pero eso no explica la presencia del jorobado —murmuró.

—El jorobado también debe de estar loco —repuso el párroco.

—Es la única manera de explicárselo de un modo sensato —confirmó *Mrs. Mendham*.

Calló unos momentos y después prosiguió:

—Tanto si es ángel como si no lo es, yo sé lo que me es debido. Aun suponiendo que el buen hombre creyera de veras estar en compañía de un ángel, no es razón alguna para que no se comporte como un caballero.

—Esto es completamente cierto.

—Escribirás al obispo, ¿verdad?

*Mendham* tosió.

—No, no le escribiré al obispo —dijo *Mendham*—. Esto sería desleal... Y, además, el obispo no hizo el menor caso de la última carta, ¿sabes?

—Pero, seguramente...

—Escribiré a Austin confidencialmente. Él se lo dirá al obispo, ¿comprendes? Y tienes que tener presente, querida...

—Que Hilyer puede hacer que te destituyan a ti, eso es lo que me ibas a decir. No, querido... Ese pobre hombre es demasiado débil. Yo puedo decir algo sobre esto. Además, tú haces todo su trabajo. Prácticamente nosotros dos nos ocupamos de toda la parroquia, de uno a otro extremo. No sé lo que sería de los pobres si no fuese por mí. Mañana mismo estarían acampando en la vicaría. Ahí tienes a esa Goody Ansell...

—Ya lo sé, querida —dijo el párroco, alejándose para desnudarse—. Esta misma tarde me has hablado de ella.

## CAPÍTULO XXI

---

**Y** así, en el pequeño dormitorio situado sobre el gabinete, llegamos al primer punto de descanso en este relato. Y como hemos ido muy de prisa, para dejar la historia expuesta a la vista ante vosotros, bien estará que recapitemos un poco.

Una mirada retrospectiva demostrará que hemos andado un largo trecho. Empezamos con un resplandor como de llama que «no daba una luz uniforme, sino que parecía interrumpida en todas sus partes por curvos destellos, como producidos por el voltear de espadas», y con el sonido poderoso de un arpa y el advenimiento de un Ángel con alas policromas.

Con gran rapidez y habilidad, como tiene que admitir el lector, las alas han sido cortadas, la aureola se ha apagado, la gloria ha quedado enfundada dentro de una chaqueta y unos pantalones y el Ángel ha sido transformado prácticamente en un hombre, bajo sospecha de ser un loco o un impostor. También os habréis enterado y habréis podido juzgar de lo que el vicario, el médico y la esposa del párroco pensaban de aquel extraño huésped. Y ahora seguirán otras opiniones no menos notables.

El resplandor crepuscular del ocaso estival en el noroeste va apagándose en noche cerrada, y el Ángel duerme y sueña que ha vuelto al país maravilloso donde la luz es perenne y todo el mundo es feliz, donde el fuego no quema y el hielo no enfría, donde riachuelos de luz estelar se escurren por prados amarantinos hacia los mares de la Paz. Sueña, y le parece que, una vez más, sus alas resplandecen con mil colores llameando en el aire cristalino del mundo de donde procede.

El Ángel sueña, pero el vicario yace despierto, demasiado perplejo para poder soñar. Se halla preocupado principalmente por las posibilidades de *Mrs. Mendham*, pero la charla de después de cenar ha abierto extrañas perspectivas en su mente y se siente estimulado por la sensación de que existe algo vislumbrado vagamente gracias a la visión inconcreta de un país maravilloso hasta entonces insospechado y, no obstante, fijo en todas partes de este mundo sensible. Durante veinte años ha vivido en aquel pueblo, protegido por su credo familiar, por las exigencias de los detalles de la vida, contra cualquier ensueño místico. Pero ahora, entretejiéndose con las consabidas molestias causadas por su perseguidora vecina, se percibe una sensación totalmente inédita de cosas nuevas y extrañas.

Había algo de mal augurio en aquella sensación. Incluso en una ocasión se alzó por encima de todas las demás consideraciones, y presa de una especie de terror el vicario se levantó de la cama, desorientado, dándose un porrazo en las espinillas de un modo muy convincente, buscó y encontró por fin los fósforos y encendió una vela para asegurarse a sí mismo de la realidad de su mundo habitual. Pero en conjunto su más tangible problema consistía en la avalancha de los Mendham. La lengua de *Mrs. Mendham* parecía estar suspendida sobre su cabeza como la espada de Damocles. ¿Qué no llegaría ella a decir de todo este asunto antes de que su indignada

imaginación se tomara algún descanso?

Y mientras el afortunado cazador del Pájaro Extraño estaba por fin durmiendo, aunque incómodamente, Gully de Sidderton descargaba su escopeta con grandes precauciones después de un fatigoso día improductivo y Sandy Bright estaba orando de rodillas con la ventana herméticamente cerrada. Annie Durgan dormía profundamente con la boca abierta y la madre de Amory estaba soñando en la colada, y ambas habían agotado desde hacía mucho rato los tópicos del Sonido y del Resplandor. Lumpy Durgan, sentado en la cama, canturreaba de vez en cuando el fragmento de una tonada y otras veces escuchaba atentamente tratando de captar de nuevo cierto sonido que había oído en determinada ocasión y que deseaba ardientemente volver a oír. En cuanto al pasante del procurador de Iping Hanger estaba intentando escribir una poesía sobre cierta muchacha de una confitería de Portburdock, y el Pájaro Extraño se hallaba completamente ausente de sus pensamientos. Pero el labriego que lo había visto en los alrededores del parque de Siddermorton tenía un ojo morado. Aquel ojo morado fue una de las más tangibles consecuencias de una pequeña disputa registrada en la taberna «El Barco» sobre las patas de los pájaros. Vale la pena de mencionar el hecho, ya que es probablemente el único caso conocido de que un Ángel fuera la causa de algo parecido.

# CAPÍTULO

## XXII

---

### MAÑANA

**C**uando el vicario iba a llamar al Ángel lo encontró ya vestido y asomado a la ventana. Hacía una mañana verdaderamente magnífica, con el paisaje aún cubierto de rocío, y el sol naciente, saliendo oblicuamente por la esquina de la casa, proyectaba sus rayos amarillos y tibios sobre la ladera de la colina. Los pájaros revoloteaban entre los setos y los arbustos. En lo alto de la colina, pues era a últimos de agosto, se divisaba un campesino arando lentamente. El Ángel apoyaba el mentón en las manos, y no se volvió al acercársele el vicario.

—¿Cómo va el ala? —le preguntó éste.

—Me había olvidado de ella —dijo el Ángel—. ¿Aquello de allá es un hombre?

El vicario miró.

—Es un labrador.

—¿Por qué va de un lado para otro de este modo? ¿Le divierte eso?

—Está arando. Ése es su trabajo.

—¡Trabajo! ¿Por qué lo hace? Me parece muy monótono.

—Lo es —admitió el vicario—, pero tiene que hacerlo para ganarse la vida, ¿comprende usted? Para tener alimento que comer y todo lo demás.

—¡Qué curioso! —exclamó el Ángel—. ¿Y todos los hombres tienen que hacer lo mismo? ¿Usted también?

—¡Oh, no! Él trabaja ahora por mí, está haciendo mi parte.

—¿Por qué?

—¡Oh! A cambio de otras cosas que hago yo por él, ¿comprende usted? En este mundo somos partidarios de la división del trabajo. El intercambio no es un robo.

—¡Ya! —dijo el Ángel con los ojos aún fijos en los pesados movimientos del labrador—. Y usted, ¿qué hace por él?

—Esto le parece a usted una pregunta muy sencilla —dijo el vicario—, pero ¡caramba...!, es muy difícil. Nuestro orden social es algo complicado. Es imposible explicar todas estas cosas así todo de una vez, antes del desayuno. ¿No tiene usted hambre?

—Creo que sí —dijo el Ángel lentamente, sin moverse de la ventana. Y luego, bruscamente, añadió—: No sé por qué, pero no puedo evitar la impresión de que eso de arar debe estar muy lejos de ser una cosa agradable.

—Es posible —repuso el vicario—. Desde luego, es muy posible. Pero el desayuno está a punto. ¿No quiere usted venir abajo?

El Ángel abandonó la ventana de mala gana.

—Nuestra sociedad —explicó el vicario mientras bajaban la escalera— es una organización muy complicada.

—¡Ah! ¿Sí?

—Y está dispuesta de tal manera que unos hacen una cosa y otros hacen otra.

—Y aquel viejo tan delgado, con la espalda encorvada, que camina trabajosamente detrás de aquella pesada hoja de hierro tirada por un par de caballos, ¿seguirá así mientras nosotros vamos a comer?

—Sí. Ya verá usted que esto es perfectamente justo. ¡Ah, setas y huevos pasados por agua...! Es el sistema social... Siéntese, haga el favor. Posiblemente le chocha a usted como una injusticia, ¿verdad?

—Estoy confuso —repuso el Ángel.

—Esta bebida que le doy se llama café —dijo el vicario—. Me atrevo a decir que debe usted estar desorientado. Cuando yo era joven estaba desorientado también. Pero después se forma uno un concepto más amplio de las cosas. Estas cosas negruzcas se llaman setas; son muy buenas. Otras consideraciones. Todos los hombres son hermanos, naturalmente, pero algunos son, como si dijéramos, hermanos más jóvenes. Hay determinados trabajos que requieren una cultura y un refinamiento, y otros en los cuales la cultura y el refinamiento serían un estorbo. Y no hay que olvidar los derechos de la propiedad. Hay que dar al César... ¿Sabe qué pienso? Pues que en vez de explicarle todo eso ahora... (éste es su plato...) le prestaré un librito para que lo lea (*cham, cham, cham...*). Estas setas están a la altura de su aspecto. Y en ese libro podrá verlo todo muy claramente.

# CAPÍTULO

## XXIII

---

### EL VIOLÍN

**D**espués del desayuno, el vicario se metió en un cuartito contiguo a su estudio para buscar un libro sobre Economía Política y dárselo al Ángel para que lo leyera. Porque la ignorancia social del Ángel estaba evidentemente más allá de toda explicación verbal. La puerta quedó entreabierta.

—¿Qué es esto? —preguntó el Ángel siguiéndolo—. ¿Un violín?

Y lo cogió cuidadosamente.

—¿Sabe usted tocarlo? —preguntó el vicario.

El Ángel tenía el arquillo en la mano, y a guisa de respuesta lo pasó por las cuerdas. La calidad de la nota hizo que el vicario se volviera bruscamente.

La mano del Ángel se afirmó sobre el instrumento. El arquillo volvió atrás trémulamente y una tonada que el vicario no había oído nunca penetró en sus oídos. El Ángel elevó el violín hasta colocárselo debajo de su delicado mentón y siguió tocando, y mientras tocaba los ojos le brillaban y los labios sonreían. Al principio miró al vicario, pero después su expresión cambió por completo. Parecía no ver al vicario, sino, a través de él, algo en su recuerdo o imaginación, algo indefinidamente remoto, algo ni siquiera soñado hasta entonces...

El vicario intentó seguir la música. La tonada le recordaba una llama, alzándose con ímpetu, brillante, ondulante y danzante, pasando y reapareciendo. ¡No...! ¡No reapareció! Otra tonada... igual y distinta a la otra, se irguió después de aquélla, osciló y se desvaneció. Después otra, que parecía la misma y era diferente. Le recordaba las llameantes lenguas que palpitan y cambian a cada instante en un fuego recién encendido. «Hay dos tonadas (o motivos, ¿cómo hay que llamarlo?)», pensó el vicario. Sabía poquísimos de técnica musical. Las notas iban danzando, elevándose, persiguiéndose una a otra, desprendiéndose del fuego del encantamiento, acosándose, fluctuando, girando, hasta perderse en el cielo. Abajo quedaba el fuego ardiendo, llama sin combustible, en el espacio liso y uniforme, y de allí salían dos flirteantes mariposas del sonido, alejándose danzando, una encima de la otra, raudas y desiguales.

—¡Son flirteantes mariposas!

¿En qué estaba pensando el vicario? ¿Dónde se hallaba? ¡En la pequeña habitación contigua a su estudio, naturalmente! Con el Ángel frente a él, sonriéndole, tocando el violín y mirando a través del clérigo como si éste no fuese más que una ventana... Luego otra vez el mismo tema musical, como una llama amarilla,

extendiéndose como una bocanada de viento, y luego otro, con un rápido remolino ascendente, persiguiéndose los dos temas de fuego y de luz hacia lo alto, hacia aquella diáfana inmensidad.

Súbitamente el estudio y las realidades de la vida se desvanecieron de la vista del vicario, volviéndose cada vez más indistintas y más sutiles, como una neblina que se disuelve en el aire, y él y el Ángel se quedaron como encima de un pináculo de música afiligranada, alrededor del cual iban trazando círculos un sinfín de relumbrantes melodías, desapareciendo y volviendo a aparecer. El vicario se hallaba en el país de la Belleza, y una vez más la gloria del cielo se reflejaba en el rostro del Ángel y las resplandecientes delicias de color vibraban de nuevo en sus alas. El vicario no podía verse a sí mismo. Pero yo no soy capaz de explicaros la visión de aquel grande y espacioso país, de su increíble claridad, altura y nobleza. Porque allí el espacio no es como el nuestro, ni el tiempo es como nosotros lo conocemos. Hay que hablar de ello con equívocas metáforas, y aun así quedarse con la amargura de que todo ha salido fallido. Y aquello era sólo una visión. Las maravillosas criaturas que volaban por el éter no los vieron como estaban, sino que pasaron volando a través de ellos como se pasa a través de un jirón de niebla. El vicario perdió la sensación del tiempo, toda sensación de necesidad...

—¡Ah! —exclamó el Ángel, acabando de golpe y dejando el violín a un lado.

El vicario se había olvidado del libro de Economía Política y se olvidó de todo hasta que el Ángel hubo terminado. Durante un minuto permaneció inmóvil y callado. Luego se despabiló con un sobresalto. Se encontró sentado sobre el cofre.

—Realmente —dijo hablando despacio—, toca usted muy bien.

Miró a su alrededor con aire de asombro.

—He tenido una especie de visión mientras estaba usted tocando. Me ha parecido ver... ¿Qué es lo que he visto? Se ha ido.

Se levantó como deslumbrado.

—¡Nunca volveré a tocar el violín! —dijo—. Desearía que usted quisiera llevárselo a su cuarto... y quedárselo... y que volviera a tocarlo para mí. No he sabido lo que era la música hasta haberle oído tocar a usted. Siento como si nunca hubiese oído nada de música hasta ahora.

Se quedó mirando fijamente al Ángel y luego a su alrededor.

—Nunca he sentido lo que ahora con la música —dijo.

Movió la cabeza y repitió:

—¡Nunca volveré a tocar el violín!

# CAPÍTULO

## XXIV

---

### EL ÁNGEL EXPLORA EL PUEBLO

**F**ue una insensatez, a mi juicio, que el vicario permitiera que el Ángel se fuese a pasear solo por el pueblo, a fin de ampliar sus ideas sobre la humanidad. Fue insensatez, porque, ¿cómo podía imaginarse la recepción que dispensarían al Ángel? Fue insensatez y no descuido, a mi entender. El vicario se había comportado siempre con todo decoro en el pueblo, y la idea de una lenta procesión por todas las calles y callejuelas con las inevitables observaciones de curiosidad, explicaciones y señalamientos con el dedo, era demasiado para él. El Ángel tal vez haría cosas raras, pero el pueblo era seguro que las pensaría. La gente se asomaría a las ventanas. «¿Con quién va ahora?», se preguntarían los curiosos. Además, ¿no tenía el deber de preparar su sermón con el debido tiempo?

El Ángel, orientado debidamente, se fue, pues, solo y alegremente cuesta abajo hacia el pueblo, ignorante aún de la mayor parte de las singularidades de la mente humana, tan distinta de la angélica.

Anduvo lentamente, con las blancas manos tras su gibosa espalda, mirando a un lado y a otro con su dulce semblante. Miraba fijamente, con curiosidad, los ojos de las personas con quienes se encontraba. Un niño que estaba cogiendo un manojito de mejoranas y madreselvas lo miró un instante e inmediatamente se le acercó y le dejó el manojito en la mano. Fue aquélla la primera fineza que recibía de un ser humano, salvo únicamente las del vicario y de otra persona. Al pasar por delante de una puerta, oyó a la vieja Gustick riñendo a su nieta.

—¡Descarada! ¡Desvergonzada! —gritaba la vieja Gustick—. ¿Qué es lo que dices, mentirosa?

El Ángel se detuvo, impresionado por los extraños chillidos de la vieja Gustick.

—Te pones el traje de los domingos y una pluma en el sombrero... ¡y a correr por ahí, a encontrarte con Dios sabe quién! ¡Y yo en casa trabajando como una negra para ti! ¡Vaya con la gran duquesa! ¡La mírame y no me toques! ¡Con toda su gandulería...!

La voz cesó bruscamente, y un gran silencio invadió la atmósfera.

—¡Qué grotesco y qué raro! —exclamó el Ángel, contemplando aquella maravillosa caja de las discordias—. ¡Mírame y no me toques!

Ignoraba que *Mrs.* Gustick se había dado cuenta repentinamente de su presencia y lo estaba observando por la rendija de la persiana. La puerta se abrió bruscamente y ella se quedó mirando fijamente el rostro del Ángel. Era una extraña aparición, con su

pelo gris y polvoriento, el sucio vestido de color de rosa desabrochado dejando ver el cuello fibroso y arrugado, una verdadera gárgola colorada, que inmediatamente se puso a verter incomprensibles injurias.

—¡Vaya con el señorito! —empezó a decir *Mrs. Gustick*—. ¿No tiene usted nada mejor que hacer que quedarse escuchando a las puertas de las casas para enterarse de lo que no le importa?

El Ángel se quedó mirándola asombradísimo.

—¿Oye usted? —dijo de nuevo *Mrs. Gustick*, evidentemente muy encolerizada—. Era usted quien estaba escuchando.

—¿Tiene usted algún inconveniente en que yo escuche?

—¡Si tengo inconveniente en que él escuche! ¡Claro que lo tengo! ¿Qué se cree usted? No es usted tan necio...

—Pero si usted no quiere que la escuchen, ¿por qué grita tanto? Yo creía...

—¡*Usted creía!* ¡Es usted un majadero! ¡Es *usted* un gagnápiro con ojos de lechuza que no sabe hacer otra cosa que quedarse con la boca abierta para ver qué pesa por ahí y después ir a contárselo a los demás! ¡Miren el señorito figón y caradura...! ¡Vergüenza me daría ir a meter las narices en las casas de las personas decentes!

El Ángel se quedó muy sorprendido al descubrir que alguna inexplicable característica de la voz de aquella mujer provocaba en él las sensaciones más desagradables a la vez que un fuerte deseo de marcharse. Pero resistiendo este impulso, se quedó escuchando cortésmente, ya que ésta es la costumbre en el país angélico, mientras otro habla. Aquella explosión estaba por entero más allá de su comprensión. No pudo percibir razón alguna que explicase la súbita proyección de aquella cabeza que lo vituperaba, desde el infinito, por decirlo así. Y las preguntas, sin dejar brecha para la respuesta, estaban fuera de su experiencia.

*Mrs. Gustick* prosiguió con su característica volubilidad de lenguaje y le aseguró que él no era ningún caballero, inquirió si él pretendía llamarse así, observó que todos los vagabundos pretendían lo mismo, lo comparó con un cerdo, se maravilló de su desfachatez, le preguntó si se avergonzaba de sí mismo al quedarse allí plantado, inquirió si había echado raíces en el suelo, dijo que tenía curiosidad de saber lo que quería significar con ello, quiso saber si había robado un espantapájaros para vestirse, insinuó que su comportamiento estaba impulsado por una vanidad anormal, preguntó si su madre sabía que había salido de casa y finalmente hizo la observación siguiente:

—Aquí tengo algo que le hará moverse un poco, señor mío.

Después, desapareció dando un gran portazo.

El intervalo le pareció al Ángel singularmente pacífico. La cabeza le daba vueltas, pero aún tuvo tiempo de analizar sus sensaciones. Dejó de inclinarse y sonreír, y se quedó inmóvil, estupefacto.

—Es una sensación curiosa y dolorosa al mismo tiempo —dijo el Ángel—. Es casi peor que el hambre y completamente distinta. Cuando se tiene hambre se desea

comer. Supongo que esa fiera es una mujer. Y aquí lo que uno desea es irse. Supongo que lo mejor será irme.

Dio media vuelta lentamente y echó a andar calle abajo, meditando. Oyó cómo volvía a abrirse la puerta de la casa, y volviendo la cabeza, vio, a través de unas flores de habichuelas rojas, a *Mrs. Gustick* con una humeante sartén en la mano, llena de caldo de coles hirviendo.

—Ha hecho bien en largarse, *Mr. Calzones Sobados* —llegó hasta él la voz de *Mrs. Gustick*, flotando calle abajo, a través del bermellón de las flores—. ¡No vuelva usted a asomar las narices por los alrededores de esta casa, o yo le enseñaré a tener buenos modales! ¡Vaya...!

El Ángel se quedó en un estado de considerable perplejidad. No tenía el menor deseo de volver a acercarse a aquella casa... No comprendió la importancia precisa de aquel objeto negro que la mujer tenía en la mano, pero su impresión general era enteramente desagradable. No pudo explicarse la razón.

—¡Y lo digo muy en serio! —gritó *Mrs. Gustick*, cada vez con más furia—. ¡Vaya si lo digo en serio!

El Ángel giró sobre sus talones y prosiguió su camino con una gran expresión de estupefacción en los ojos.

—¡Qué criatura más grotesca! —dijo el Ángel—. Mucho más que aquel hombrecillo vestido de negro. Me ha dicho algo en serio... Pero lo que no sé es lo que ha querido decir.

Calló un momento y murmuró, cada vez más perplejo:

—Supongo que todos quieren decirme algo.

# CAPÍTULO

## XXV

---

Cuando el Ángel llegó a vista de la fragua, donde el hermano de Sandy Bright estaba herrando un caballo para el carretero de Upmorton, dos muchachos estaban allí parados contemplando con mirada bovina la operación. Al acercarse el Ángel, aquellos dos jovencitos y luego el carretero giraron sobre sí mismos en un ángulo de treinta grados y se quedaron contemplándolo tranquilamente y con fijeza. La expresión que denotaban sus rostros era de un interés concentrado.

El Ángel se sintió intimidado por primera vez en su vida. Se acercó más, intentando mantener en su rostro una expresión amistosa, una expresión que pugnaba en vano por dominar la inmovilidad granítica de aquellos tres hombres. El Ángel iba con las manos a la espalda. Sonrió agradablemente, mirando con curiosidad la para él incomprensible ocupación del herrero. Pero la batería de ojos de los demás parecían querer pescar su mirada como con cebo. Intentando mirar los tres pares de ojos a la vez, el Ángel perdió su sentido de la vigilancia y tropezó con una piedra. Uno de los muchachos tosió sarcásticamente, y se halló inmediatamente cubierto de confusión ante la inquisitiva mirada del Ángel. Entonces dio un codazo a un compañero para disimular. Ninguno de ellos habló, y el Ángel tampoco.

Tan pronto como hubo pasado el Ángel, uno de los tres se puso a canturrear, en tono agresivo, una tonada burlesca.

Los tres se echaron a reír. Uno de ellos intentó cantar algo, pero se lo impidió una súbita ronquera. El Ángel siguió su camino.

—¿Quién es ése? —preguntó el segundo de los muchachos.

«Ping, ping, ping», iba haciendo el martillo del herrero.

—Será uno de esos extranjeros que vienen a cazar aquí —dijo el carretero de Upmorton—. Tiene cara de tonto.

—Como todos los extranjeros —afirmó el primero de los muchachos, sesudamente.

—Tiene algo que se parece mucho a una joroba —dijo el carretero de Upmorton—. ¡Que me condene si no es jorobado!

Después volvió a hacerse el silencio, y los tres se quedaron observando inmóviles y sin expresión alguna la silueta del Ángel que se alejaba.

—Desde luego es un jorobado —insistió el carretero después de una larga pausa.

# CAPÍTULO

## XXVI

---

**E**l Ángel siguió paseando por el pueblo. Lo encontraba todo maravilloso. «Empiezan a vivir, y al cabo de algún tiempo acaban —se dijo a sí mismo, atónito—. Pero ¿qué hacen mientras tanto?».

En una ocasión oyó que una boca invisible cantaba unas palabras incomprensibles con la tonada que el hombre de la fragua había canturreado.

—Es aquel pobre hombre que el vicario hirió con su escopeta —dijo Sarah Glue, de Church Cottages, número 1, mirando por encima de los visillos.

—Parece francés —dijo Susan Hopper mirando también por los intersticios de aquel velo tan conveniente para disimular la curiosidad.

—Tiene urna mirada muy dulce —añadió Sarah Glue, que había cruzado durante un instante su mirada con la del Ángel.

El Ángel siguió paseando despacio. El cartero pasó por su lado y le saludó llevándose la mano a la gorra; más lejos había un perro durmiendo al sol. Siguió adelante y vio a Mendham, el cual le hizo una inclinación de cabeza a distancia y apresuró el paso. (Al párroco no le interesaba que le vieran hablando con un ángel en medio de la calle hasta que supiera algo más de él). De una de las casas llegaron los chillidos de un niño que lloraba, lo que dio una expresión aún más perpleja al rostro del Ángel. Luego el Ángel llegó al puente situado detrás de la última casa del pueblo, y se detuvo apoyándose en el parapeto para ver la pequeña cascada brillante que saltaba del molino.

«Empiezan a vivir y al cabo de algún tiempo acaban», decía la presa del molino. El agua se deslizaba por debajo del puente, verde y oscura, listada de espuma.

Más allá del molino se elevaba la torre cuadrada de la iglesia, con el cementerio parroquial detrás, y una gran extensión de lápidas funerarias y cruces de madera con inscripciones de la misma índole escalaba la falda de la colina. Media docena de hayas enmarcaban aquel cuadro.

Entonces el Ángel oyó ruido de pasos y el rechinar de unas ruedas a su espalda, y volviendo la cabeza vio un hombre vestido con unos andrajos oscuros y de lo más sucio que imaginarse pudiera y cubierta la cabeza de un sombrero de fieltro gris lleno de polvo, que de pie y tambaleándose miraba fijamente la espalda del Ángel. Detrás de él había otro, igualmente sucio, empujando una carretilla de afilador por el puente.

—Buenos días —dijo el primer individuo sonriendo débilmente—. Buenos días.

Contuvo con dificultad un acceso de hipo. El Ángel se lo quedó mirando. Nunca había visto hasta entonces una sonrisa tan tonta.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Eso... no le importa... Deseo conteste... mi saludo...

—¡Anda, vamos! —dijo el hombre de la carretilla siguiendo adelante.

—... Deseo... buenos días —gruñó el hombre sucio con un tono de gran irritación—. No me contesta...

—¡Anda, vamos, hombre! —dijo el hombre de la carretilla retrocediendo unos pasos.

—No entiendo —dijo el Ángel.

—¿No entiende? Pues... es muy fácil... Deseo que me dé... los buenos días. ¿No me contesta...? ¿No quiere contestarme? La gente dice buenos días. Es costumbre contestar buenos días. ¿Me oye?

El Ángel estaba estupefacto. El borracho permaneció aún un momento tambaleándose y luego con mano insegura se quitó el sombrero y lo tiró al suelo, a los pies del Ángel.

—¡Muy bien! —dijo como el que acaba de tomar una gran decisión.

—¡Ven! —insistió el hombre de la carretilla, a unas veinte yardas de distancia.

—Usted quiere luchar, usted...

Dijo una palabra que el Ángel no pudo entender y añadió:

—¡Ya le enseñaré a no contestar los buenos días de los caballeros!

Y empezó a hacer esfuerzos para quitarse la chaqueta.

—Cree que estoy borracho —dijo—. Ya le enseñaré yo.

El afilador se sentó en el brazo de la carretilla, a la expectativa.

—¡Anda, vámonos! —repitió.

La chaqueta resultó difícil de sacar y el borracho siguió haciendo jerigonzas, yendo de un lado a otro de la carretera en sus esfuerzos para quitársela, vomitando amenazas y maldiciones. El Ángel empezó a sospechar de un modo muy remoto que aquellas demostraciones podían ser hostiles.

—Ya se enterará cuando haya terminado con usted —dijo el borracho, con la chaqueta por encima de la cabeza.

Finalmente la prenda cayó al suelo, y a través de los agujeros de aquellos restos de chaleco que llevaba encima, el borracho exhibió un cuerpo bien formado, velludo y musculoso a los observadores ojos del Ángel, y seguidamente adoptó una actitud pugilística de gran estilo.

—Le quitaré esos colores que tiene —amenazó avanzando y retrocediendo, con los puños extendidos y los codos separados del cuerpo.

—¡Anda, ven! —volvió a decir el afilador en la carretera.

La atención del Ángel se concentró en dos enormes puños, peludos y negros, que oscilaban, avanzaban y retrocedían.

—¿Que venga, dice? ¡Ya le enseñaré a vivir! —siguió diciendo el andrajoso caballero. Y añadió con extraordinaria ferocidad—: ¡Ahora vas a ver quién soy yo!

Súbitamente avanzó, tambaleándose, y el Ángel, con un repentino instinto, levantó el brazo al verse atacado, y se echó a un lado para evitar la acometida. El puño marró el hombro del Ángel por un pelo, y el agresor cayó de bruces, hecho un

guiñapo, y dio con la cara contra el parapeto del puente. El Ángel vaciló un poco, contemplando aquel montón de polvo que se debatía y blasfemaba a sus pies. En seguida se volvió hacia el compañero del borracho y lo miró interrogativamente.

—Espera que me levante —iba diciendo el hombre tendido en el puente—. ¡Espera que me levante, y ya te enseñaré!

Una extraña sensación de asco, una temblorosa repulsión invadió al Ángel. Se separó lentamente del borracho, dirigiéndose hacia el hombre de la carretilla.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó el Ángel—. No lo comprendo.

—¡Es un loco...! Dice que celebra sus bodas de plata —contestó el afilador, evidentemente fastidiado.

Y en seguida, con un tono de creciente impaciencia, volvió a gritar:

—¡Anda, vámonos...!

—¡Bodas de plata! —exclamó el Ángel—. ¿Qué son bodas de plata?

—¡Paparruchas! —repuso el hombre de la carretilla—. El amigo siempre tiene una excusa así. ¡Es un asco! La semana pasada celebró su cumpleaños y no le había pasado aún la trompa cuando cogió otra en honor de mi carretilla nueva... ¡Vámonos, animal!

—Pero no comprendo —dijo el Ángel— por qué se tambalea de ese modo. ¿Por qué está haciendo todo eso para recoger su sombrero... sin conseguirlo nunca?

—¿Por qué? —exclamó el afilador—. ¡Hombre! ¡Éste es el bendito país de los inocentes! ¿Por qué? Pero ¿es que está usted ciego...? ¡Anda, vámonos...! ¡Maldito sea...! ¿No le ve que está como una cuba? Por eso...

El Ángel, al notar que el tono del afilador se iba endureciendo, creyó prudente no preguntarle nada más. Pero siguió al lado de la piedra de amolar observando las misteriosas evoluciones que se sucedían en el puente.

—¡Anda, ven! ¡Tendré que ir a cogerte el sombrero, supongo...! ¡Siempre está igual! ¡Nunca había tenido un compañero tan animal como éste!

El hombre de la carretilla permaneció un momento meditando.

—Es como si fuera un caballero y viviese de renta. ¡Se pone tan pesado cuando lleva una copa de más! Y va invitando a todo el que encuentra... ¡Ahora, hombre...! ¡Que me muera ahora mismo si no convidó a beber a un grupo de la «Salvation Army», que Dios confunda! No tiene discernimiento... ¡Anda, hombre, ven...! ¡Ven de una vez...! Tendré que ir a recogerle el maldito sombrero, supongo... No se da cuenta de las molestias que ocasiona.

El Ángel se quedó contemplando cómo el afilador desandaba el camino y con duras reconvenciones ayudaba al primero a ponerse el sombrero y la chaqueta. Después se volvió, absolutamente desconcertado, otra vez hacia el pueblo.

# CAPÍTULO

## XXVII

---

**D**espués de este incidente, el Ángel encaminó sus pasos a lo largo del molino y, rodeando el ábside de la iglesia, fue a examinar las lápidas funerarias.

—Éste debe de ser el sitio donde guardan ellos los trozos rotos —murmuró el Ángel, leyendo las inscripciones—. ¡Qué palabra tan curiosa! ¡Viuda! ¡*Resurgam!* Así, pues, no se acaban del todo... ¡Qué enormes piedras necesitan para ponérselas encima! ¡Hay que ser valiente para eso...! ¿Hawkins...? ¿*Hawkins?*

Este nombre me es conocido... No debe de haber muerto... La cosa es clara: «Se reunió con las huestes angélicas el 17 de mayo de 1863». Se encontraría tan fuera de lugar como yo me encuentro aquí. Pero ¿por qué será que ponen este cacharrito en el remate del monumento? ¡Qué curioso! ¡Oh! ¡Y hay otros por ahí...! Cacharritos de piedra con un trapo también de piedra que los cubre en parte...

En aquel momento salieron los niños de la Escuela Nacional, y primero uno, y después varios, se quedaron boquiabiertos al ver la negra figura inclinada del Ángel.

—¡Fíjate qué joroba! —remarcó un crítico.

—¡Parece una chica! —dijo otro.

El Ángel se volvió hacia ellos y se quedó asombrado al ver aquellas extrañas cabecitas acechándole desde la tapia cubierta de líquenes. Les sonrió levemente al ver sus ojos abiertos, y luego se volvió de nuevo para admirar la verja de hierro que cercaba la tumba de los Fitz-Jarvis.

—¡Qué extraño aspecto de incertidumbre! —dijo—. Losas, montones de piedras y esta verja de hierro... ¿Tendrán miedo...? ¿Será que estos muertos intentan levantarse de nuevo? Esto tiene un aspecto de represión... de fortificación...

—¡Córtese el pelo! ¡Córtese el pelo! —cantaron a coro tres de los muchachos.

—¡Qué curiosos son estos seres humanos! —exclamó el Ángel—. El hombre de ayer quería cortarme las alas y ahora estos chicuelos quieren que me corte el pelo. ¡Y el hombre del puente dijo que me quitara la pintura! Pronto me dejarán sin nada.

—¿Dónde encontró ese sombrero? —gritó otro chiquillo—. ¿Dónde encontró ese vestido?

—Hacen unas preguntas que evidentemente, no desean que se les conteste —dijo el Ángel—. Lo presumo por el tono.

Miró pensativamente a los rapazuelos y añadió:

—No comprendo los métodos de las relaciones humanas. Esto que ahora hacen estos seres es probablemente una insinuación amistosa, una especie de ritual. Pero ignoro las respuestas. Me parece que iré a ver a aquel hombrecillo gordo, vestido de negro y con una cadena de oro sobre el estómago, y le pediré que me lo explique. Es muy difícil.

Se volvió hacia la puerta del cementerio.

—¡Oh! —exclamó uno de los rapazuelos profiriendo un agudo chillido y tirando al Ángel una cáscara de nuez de haya que cruzó el sendero del cementerio. El Ángel se detuvo, sorprendido.

Esto hizo que todos los chicos se echaran a reír. Un segundo muchacho, imitando al primero, exclamó:

—¡Oh!

Y dio de pleno al Ángel con su proyectil.

La estupefacción del Ángel fue realmente deliciosa. Entonces todos se pusieron a gritar:

—¡Oh!

Y siguieron tirándole cáscaras de hayuco. Una de ellas dio en la mano del Ángel, otra le produjo un pinchazo muy desagradable detrás de la oreja. El Ángel se puso a hacer desmañados movimientos dirigiéndose hacia ellos. Profirió unas palabras de reconvención y se desvió hacia la carretera. Los chiquillos quedaron muy asombrados, escandalizados ante tamaño desconcierto y cobardía. Aquel comportamiento no podía tolerarse. Empezaron a llover hayucos lanzados vigorosamente. Ya os podéis imaginar aquellos vividos momentos, los chiquillos audaces persiguiendo de cerca al Ángel y disparándole proyectiles, mientras otros chiquillos, más tímidos, le disparaban desde detrás descargas al vuelo. El perro de Milton Screever se despabiló en un éxtasis de ladridos a la vista del espectáculo y se puso a ladrar y a saltar, henchido de fantásticas suposiciones, cada vez más cerca de las piernas angélicas.

—¡Eh, eh! —exclamó una voz vigorosa—. ¡Nunca lo hubiese creído! ¿Dónde está *Mr. Jarvis*? ¡Os enseñaré a portaros bien, sinvergüenzas!

Los chiquillos se dispersaron a derecha y a izquierda. Algunos saltaron por encima de la tapia al terreno de juego, y otros se escaparon calle abajo.

—¡Se están volviendo una peste estos chicos! —exclamó Crump reuniéndose con el Ángel—. Siento muchísimo que le hayan estado importunando.

El Ángel parecía estar turbado.

—No lo entiendo —decía—. Estos procedimientos humanos...

—Sí, claro. Son inusitados para usted. ¿Cómo va su excrecencia?

—¿Mi qué?

—Su miembro bífido, ¿comprende usted? ¿Cómo sigue? Ahora que está usted aquí, entre. Entre y permítame que vuelva a examinarlo... ¡Fuera, vosotros, pilletes! Mientras tanto, esos pequeños patanes nuestros se irán a sus casas. ¡Los niños son todos iguales en los pueblos! No pueden comprender nada que sea anormal. Ven a un forastero con un aspecto raro y le arrojan una piedra. Su imaginación no llega más allá de la parroquia... ¡Os daré una buena medicina si os cojo molestando otra vez a los forasteros...! Supongo que no es ni más ni menos que lo que puede esperarse de ellos... Venga, venga por aquí.

Así, pues, el Ángel, horrorosamente perplejo, entró rápido en el gabinete del médico para curarse de nuevo la herida.

# CAPÍTULO XXVIII

---

## EL PUNTO DE VISTA DE *LADY HAMMERGALLOW*

**E**n el parque de Siddermorton está enclavada la mansión del mismo nombre, donde vive *Lady Hammergeallow*, alimentándose principalmente con los pequeños escándalos del pueblo. Es una anciana muy simpática, con un cuello fibroso y arrugado como una cuerda, un semblante de color ocre rojizo y unas rachas espasmódicas de mal carácter para las cuales no se conocían más que tres únicos remedios: una botella de ginebra, un par de mantas baratas y una moneda de una corona. La mansión se hallaba situada a milla y media de Siddermorton. Casi todo el pueblo era suyo, exceptuándose sólo una franja de terreno hacia el sur, propiedad de *Sir John Goth*. La anciana gobernaba autocráticamente, solazándose en estos días de división de jurisdicciones. Hacía y prohibía matrimonios, echaba del pueblo a los indeseables por el simple expediente de aumentarles el precio del alquiler, despedía a los trabajadores que le parecía, obligaba a los herejes a asistir a la iglesia e hizo que *Susan Dangett*, que quería que su hija se llamase «Eufemia», la hiciera bautizar con el nombre de «Mary—Anne». Era una firme y porfiada protestante y desaprobaba que al vicario le saliera una calva que parecía una tonsura. Formaba parte del Consejo Municipal, cuyos componentes se tomaban obsequiosamente el trabajo de subir cuesta arriba y atravesar el marjal para ir a celebrar las sesiones en su casa, y como era bastante sorda, efectuaban todas sus deliberaciones hablando en su trompetilla en lugar de hacerlo desde la tribuna. En aquella época no se interesaba por la política, pero el año anterior había sido una enemiga activa «de ese Gladstone». Tenía camareras en vez de lacayos para distinguirse de *Hockley*, el bolsista americano que tenía a su servicio cuatro titanes con calzones afelpados.

Ejercía en el pueblo una real fascinación. En el bar «El Gato» y en «El Cuerno de la Abundancia» nadie se escandalizaría si os oyeran jurar por Dios, pero si juraseis por *Lady Hammergeallow* probablemente se sentirían tan ofendidos que os echarían de allí. Cuando la anciana pasaba con su carruaje por Siddermorton nunca dejaba de visitar a *Bessy Flump*, la administradora de Correos, para enterarse de todo lo que había ocurrido, y luego se dirigía a casa de *Miss Finch*, la modista, para comprobar la veracidad de lo que le había dicho *Bessy Flump*. A veces iba a ver al vicario, y otras veces a *Mrs. Mendham*, a la que se complacía en chasquear, y hasta de vez en cuando iba a ver a *Crump*. Su tronco de fogosos caballos pardos casi se echó encima del Ángel, cuando éste regresaba al pueblo.

—¡De modo que *éste* es el genio! —exclamó *Lady Hammergeallow* volviéndose

hacia él y observándolo a través de unos impertinentes de montura dorada que siempre llevaba en su arrugada y temblorosa mano—. ¡Realmente parece loco! El pobrecillo tiene una cara muy bonita. ¡Lástima no haberlo visto antes!

Se hizo conducir al presbiterio y allí pidió detalles del asunto. Los contradictores relatos de *Miss Flump*, de *Miss Finch*, de *Mrs. Mendham*, del doctor *Crump* y de *Mrs. Jehoram*, le habían embrollado las ideas. Él vicario, vivamente apremiado, hizo todo lo que pudo para explicar dentro de la trompetilla todo lo que había ocurrido realmente. Suavizó cuanto pudo lo de las alas y lo del vestido de color de azafrán, pero tuvo la sensación de que la cosa no tenía remedio. Habló de su protegido llamándole «*Mr. Ángel*» y dirigió patéticos apartes al *martín pescador*. La anciana notó su confusión. Su rara cabeza de vieja se balanceaba con pequeñas sacudidas hacia atrás y hacia delante. Ponía la trompetilla debajo de las narices del vicario cuando éste no tenía nada que decir, y después sus ojos hundidos escudriñaban la cara del vicario sin hacer el menor caso de las explicaciones que le salían de los labios.

Hubo muchos «¡Oh!» y «¡Ah!», y positivamente la buena señora cogió algunos fragmentos de la conversación.

—¿Le ha invitado usted a vivir en su casa... por tiempo indefinido? —preguntó *Lady Hammergeallow* mientras se le ocurría una gran idea.

—Sí, tal vez con demasiada ligereza le hice esta...

—¿Y usted ignora de dónde procede?

—En absoluto.

—Y tampoco sabrá quién es su padre, supongo, ¿verdad? —inquirió *Lady Hammergeallow*, con gran misterio.

—No —confesó el vicario.

—¡Vamos, hombre! —repuso *Lady Hammergeallow* jovialmente.

Y dio al vicario con la trompetilla un golpe en las costillas mientras seguía observándole a través de los impertinentes.

—¡Pero... *Lady Hammergeallow*!

—Así me lo figuraba. No crea que voy a reprochárselo, *Mr. Hilyer*.

Y soltó una franca carcajada que revelaba una enorme satisfacción.

—El mundo es el mundo y los hombres son hombres —prosiguió—. Y el pobre muchacho está lisiado, ¿eh? Es una especie de fallo divino. Y va de luto, por lo que he visto. Me recuerda «La carta roja...». La madre habrá muerto, supongo. Tanto mejor. En realidad, no soy una mujer de manga estrecha... y le felicito a usted por su decisión de tenerlo consigo. Se lo digo de veras.

—¡Pero *Lady Hammergeallow*!

—No lo eche todo a perder negándolo ahora. ¡Es tan natural para una mujer de mundo! ¡Esa *Mrs. Mendham*! Me divierte la mar con sus sospechas. ¡Qué ideas más ridículas! ¡Y en la esposa de un párroco, además! Pero espero que esto no se habrá producido después de haber sido usted ordenado sacerdote.

—¡*Lady Hammergeallow*, protesto...! Le doy mi palabra.

—*Mr. Hilyer*, yo también protesto. Lo sé de cierto. Nada de lo que usted diga podrá modificar en un ápice mi opinión. Ni siquiera lo intente. Nunca sospeché ni remotamente que fuese usted un hombre tan interesante.

—¡Pero esta sospecha es insoportable!

—Le ayudaremos todos, *Mr. Hilyer*. Puede usted confiar en mí... Es muy romántico.

*Lady Hammergeallow* irradiaba benevolencia.

—¡Pero, *Lady Hammergeallow*, déjeme que le explique...!

*Lady Hammergeallow* cogió resueltamente su trompetilla y la mantuvo junto a su oído moviendo la cabeza.

—Tiene un gran talento para la música, según me han dicho. ¿Es cierto eso, vicario?

—Le puedo asegurar del modo más solemne...

—Ya me lo figuraba. Y siendo un lisiado...

—Está usted bajo la influencia del más cruel equivo...

—Pensé que si sus dones son verdaderamente como dice esa *Mrs. Jehoram*...

—Es la sospecha más injustificada que hombre alguno...

—Claro que no hago gran caso del juicio de esa mujer...

—Tenga usted en cuenta mi situación. ¿No me he ganado una buena reputación?

—Acaso sería posible hacer algo por él como concertista.

—Pero ¿he hecho yo...? (¡Mil diablos, no hay manera de entenderse!).

—Por consiguiente, vicario, propongo ofrecerle la oportunidad de que nos enseñe lo que sabe hacer. He estado reflexionando sobre ello mientras venía. El martes próximo invitaré a unas cuantas personas de buen gusto, y él vendrá con el violín. ¿Eh, qué tal? Y si todo va bien, ya procuraré obtener algunas cartas de presentación y le daremos un buen empujón.

—¡Pero, *Lady Hammergeallow*...!

—¡Ni una palabra más! —replicó *Lady Hammergeallow*, todavía resueltamente agarrada a su trompetilla y agitando con la otra mano sus impertinentes—. Realmente, no debo hacer esperar más tiempo a mis caballos. ¡Cutler se molesta tanto si los dejo parados mucho tiempo! Se aburre mucho teniendo que esperar, el pobre hombre, si no hay cerca una taberna.

Y *Lady Hammergeallow* se dirigió hacia la puerta.

—¡Mil diablos! —gruñó el vicario en voz baja.

No había pronunciado aquel exabrupto desde que fue ordenado sacerdote. Esto demuestra cómo la visita de un ángel puede llegar a trastornar a un hombre.

El vicario permaneció en la verja contemplando el carruaje que se alejaba. El mundo parecía que se quebraba en pedazos a su alrededor. ¿Habría vivido su virtuosa vida de soltero durante treinta años en vano? ¿De qué cosas le creía capaz la gente! Se quedó un rato allí, mirando el verde campo de trigo a lo lejos, y luego, carretera abajo, el pueblo desparramado a derecha y a izquierda. Todo le parecía muy

real, y, no obstante, por primera vez en su vida abrigaba extrañas dudas sobre aquella realidad. Se frotó la barbilla y luego, dando media vuelta, se puso a subir lentamente la escalera hasta su cuarto y allí estuvo sentado un buen rato, con la mirada fija en una prenda de lino amarilla.

—¡Que sabe quién es su padre! —dijo—. Y resulta que él es inmortal, y ya iba aleteando por su cielo cuando mis antepasados eran marsupiales... ¡Quisiera que estuviese allí todavía!

Se levantó y se puso a palpar la prenda.

—No puedo imaginarme cómo se fabrican estos tejidos...

Se acercó a la ventana y se asomó al exterior.

—Todo lo encuentro maravilloso, hasta la salida y la puesta del sol. Supongo que no existe ninguna base adamantina para sustentar creencia alguna. Pero uno va adquiriendo un hábito regular de tomarse las cosas tal como vienen. Y luego llega lo imprevisto y lo estropea todo. Parece como si me despertara a lo Invisible. Ésta es la más extraña de las incertidumbres. Nunca me había sentido tan agitado, tan turbado como ahora desde los días de mi adolescencia.

# CAPÍTULO

## XXIX

---

### MÁS AVENTURAS DEL ÁNGEL EN EL PUEBLO

—**E**sto va bien —declaró Crump, después de haber cambiado el vendaje—. Será una treta que me jugará la memoria, sin duda alguna, pero estas excrescencias que tiene usted no me parecen hoy tan gran, des como me parecieron ayer. Supongo que me impresionarían fuertemente. Quédese a comer conmigo ahora que está aquí. Ya es mediodía. Los chicos se los tragará de nuevo la escuela a primera hora de la tarde... Nunca vi en mi vida una curación más perfecta —añadió mientras ambos se dirigían al comedor—. Su sangre y carne deben de estar tan limpias de bacterias como pueda desearse... sea lo que sea lo que haya en su cabeza —añadió *sotto voce*.

Durante la comida estuvo vigilando estrechamente al Ángel y le habló continuamente procurando sonsacarle.

—¿Le cansó el viaje de ayer? —preguntó súbitamente.

—¡El viaje! —repuso el Ángel—. ¡Oh...! Sólo sentí alguna rigidez en las alas.

«Nada, no hay por dónde cogerle —se dijo Crump—, pero voy a fingir que le creo».

Y preguntó en voz alta:

—De modo que usted vino volando, ¿eh? Sin otra clase de transporte.

—No había camino alguno —explicó el Ángel sirviéndose un poco de mostaza—. Estaba volando en una sinfonía con algunos grifos y querubines ígneos, y de repente, todo se volvió oscuro y me encontré en este mundo de ustedes.

—¡Válgame Dios! —exclamó Crump—. Y será por esto por lo que no trajo usted equipaje.

Y una sonrisa centelleó en sus ojos.

—Supongo que conocerá este mundo nuestro bastante bien, ¿verdad? Con eso de estar observándonos por encima de las murallas adamantinas, ¿eh?

—No, no lo conozco muy bien. Soñamos con él algunas veces. A la luz de la Irma, cuando las Pesadillas nos han hecho conciliar el sueño abanicándonos con sus alas.

—¡Ah, sí...! ¡Claro! —dijo Crump—. Es una manera muy poética de decirlo. ¿Quiere usted tomar un poco de Borgoña? Lo tiene ahí, a su lado... Pues sí... Existe el convencimiento en este mundo, ¿sabe usted?, que las visitas de los ángeles no son muy raras. Quizás alguno de sus... amigos, haya viajado, ¿eh? Se supone que suelen aparecerse a ciertas personas meritorias que están en la cárcel, y que entonces bailan

una especie de danzas indias o algo por el estilo. Como aquello del Fausto, ¿sabe usted?

—Nunca he oído nada semejante —dijo el Ángel.

—El otro día, una señora cuyo hijo yo visitaba por una indigestión, me aseguró que ciertas contorsiones faciales que hacía la criatura indicaban que estaba soñando con los ángeles. En las novelas de *Mrs. Henry Wood* se considera esto como un signo infalible de defunción precoz. Supongo que usted no me podrá aclarar lo que haya de cierto en esta oscura manifestación patológica, ¿verdad?

—No lo comprendo en absoluto —contestó el Ángel, algo aturrullado, sin percatarse claramente de la intención del médico.

«Se está poniendo receloso —se dijo Crump—. Se da cuenta de que le estoy tomando el pelo».

Pero prosiguió su farsa:

—Hay una cosa que me produce una gran curiosidad. Los recién llegados, ¿se quejan mucho de los médicos que los han asistido? Siempre me he imaginado que debe de haber mucha cháchara hidropática al principio. En junio pasado estaba mirando aquel cuadro expuesto en la Academia...

—¡Recién llegados! —dijo el Ángel—. Realmente no caigo en lo que usted quiere decir.

El médico se lo quedó mirando fijamente.

—Pero ¿es que no llegan?

—¿Llegan? —preguntó el Ángel—. ¿Quiénes?

—Los que mueren aquí.

—¿Después de haberse deshecho a pedazos aquí?

—Ésa es la creencia general, ¿comprende usted?

—¿Gente como la mujer aquella que chillaba en la puerta de su casa, el hombre de la cara morena con sus visajes y aspavientos, y los pequeños que me tiraban cáscaras? Pues, ¡claro que no! Nunca vi semejante gente hasta que hube caído en este mundo.

—¡Oh, vamos, vamos! —exclamó el médico—. Ahora me dirá usted que su traje oficial no es blanco y que no sabe tocar el arpa.

—No existe el blanco en el País Angélico —afirmó el Ángel—. Es un color extraño que se obtiene mezclando otros colores.

—¡Pero, señor mío! —exclamó el médico modificando súbitamente el tono de su voz—. Usted positivamente no sabe nada del país de donde procede. El blanco es la misma esencia de su país.

El Ángel se quedó mirándolo extrañado. ¿Estaría bromeando aquel hombre? Parecía perfectamente serio.

—Mire usted aquí —dijo Crump.

Y levantándose se dirigió al aparador donde había un ejemplar del *Paris Magazine*, lo cogió y le enseñó al Ángel el suplemento de color, añadiendo:

—Aquí hay algunos ángeles, *de verdad*. Ya ve usted que no son las alas únicamente lo que hace el ángel. De blanco, ya lo ve usted, subiendo hacia el cielo envueltos en flotantes crespones y con las alas recogidas. Así son los ángeles, según las personas más autorizadas en la materia. Con el pelo como si fuera oxigenado. Uno de ellos lleva una pequeña arpa, como usted puede ver, y está ayudando a esta señora sin alas, que es una especie de larva de ángel, hacia arriba.

—¡Oh! —protestó el Ángel—. Esto no son ángeles en absoluto.

—Sí que lo *son* —dijo Crump volviendo a dejar la revista sobre el aparador, y sentándose de nuevo, con un aire de inmensa satisfacción—. Puedo asegurarle que lo sé de una manera autorizada...

—Pues yo puedo asegurarle...

Crump frunció los labios y movió la cabeza de derecha a izquierda, como lo había hecho en casa del vicario.

—Nada, nada —dijo—. No hay nada que pueda alterar nuestras ideas sólo porque un visitante irresponsable...

—Si éstos son ángeles —repuso el Ángel—, entonces resulta que yo nunca he estado en el País Angélico.

—Precisamente —ratificó Crump, inefablemente satisfecho—, era esto lo que yo me proponía que usted dijese.

El Ángel se le quedó mirando un minuto con los ojos muy abiertos, y por segunda vez se sintió invadido por la destemplanza humana de la risa.

—¡Ja, ja, ja! —prorrumpió Crump, uniéndose a la risa del Ángel—. Ya *sabía* yo que no era usted tan loco como parecía. ¡Ja, ja, ja!

Y durante el resto de la comida los dos estuvieron muy alegres, aunque por razones enteramente diferentes, y Crump se persuadió de que había que tratar al Ángel como un guasón de primera.

# CAPÍTULO

## XXX

---

**D**espués de haberse despedido de Crump, el Ángel volvió a dirigirse, cuesta arriba, hacia la vicaría. Pero, posiblemente impulsado por el deseo de evitar un nuevo encuentro con *Mrs. Gustick*, al llegar al portillo se desvió, yendo a dar un rodeo por el campo de Lark y la granja de Bradley.

Y se encontró con el Respetable Vagabundo dormitando tranquilamente entre las flores del campo. Se detuvo a contemplarlo, impresionado por la tranquilidad celestial del rostro de aquel individuo. Y mientras lo estaba contemplando, el Respetable Vagabundo se despertó sobresaltado y se incorporó. Era un sujeto muy pálido, vestido de un color negro herrumbroso, con un sombrero mugriento y abollado, inclinado sobre un ojo.

—Buenas tardes —dijo afablemente—. ¿Cómo está usted?

—Muy bien —contestó el Ángel, que ya se había adueñado de la frase.

El Respetable Vagabundo miró al Ángel con atención.

—¿Gastando las pezuñas, chaval? —dijo—. Igual que yo.

El Ángel quedó confuso.

—¿Por qué —preguntó el Ángel— duerme usted de este modo, en vez de dormir en el aire o en una cama?

—¡Hombre, tiene gracia! —dijo el Respetable Vagabundo—. ¿Que por qué no duermo en una cama? Pues porque en el palacio de Sandringham están ahora los pintores y en el castillo de Windsor están reparando las cañerías, y no tengo otra casa adonde ir. ¿No tendría usted por casualidad en su bolsillo el precio de un doble de cerveza?

—No tengo nada en los bolsillos —dijo el Ángel.

—¿Es éste el pueblo llamado Siddermorton? —preguntó el Vagabundo poniéndose de pie con bastantes crujidos y señalando las apiñadas techumbres que se veían al pie de la colina.

—Sí —dijo el Ángel—. Es Siddermorton.

—Ya lo conozco, ya lo conozco —dijo el Vagabundo—. Es un pueblecito muy lindo.

Estiró los brazos, bostezó y se quedó contemplando el pueblo.

—¡Casas, cosechas! —exclamó señalando los trigales y las huertas—. Parece cómodo y agradable, ¿no?

—Tiene una belleza singular —dijo el Ángel.

—Tiene una belleza singular... sí... ¡Dios mío, lo que me gustaría saquear este sucio pueblo...! Ahí es donde yo nací.

—¡Válgame Dios! —exclamó el Ángel.

—Sí, yo nací en ese pueblo. ¿Ha oído usted hablar nunca de una rana descerebrada?

—¿De una rana descerebrada? —dijo el Ángel—. ¡No!

—Es una cosa que hacen los vivisectores. Cogen una rana y le extirpan el cerebro y en su lugar le ponen cera o algún otro producto. Esto es una rana descerebrada. Bueno, pues este pueblo está lleno de seres humanos descerebrados.

El Ángel se lo tomó en serio.

—¿Es de veras eso?

—De veras. Le doy mi palabra. A cada uno de sus habitantes le han extirpado el cerebro y le han puesto en su lugar unos trozos de yesca podrida. ¿Ve usted aquel pequeño edificio rojo?

—Es lo que llaman la escuela —dijo el Ángel.

—Sí... Allí es donde los descerebran —dijo el Vagabundo, enamorado completamente de su fantástica idea.

—¿De veras? Eso es muy interesante.

—Y lógico —dijo el Vagabundo—. Si tuviesen cerebros tendrían ideas, y si tuviesen ideas, pensarían por sí mismos. Y usted puede pasearse por ese pueblo de uno a otro extremo sin encontrarse con nadie que llegue a tanto. Son seres humanos descerebrados. Conozco el pueblo. Allí nací y allí me encontraría ahora trabajando como un negro para los ricos si no me hubiese puesto en contra de la descerebración.

—¿Es una operación muy dolorosa? —preguntó el Ángel.

—En parte. Aunque no es precisamente la cabeza lo que se resiente. Y dura mucho tiempo. Los llevan muy jóvenes a esa escuela, diciéndoles: «Venid aquí, que os refinaremos la inteligencia». Eso es lo que les dicen, y en los niños pequeños ese truco obra maravillas. Y entonces empiezan a sacarles el jugo del cerebro, poco a poco, a pedacitos, con fechas y listas y monsergas. Y cuando salen de allí ya no tienen cerebro en la cabeza, pero les han dado cuerda para tiempo y les han enseñado a saludar quitándose la gorra ante cualquier persona que los mire al pasar. ¡Hombre, si hasta uno se quitó la gorra al pasar yo ayer por su lado! Y se mueven con gran vivacidad por todas partes y hacen todos los trabajos sucios y desagradables, y todavía están agradecidos de que se les permita seguir viviendo. Se sienten positivamente orgullosos de ejecutar trabajos duros y pesados por amor al arte. Después que los han descerebrado, claro está. ¿Ve usted aquel tío que está labrando?

—Sí —dijo el Ángel—. ¿Está descerebrado?

—¡Ya lo creo! Si no lo estuviera, estaría sin hacer nada, con un tiempo tan agradable como hace... igual que yo y los santos apóstoles.

—Ya empiezo a comprender —dijo el Ángel, algo vacilante, aún.

—Ya sabía yo que llegaría a comprenderlo —dijo el Vagabundo Filósofo—. Ya he visto que es usted buena persona. Pero, hablando seriamente, ¿no lo encuentra usted ridículo...? Siglos y siglos de civilización, y mire usted el pobre cerdo ese, sudando la gota gorda, y trabajando penosamente montaña arriba. Y es inglés, ¡vaya

si es inglés! Pertenece a una raza superior a todas las de la Creación. Es uno de los amos de la India. Ya es bastante para hacer reír a un negrito. La bandera que ha desafiado durante mil años el cañón y el viento... ¡Es su bandera! Nunca hubo un país tan grande y glorioso como éste. ¡Nunca! Y, sin embargo, he ahí lo que se ha hecho de nosotros. Ya le contaré un cuento sobre todo esto, ya que usted me parece forastero. Hay un individuo aquí, que se llama Gotch, *Sir John Gotch*. Cuando él era un caballerece recién salido de Oxford, yo era un chiquillo de ocho años y mi hermana era una muchacha de diecisiete. Servía en su casa. Pero ¡caramba!, todo el mundo ha oído esta historia... Es cosa muy corriente con gente de esa clase.

—Pues yo no la he oído —dijo el Ángel.

—Todo lo que es bonito y alegre en las muchachas, ellos lo arrojan al arroyo, y a todos los hombres que tienen un tanto así de valor o de espíritu de aventura, a todos aquellos que se niegan a beber lo que la mujer del cura les manda en vez de cerveza, o a saludar sin humillarse, o a no tocar los conejos ni los pájaros para que únicamente los cacen los ricos, a éstos los echan de los pueblos por indeseables. ¡Patriotismo! ¡Que no me vengan con monsergas para mejorar la raza! Los que quedan de esa raza no son dignos de mirar a un negrito cara a cara, y un chino se avergonzaría de ellos...

—No lo entiendo —dijo el Ángel—. No sé qué quiere usted decir.

A esto el Vagabundo Filósofo contestó más explícitamente y refirió al Ángel la sencilla historia de *Sir John Gotch* y la criada. Casi no vale la pena de repetirla. Ya podéis imaginaros que dejaría al Ángel todavía más confuso. Aquel relato estaba henchido de palabras que él no comprendía en absoluto, ya que el único vehículo de la emoción que poseía el Vagabundo consistía en la blasfemia. Sin embargo, a pesar de que sus dos lenguajes diferían tanto, todavía pudo el Vagabundo transmitir al Ángel parte de sus propias y probablemente infundadas convicciones de la injusticia y de la crueldad de la vida, y de lo detestable y aborrecible que era *Sir John Gotch*.

Lo último que de él vio el Ángel fue su negra espalda llena de polvo alejándose por el sendero que conduce a Iping Hanger. Cerca de la carretera apareció un faisán y el Vagabundo Filósofo cogió inmediatamente una piedra y se la tiró al ave con muy buena puntería y muy mala intención. El ave desapareció cloqueando. Y el vagabundo también desapareció en un recodo del camino.

# CAPÍTULO

## XXXI

---

### LA AMPLITUD DE MIRAS DE *MRS. JEHORAM*

— **O** í que alguien tocaba el violín en la vicaría, al pasar por allí —dijo *Mrs. Jehoram* tomando la taza de té que le ofrecía *Mrs. Mendham*.

—El vicario lo toca —repuso *Mrs. Mendham*—. Ya le he hablado a George de esto, pero como si nada. No creo que debiera permitirse que un vicario haga una cosa semejante. Eso, para los extranjeros. Pero *él*...

—Ya lo sé, querida —interrumpió *Mrs. Jehoram*—. Pero yo oí tocar el violín al vicario en una ocasión, en la escuela. Y no creo que el que acabo de oír sea el vicario. Lo hacía muy bien y algunos fragmentos los tocaba con una gran elegancia. Era algo nuevo. Esta mañana, hablando con *Lady Hammergalow*, le decía que me figuro...

—¡El loco! Muy probable. Esos imbéciles... Querida amiga, no creo que pueda olvidar nunca aquel espantoso encuentro de ayer.

—Ni yo tampoco.

—¡Mis pobres hijas! Han quedado demasiado conmocionadas para poder decir ni una sola palabra de ello. Yo le dije a *Lady Ham*...

—¡Es muy natural! ¡Fue realmente *espantoso*! Para ellas, digo.

—Y ahora, querida, quisiera que usted me dijera francamente si cree de veras que aquel sujeto de hombre...

—Tendría usted que haber oído el violín.

—Sospecho, *Jessie*...

Y *Mrs. Mendham* se inclinó hacia su amiga como para susurrarle algo al oído.

*Mrs. Jehoram* se sirvió un trozo de pastel.

—Estoy segura de que no hay mujer alguna que pueda tocar el violín como lo oí tocar esta mañana.

—Claro que si usted lo dice, esto pone punto final al asunto —dijo *Mrs. Mendham*.

*Mrs. Jehoram* era la autocrática autoridad indiscutible en *Siddermorton* sobre todas las cuestiones de arte, música y literatura. Su difunto esposo había sido un poeta menor.

*Mrs. Mendham* añadió, no obstante:

—Así y todo...

—¿Sabe usted —dijo *Mrs. Jehoram*— que estoy inclinada a creer el relato de nuestro querido vicario?

—¡Qué buena es usted, *Jessie*!

—Realmente, no creo que pueda haber albergado a nadie en la vicaría, antes de la tarde aquella... Estoy segura de que nos habríamos enterado. No creo que pueda aparecer un gato extraño en cuatro millas a la redonda de Siddermorton sin que la noticia llegue a nuestros oídos. La gente de aquí es tan chismosa...

—El vicario no me ha inspirado nunca confianza —dijo *Mrs. Mendham*—. Lo conozco.

—Sí. Pero la historia es plausible. Si ese *Mr. Ángel* fuese un hombre inteligente y excéntrico...

—Tendría que ser *muy* excéntrico para vestirse como lo hizo. Hay ciertos grados y ciertos límites, querida.

—Pero los *kilts*... —dijo *Mrs. Jehoram*.

—Están muy bien en los Highlands...

Los ojos de *Mrs. Jehoram* se habían fijado en un punto negro que subía lentamente la colina a través de un amplio trigal amarillento.

—¡Ahí va! —gritó *Mrs. Jehoram* levantándose—. Ahora atraviesa aquel trigal. Estoy segura de que es él. Desde aquí le veo la joroba. A menos de que sea un hombre con un saco auestas. Pero ¡Minnie! ¡Si aquí hay unos prismáticos! ¡Qué bien para observar la vicaría...! Sí, es nuestro hombre. ¡Pero qué cara tan bonita!

Muy generosamente permitió que la dueña de la casa compartiera los prismáticos. Durante un minuto hubo un silencio interrumpido sólo por leves crujidos.

—Su traje es *perfectamente* respetable ahora —comentó *Mrs. Mendham*.

—En efecto —convino *Mrs. Jehoram*.

Hubo una pausa.

—¡Parece enfadado!

—Y lleva el traje lleno de polvo.

—Y anda en línea recta. De otro modo podría creerse... Con este tiempo tan caluroso...

Otra pausa.

—Oiga, Minnie —dijo *Mrs. Jehoram* dejando a un lado los prismáticos—. Lo que iba a decirle es que posiblemente *Mr. Ángel* sea un genio disfrazado.

—Si usted puede llamar disfraz a lo que es poco más que nada...

—No hay duda que es un excéntrico. Pero yo misma he visto niños que llevan blusas muy parecidas a su traje de aquel día. ¡Hay tantas personas inteligentes que *son* raras en cuanto a indumentaria y modales! A un genio le está permitido robar un caballo cuando a un empleado de banca no le está permitido ni siquiera mirar por encima del seto. Es muy posible que sea una persona muy conocida y se esté burlando de nuestra simplicidad arcadiana. Y, realmente, su traje no era tan indecente como algunos de esos que llevan las mujeres ciclistas de ahora. Vi a una de ellas en una revista ilustrada hace sólo unos días... en el *New Budget*, me parece... Bueno, ajustadísimo que parecía hecho de punto, ¿sabe usted, Minnie? Yo me quedo con la teoría del genio, especialmente después de haberlo oído tocar. Estoy segura de que es

un hombre muy original, tal vez muy divertido. Bueno, estoy decidida a pedir al vicario que me lo presente.

—¡Pero, querida Jessie! —exclamó *Mrs. Mendham*.

—Estoy completamente decidida —dijo *Mrs. Jehoram*.

—Mucho me temo que sea una acción irreflexiva por su parte —opinó *Mrs. Mendham*—. Los genios y esa clase de gente están muy bien en Londres. Pero aquí... en la vicaría...

—Vamos a educar a las gentes de aquí. Me gusta la originalidad. Sea como sea, tengo que verlo.

—Vaya usted con cuidado que no lo vea demasiado —dijo *Mrs. Mendham*—. Según tengo entendido, la moda está cambiando, y creo que algunas personas que forman parte de la buena sociedad han decidido no estimular más a los genios. Los escándalos recientes...

—Sólo en literatura, Minnie. En cambio la música...

—Nada de lo que usted me diga, Jessie —replicó *Mrs. Mendham* escapándose por la tangente—, podrá convencerme de que el traje que llevaba ese raro personaje no era sumamente sugestivo e indecente.

# CAPÍTULO XXXII

---

## UN INCIDENTE TRIVIAL

**E**l Ángel fue andando a lo largo del seto y a través del campo, hacia la vicaría. Los rayos del sol poniente acariciaban su espalda y daban unos toques de oro a la vicaría y brillaban como fuego en todas las ventanas. En la entrada, bañada por la luz del sol, estaba la pequeña Delia, la criada. La joven estaba contemplando al Ángel resguardándose los ojos con una mano. De pronto, al Ángel se le ocurrió que ella, al menos, era hermosa de veras, y no sólo hermosa, sino viviente y cálida.

Delia le abrió la verja para que entrara. Le compadecía, porque su hermano mayor también era jorobado. El Ángel le hizo una inclinación de cabeza como hubiera hecho ante cualquier otra mujer, y durante unos segundos la miró fijamente. Ella le devolvió la mirada y sintió que algo vibraba en su interior.

El Ángel hizo un gesto de irresolución.

—Tiene usted unos ojos muy bellos —dijo suavemente, con un remoto tono de admiración.

—¡Oh, *Mr.* Ángel! —exclamó ella, confusa.

El semblante del Ángel adquirió una expresión de perplejidad. Se dirigió por el sendero, entre los arriates del vicario, mientras ella se quedaba al lado de la verja, todavía abierta, mirándolo con los ojos muy abiertos. Al llegar a la galería, bajo la enramada de rosas, él se volvió y se quedó mirándola.

Ella también lo contempló un momento, y después, con un gesto muy raro, le volvió la espalda, cerró la verja y pareció sumirse en la contemplación del valle, hacia el campanario de la iglesia.

# CAPÍTULO

## XXXIII

---

### LA TRAMA Y URDIMBRE DE LAS COSAS

**A** la hora de comer, el Ángel explicó al vicario las más salientes de sus aventuras de aquel día.

—Lo más extraño de todo —afirmó el Ángel— es la prontitud, el entusiasmo y el gusto con que ustedes, los seres humanos, infligen el dolor. Esos muchachos que me han arrojado cáscaras esta mañana...

—Parecían disfrutar con ello, ¿eh? —dijo el vicario—. Ya lo sé.

—Y, no obstante, a ellos no les gusta el dolor —dijo el Ángel.

—No —dijo el vicario—, no les gusta.

—Luego —prosiguió el Ángel—, vi unas plantas muy hermosas que se erguían con una espiga de hojas, dos a este lado y dos al otro, y cuando intenté pasar la mano por una de ellas, me produjo el más desagradable...

—¡Ortigas serían! —dijo el vicario.

—Bueno, pero fue un dolor diferente. Y otra planta con una coronilla en la punta, abundantemente decorada con hojas, me picó en los dedos...

—Un cardo, seguramente.

—Y en su jardín, esa planta, de tan buen olor...

—El rosal silvestre —dijo el vicario—. Ya recuerdo. —Y aquella flor rosada que salió de la caja...

—¿Qué salió de la caja? —repitió el vicario.

—Anoche —dijo el Ángel—. Aquella que empezó a trepar por las cortinas... ¡La llama!

—¡Ah...! ¡Las cerillas y las velas! Sí, sí...

—También los animales se han metido conmigo. Un perro se comportó del modo más desagradable... Y aquellos muchachos, y el modo que tiene la gente de hablar. Todo el mundo parece estar deseoso... o dispuesto, al menos, a causar dolor. Todo el mundo parece estar atareado en proporcionarlo a los demás...

—O en evitarlo —replicó el vicario apartando su plato—. Sí,, desde luego. Es una lucha constante en todas partes. El mundo entero es un campo de batalla..., el mundo entero. Estamos impelidos por el dolor. ¡Qué superficialmente situado está! ¡Este Ángel ya lo ha visto al primer día!

—Pero ¿por qué se empeña todo el mundo... todos los seres... en causar dolor? —preguntó el Ángel.

—¿No sucede lo mismo en el País Angélico? —inquirió el vicario.

—No —contestó el Ángel—. ¿Y por qué sucede así aquí?

El vicario se enjugó lentamente los labios con la servilleta.

—Aquí es así —dijo—. El dolor constituye la trama y urdimbre de esta vida. ¿Sabe usted —prosiguió después de una pausa— que me resulta casi imposible imaginarme... un mundo sin dolor...? Y, sin embargo, cuando usted tocaba el violín esta mañana... Pero este mundo es diferente. Es todo lo contrario del mundo angélico. Incluso muchísimas personas, personas excelentes y muy religiosas, se han sentido tan impresionadas por la universalidad del dolor que creen que, después de la muerte, las cosas serán todavía peores para muchos de nosotros. Esto a mí me parece una opinión excesiva. Pero, desde luego, es ésta una cuestión muy profunda. Casi se encuentra más allá de nuestra capacidad de discusión...

Y a continuación el vicario disparó una disertación improvisada sobre la «necesidad», y la razón de que las cosas sean como son y uno tenga que hacer esto, lo otro o lo de más allá.

—Hasta nuestra alimentación...

—¿Qué? —preguntó el Ángel.

—No puede obtenerse sin infligir dolor —concluyó el vicario.

El rostro del Ángel se puso tan pálido que el vicario se interrumpió de súbito. Se hallaba en el borde del peligro de tener que dar una explicación concisa sobre los antecedentes de una pierna de cordero. Hubo una pausa.

—A propósito —dijo el Ángel—, ¿ha sido usted descerebrado como la mayor parte de los seres humanos?

# CAPÍTULO

## XXXIV

---

### EL DEBUT DEL ÁNGEL

Cuando *Lady* Hammergeallow tomaba una resolución, las cosas se realizaban tal como ella se había propuesto. Y aunque el vicario hizo una espasmódica protesta, *Lady* Hammergeallow llevó a la práctica su resolución y consiguió hacer comparecer en Siddermorton House al Ángel con su violín y al auditorio antes de haber transcurrido una semana.

—Un genio que ha descubierto el vicario —decía *Lady* Hammergeallow.

Y de este modo, con evidente previsión, cargaba sobre los hombros del vicario cualquier responsabilidad para el caso de un eventual fracaso.

—Nuestro querido vicario me dice...

Y *Lady* Hammergeallow seguía explicando maravillosamente anécdotas de la habilidad y del talento del Ángel con su instrumento.

Pero estaba enamorada de su propia idea. Siempre había acariciado el deseo secreto de jugar a protectora del talento desconocido. Hasta la fecha todo el que se había sometido a la prueba había demostrado invariablemente carecer de talento.

—Sería muy conveniente para él —dijo *Lady* Hammergeallow—. Ya tiene el pelo largo, y con la tez tan colorada estará hermoso, sencillamente hermoso, en un estrado. Las ropas del vicario le sientan tal mal que ya le dan todo el aspecto de un pianista a la moda. Y el escándalo de su nacimiento... sin tener que explicárselo a nadie, sólo con los rumores que puedan correr... sería un gran incentivo... cuando llegara a Londres, eso es.

El vicario se sintió invadido de las más horribles sensaciones a medida que se iba aproximando la fecha. Se pasó muchas horas intentando explicar la situación al Ángel, otras muchas intentando imaginarse lo que la gente pensaría y otras aún peores intentando prever el comportamiento del Ángel. Hasta la fecha el Ángel había únicamente tocado el violín para su propia satisfacción. El vicario le sobresaltaba de vez en cuando indicándole algún nuevo detalle de etiqueta que acababa de ocurrírsele. Como éste, por ejemplo:

—Es muy importante saber el sitio donde ha de dejar el sombrero, ¿sabe usted? No lo deje nunca encima de una silla, en ninguna circunstancia. Téngalo en la mano hasta que le sirvan el té, ¿comprende? Y luego... vamos a ver... póngalo en cualquier parte, ¿sabe usted?

El viaje hasta Siddermorton House se efectuó sin ningún tropiezo, pero en el momento de las presentaciones el vicario se sintió sobrecogido por un espasmo de

horribles presentimientos. Se había olvidado de explicarle el mecanismo de las presentaciones. El ingenuo regocijo del Ángel se hizo evidente, pero no ocurrió nada terrible.

—¡Qué aspecto más raro tiene el extranjero! —dijo *Mr. Rathbone-Slater*, que dedicaba una atención considerable a la indumentaria—. Necesita alguien que lo peine y que lo vista. Se sonrió cuando yo le estreché la mano. No tiene modales. Me parece que yo estuve lo bastante *chic*.

No obstante, se produjo un incidente trivial. Cuando *Lady Hammergeallow* dio la bienvenida al Ángel, lo miró a través de los impertinentes. El gran tamaño aparente de los ojos le dio un susto. Su sorpresa y su rápido gesto para examinar los cristales de la montura de *Lady Hammergeallow* fue demasiado evidente. En cambio, el vicario le había advertido de antemano respecto a la trompetilla.

La resistencia del Ángel a sentarse sobre cualquier cosa que no fuese un taburete de música pareció excitar algún interés entre las damas, pero no se hicieron comentarios. Lo considerarían acaso como una afectación de un profesional en ciernes. Estuvo muy remiso con las tazas de té y esparció por el suelo las migajas de su pastel. Hay que tener presente que era un aprendiz en cuestión de comida. Se cruzó de piernas y se quedó manoseando el sombrero, sin saber qué hacer con él, después de unos varios intentos de atraer la mirada del vicario. La mayor de las señoritas *Papaver* intentó conversar con él acerca de cigarrillos y balnearios continentales y se formó una pobre opinión de su inteligencia.

El Ángel quedó sorprendido por la aparición de un atril y de varias partituras y se sintió algo enervado al principio por la presencia de *Lady Hammergeallow*, que se hallaba sentada, con la cabeza ladeada, contemplándolo con aquellos ojos amplificadas a través de sus lentes con montura de oro.

*Mrs. Jehoram* se le acercó antes de que empezara a tocar y le preguntó el nombre de aquella pieza tan encantadora que tocaba la otra tarde. El Ángel le respondió que no tenía nombre, y *Mrs. Jehoram* dijo que ella creía que a la música no debía ponerse nombres, y quiso saber quién era el autor, y cuando el Ángel le dijo que había salido de su propia cabeza, ella repuso que entonces él debía de ser un verdadero genio y adoptó una expresión de abierta admiración hacia él, indiscutiblemente fascinada. El párroco de *Iping Hanger*, que se consideraba un celta profesional, que tocaba el piano y que hablaba de color y de música con un aire de superioridad racial, lo contemplaba muerto de envidia.

El vicario, que fue inmediatamente acaparado y colocado al lado de *Lady Hammergeallow*, dirigía continuamente sus ansiosas miradas hacia el Ángel, mientras *Lady Hammergeallow* le explicaba con todos los detalles las cantidades que cobraban los violinistas, pormenores que, en su mayor parte, se inventaba a medida que progresaba la conversación. Se había sentido algo amostazada con el incidente de los lentes, pero en resumidas cuentas había decidido que aquello caía dentro de los límites de la originalidad permitida.

Así, podéis figuraos el Salón Verde de Siddermorton Park: un Ángel disfrazado apenas con ropas clericales y un violín en la mano, de pie al lado del piano de cola, y un respetable grupo de personas simpáticas y pacíficas, muy bien vestidas. Murmullos anticipados... Hasta se oían dispersos fragmentos de conversación.

—Es una incógnita —dijo la mayor de las señoritas Papaver a *Mrs. Pirbright*—. ¿No le parece original y delicioso? Jessie Jehoram dice que ya lo vio en Viena, pero que no puede acordarse del nombre. El vicario lo sabe todo, pero es un hombre tan reservado...

—¡Qué sofocado e incómodo está el vicario! —dijo *Mrs. Pirbright*—. Ya lo he notado antes; siempre está igual cuando se sienta al lado de *Lady Hammergeallow*. Y es que ella, sencillamente, no quiere respetar sus hábitos. Sigue creyendo...

—Lleva la corbata torcida —dijo la mayor de las señoritas Papaver—. ¡Y ese pelo! ¡Parece que no se haya peinado nunca!

—Parece extranjero. Y afectado. ¡Muy bonito para un salón! —decía entretanto George Haringay, sentado aparte con la más joven de las señoritas Pirbright—. Pero a mí que me den un hombre masculino y una mujer femenina. ¿Qué cree usted?

—¡Oh! ¿Yo? Pues... lo mismo —dijo la más joven de las señoritas Pirbright.

—Guineas y más guineas —decía *Lady Hammergeallow*—. He oído decir que algunos de ellos poseen unas fincas grandiosas. Usted casi no lo creería...

—Me entusiasma la música, *Mr. Ángel*, la adoro. Siempre remueve algo en mí. Casi no puedo describirlo —decía *Mrs. Jehoram*—. ¿Quién es aquel que dice aquella deliciosa antítesis?: «La vida sin música es brutalidad y la música sin vida es...». ¡Ay, pobre de mí! Quizás usted lo recuerde. La música sin vida... Me parece que es Ruskin, ¿verdad?

—Siento mucho ignorarlo —dijo el Ángel—. He leído muy pocos libros.

—¡Qué simpático! —dijo *Mrs. Jehoram*—. Yo también quisiera haberlo hecho. Estoy completamente de acuerdo con usted. Sólo que nosotras, las pobres mujeres... Será originalidad lo que nos hace falta... Y aquí, en este pueblo, estamos obligadas a recurrir a los procedimientos más desesperados...

—Es, ciertamente, muy *bonito*. Pero la prueba definitiva para un hombre consiste en la fuerza —decía George Haringay—. ¿Qué cree usted de eso?

—¡Oh! ¿Yo? Pues... lo mismo —contestaba la más joven de las señoritas Pirbright.

—El hombre afeminado causa la mujer masculina. Cuando el orgullo de un hombre consiste en su cabellera, ¿qué puede hacer una mujer? Y cuando los hombres andan por ahí pintándose esas bonitas rosetas de tísico...

—¡Oh, George! ¡Está usted espantosamente satírico hoy! —dijo la más joven de las señoritas Pirbright—. Estoy convencida de que no es pintura.

—Yo no soy, en realidad, su tutor, querida *Lady Hammergeallow*. Naturalmente, es usted muy amable de tomarse tanto interés...

—¿Va usted de veras a improvisar? —preguntó *Mrs. Jehoram* en un estado de

arrulladora delicia.

—¡Chist! —Hizo el párroco de Iping Hanger.

Entonces el Ángel se puso a tocar, mirando al infinito, pensando en todas las cosas maravillosas del País Angélico, y, no obstante, dejando infiltrar insensiblemente la tristeza de que estaba poseído en la fantasía que estaba improvisando. Cuando se olvidaba de la compañía que tenía a su alrededor, la música le salía extraña y dulce; cuando la sensación de lo que le rodeaba pasaba por su mente, la música se tornaba caprichosa y grotesca. Pero era tan grande el dominio que ejercía la música angélica sobre el vicario, que sus ansiedades desaparecieron como por ensalmo así que el Ángel empezó a tocar. *Mrs. Jehoram* había adoptado una expresión de éxtasis y de convencimiento tan intensa como le fue posible, a pesar de que la música era a veces muy desconcertante, e intentaba atraerse las miradas del Ángel. Éste tenía, realmente, un rostro maravillosamente móvil, y mostraba los más tiernos matices de expresión. Y *Mrs. Jehoram* era buen juez. *George Harringay* parecía aburrirse horriblemente hasta que la más joven de las señoritas *Pirbright*, que lo adoraba, tocó con su zapatito de ratita la bota hombruna de él. Entonces, él volvió el rostro para encontrarse con la femenina delicadeza de su coqueta mirada, y se sintió reconfortado. La mayor de las señoritas *Papaver* y *Mrs. Pirbright* permanecieron sentadas e inmóviles y adoptaron una actitud muy recogida durante los cuatro minutos siguientes.

Después, la mayor de las señoritas *Papaver* dijo con un susurro:

—Me gusta muchísimo oír tocar el violín.

Y *Mrs. Pirbright* añadió:

—¡Tenemos tan pocas ocasiones de oír buena música aquí...!

Y *Miss Papaver* dijo:

—Toca muy bien.

Y *Mrs. Pirbright*:

—¡Tiene una ejecución tan delicada!

Y *Miss Papaver*:

—¿Continúa *Willie* con sus lecciones?

Y así sucesivamente hasta dejar bien establecida una conversación en voz baja.

El párroco de Iping Hanger se hallaba sentado, según a él le parecía, en un sitio plenamente visible. Tenía una mano puesta junto a la oreja y los ojos fijos e inmóviles en el pedestal que sostenía el jarrón de Sévres, orgullo de los *Hammergallow*. Con los movimientos de la boca proporcionaba una especie de guía crítica para uso de cualquier persona de entre las asistentes que se hallase dispuesta a aprovecharse de ella. Esto era debido a la generosidad de su carácter. Su aspecto era severamente judicial, atemperado por gestos de desaprobación evidente y por otros de reservada apreciación. El vicario, respaldándose bien en su asiento, no separaba la vista del rostro del Ángel y se encontró inmediatamente arrebatado en un ensueño maravilloso. *Lady Hammergallow*, con unas breves sacudidas de cabeza y irnos

crujidos de su sillón, imperceptibles pero insistentes, lo vigilaba todo e intentaba enjuiciar el efecto que causaba la música angélica. *Mr. Rathbone-Slater* contemplaba solemnemente el fondo de su sombrero y parecía sentirse muy desgraciado, y *Mrs. Rathbone-Slater* tomaba nota mentalmente de las mangas del vestido de *Mrs. Jehoram*. Y el ambiente a su alrededor estaba henchido de música exquisita... para todos aquellos que tuviesen oídos para escuchar.

—No pone bastante emoción —susurró *Lady Hammergeallow*, con voz ronca, dando un codazo al vicario en las costillas.

El vicario volvió repentinamente del País de los Sueños.

—¿Eh? —exclamó sobresaltado, volviendo a la realidad con un respingo.

—¡Chist! —Hizo el párroco de *Iping Hanger*.

Y todo el mundo adoptó una expresión escandalizada ante la brutal insensibilidad de *Hilyer*.

—¡Es muy extraño que el vicario haga estas cosas! —dijo la mayor de las señoritas *Papaver*.

El Ángel siguió tocando.

El párroco de *Iping Hanger* empezó a hacer unos movimientos mesméricos con el dedo índice, y a medida que la cosa progresaba *Mr. Rathbone-Slater* se iba quedando asombrosamente en un estado de mayor flaccidez. Por fin, dio la vuelta solemnemente a su sombrero y modificó el centro de sus miradas. El vicario, desde un estado de sensible incomodidad, se deslizó de nuevo al País de los Sueños. *Lady Hammergeallow* se estuvo reclinando un buen rato hasta que encontró el modo de producir un fuerte crujido con su sillón. Y con esto el concierto llegó a su final. *Lady Hammergeallow* exclamó:

—¡Delicioso!

A pesar de que no había oído ni una nota, se puso a aplaudir. Y todo el mundo aplaudió, salvo *Mr. Rathbone-Slater*, que se limitó a dar unos golpecitos con los dedos en el ala de su sombrero. El párroco de *Iping Hanger* aplaudió con aire judicial.

—Así es que le dije (*clap, clap, clap*) que si no sabía guisar la comida de la manera que a mí me gustaba (*clap, clap, clap*), ya se podía buscar casa —decía *Mrs. Pirbright* aplaudiendo vigorosamente—. ¡Esta música ha sido un placer delicioso!

—¡Vaya si lo ha sido! Yo siempre disfruto mucho con la música —dijo la mayor de las señoritas *Papaver*—. ¿Y se corrigió después de esto?

—¡Ni en broma! —contestó *Mrs. Pirbright*.

El vicario se despabiló otra vez y miró con los ojos abiertos a su alrededor. ¿Verían aquellas visiones los demás o se limitaban a él solo? Seguramente los demás también las verían... y tendrían un maravilloso dominio de sus sensaciones. Era increíble que semejante música no les conmoviera.

—Es un poco *gauche* —dijo *Lady Hammergeallow* saltando sobre la atención del vicario—. No saluda ni sonrío. Debe cultivar estas extravagancias. Todos los buenos ejecutantes son más o menos *gauche*.

—¿Realmente todo eso es de usted? —dijo *Mrs. Jehoram* mirándolo con ojos centelleantes—. ¿Se le ocurrió así de improviso? ¡Realmente es *maravilloso*! ¡Nada menos que maravilloso!

—Toca un poco de aficionado —dijo el párroco de Iping Hanger a *Mr. Rathbone-Slater*—. Posee grandes dotes, indudablemente, pero se le nota la falta de un ejercicio continuado. Hay dos o tres cositas... de las que me gustaría hablar con él.

—Lleva unos pantalones que parecen acordeones —dijo *Mr. Rathbone-Slater*—. Tendrían que advertírselo. Está casi indecente.

—¿Sabe usted hacer imitaciones, *Mr. Ángel*? —le preguntó *Lady Hammergeallow*.

—¡Oh, sí! ¡Háganos algunas imitaciones! —exclamó *Mrs. Jehoram*—. Yo adoro verdaderamente las imitaciones.

—Ha sido algo fantástico —repuso el párroco de Iping Hanger mirando al vicario de Siddermorton y gesticulando con sus largas e indiscutiblemente musicales manos mientras hablaba—. Demasiado retorcido y complicado para mi gusto. Ya lo había oído antes... no me acuerdo dónde. Indiscutiblemente tiene talento, pero ocasionalmente... flojea. Le falta esta estricta precisión de los grandes concertistas. Tendrá que pasar algunos años de disciplina todavía.

—Yo no admiro nada esas complicadas piezas de música —dijo *George Harringay*—. Soy hombre de gustos sencillos. Yo no le pude encontrar *tonada* alguna. No hay nada que me guste tanto como la música sencilla. Armonía, simplicidad es lo que necesita la época, a mi entender. Somos excesivamente sutiles. Actualmente todo es forzado, todo es cogido por los cabellos. A mí que me den ideas caseras y el «Home, Sweet Home». ¿Qué cree de eso?

—¡Oh! Pues yo creo lo mismo... *en absoluto* —contestó la más jovencita de las Pirbright.

—Bueno, *Amy*, ¿hablando con *George*, como de costumbre? —dijo *Mrs.*, Pirbright desde otro extremo del salón.

—¡Como de costumbre, mamá! —exclamó la más jovencita de las Pirbright mirando a su alrededor y dispensando una brillante sonrisa a *Miss Papaver* antes de volver rápidamente la cabeza para no perder la siguiente frase de *George*.

—Pruebe a ver si entre usted y *Mr. Ángel* pueden ejecutar un dúo —dijo *Lady Hammergeallow* al párroco de Iping Hanger, que tenía un aspecto en extremo lúgubre.

—Estaría encantado por mi parte —dijo el párroco de Iping Hanger espabilándose.

—¡Un dúo! —exclamó el Ángel—. Nosotros dos. Entonces él también sabe tocar. Yo creí... El vicario me dijo...

—*Mr. Wilmerdings* es un consumado pianista —interrumpióle el vicario.

—Pero ¿y las imitaciones? —dijo *Mrs. Jehoram*, que detestaba a *Wilmerdings*.

—¿Imitaciones? —preguntó el Ángel.

—Un cerdo que gruñe, un gallo que cacarea, ¿sabe usted? —repuso *Mr. Rathbone-Slater*. Y añadió más bajo—: Es lo más divertido que se puede hacer con

un violín... a *mi juicio*.

—Realmente, no lo entiendo —dijo el Ángel—. ¿Un cerdo que gruñe?

—A usted no le gustan las imitaciones —dijo *Mrs. Jehoram*—. Ni a mí tampoco... de veras. Admito la repulsa. Creo que degradan...

—Tal vez luego *Mr. Ángel* acceda —dijo *Lady Hammergeallow* cuando *Mrs. Pirbright* le hubo explicado de qué se trataba.

Apenas podía dar crédito a su trompetilla. Ella estaba acostumbrada a que se le dieran imitaciones cuando pedía imitaciones.

*Mr. Wilmerdings* ya había tomado asiento al piano y estaba buscando entre un montón de partituras.

—¿Que le parece esta barcarola de Spohr? —dijo por encima del hombro—. Supongo que la conocerá.

El Ángel se azoró.

*Mr. Wilmerdings* abrió el folio ante el Ángel.

—¡Qué libro más raro! —exclamó el Ángel—. ¿Qué significan todos esos puntos?

Al oír esto se le heló la sangre al vicario.

—¿Qué puntos? —preguntó el párroco.

—¡Éstos! —contestó el Ángel señalándolos con el dedo.

—¡Ah, vamos! —exclamó el párroco.

Se hizo uno de esos activos y breves silencios que tanto significan en una reunión de sociedad.

Entonces, la mayor de las señoritas *Papaver* se volvió hacia el vicario.

—¿Es que el señor Ángel no toca... música ordinaria? ¿No conoce la solfa ordinaria?

—No lo sé —dijo el vicario, sonrojándose después del primer sobresalto de horror—. No he visto nunca, realmente...

El Ángel tuvo la sensación de que la situación se hacía tirante, aunque no podía comprender la causa de la tirantez. Se dio cuenta de ciertas miradas dudosas y poco amistosas en los rostros de las personas que lo estaban observando.

—¡Imposible! —Oyó que decía *Mrs. Pirbright*—. ¡Después de una música *tan hermosa*!

La mayor de las *Papaver*, acercándose inmediatamente a *Lady Hammergeallow*, se puso a explicarle que *Mr. Ángel* no quería tocar con *Mr. Wilmerdings*, alegando su ignorancia de la música escrita.

—¿Que no sabe leer las notas? —exclamó *Lady Hammergeallow* en tono de mesurado horror—. ¡Tonterías!

—¿Notas? —dijo el Ángel perplejo—. ¿Eso son notas?

—Ya está llevando la broma demasiado lejos... simplemente porque no quiere tocar con *Wilmerdings* —protestó *Mr. Rathbone-Slater* al oído de *George Harringay*.

Se hizo un silencio de expectación. El Ángel se dio cuenta de que debía

avergonzarse de sí mismo. Y se avergonzó de sí mismo.

—Entonces —dijo *Lady Hammergeallow* echando hacia atrás la cabeza con deliberada indignación mientras avanzaba hacia el Ángel con un gran roce de sedas —, si usted no puede tocar con *Mr. Wilmerdings*, mucho me temo que no podré pedirle que vuelva a tocar.

Dio a aquellas palabras el tono de un ultimátum. Sus impertinentes, en la mano, le temblaban de pura indignación. El Ángel era ya lo bastante humano para poder apreciar el hecho de que había quedado apabullado.

—¿Qué pasa? —preguntó la joven *Lucy Rustchuck*, en la tribuna más alejada.

—Se ha negado a tocar con el viejo *Wilmerdings* —dijo *Tommy Rathbone-Slater* —. ¡Vaya chasco! La vieja está morada de indignación. ¡Con el altísimo concepto en que tiene a ese asno de *Wilmerdings*!

—*Mr. Wilmerdings*, ¿quiere usted favorecernos con aquella deliciosa polonesa de *Chopin*? —propuso *Lady Hammergeallow*.

Todo el mundo se puso a sisear pidiendo silencio. La indignación de *Lady Hammergeallow* inspiraba el mismo temor que puede inspirar la inminencia de un terremoto o de un eclipse. *Mr. Wilmerdings* comprendió que prestaría un verdadero servicio a los reunidos si empezaba inmediatamente, y así lo hizo. Esto hay que abonarlo a su crédito, ahora que sus cuentas están a punto de quedar saldadas.

—Si un hombre pretende sobresalir en un arte —dijo *George Haringay*—, debería tener al menos la conciencia de estudiar sus elementos. ¿Qué cree usted de eso?

—¡Oh...! Pues yo también creo lo mismo —dijo la más jovencita de las *Pirbright*.

El vicario tuvo la sensación de que el firmamento se había desplomado. Se quedó sentado en un asiento, encogido, hecho un guiñapo. *Lady Hammergeallow* permaneció sentada a su lado, haciendo como si no lo viera. Respiraba pesadamente, pero su rostro aparecía terriblemente impávido. Todo el mundo se sentó. ¿Sería que el Ángel era groseramente ignorante, o groseramente impertinente? El Ángel se había percatado vagamente de la existencia de alguna espantosa ofensa y comprendía claramente que, por alguna misteriosa circunstancia había dejado de ser el centro de la reunión. Vio una mirada de desesperado reproche en los ojos del vicario. Se acercó lentamente a una ventana de la tribuna y allí se sentó en un pequeño tamburete morisco, al lado de *Mrs. Jehoram*. Y en aquellas circunstancias apareció en más de su valor la amable sonrisa de *Mrs. Jehoram*. Dejó el violín en una silla que había junto a la ventana.

# CAPÍTULO

## XXXV

---

**M**rs. Jehoram y el Ángel, mientras *Mr. Wilmerdings* seguía tocando, cambiaron en un aparte las siguientes palabras:

—Hace tiempo deseaba hablar a solas con usted —dijo *Mrs. Jehoram* en voz baja—. Quiero expresarle lo deliciosa que me ha parecido su manera de tocar.

—Celebro mucho que le haya gustado —repuso el Ángel.

—Gustar es una palabra que apenas expresa mis sentimientos —dijo *Mrs. Jehoram*—. Me ha conmovido... profundamente. Estos otros no han comprendido nada... Me satisface mucho que usted no haya querido tocar con él.

El Ángel miró el mecanismo llamado *Wilmerdings*, y también se sintió muy satisfecho. El concepto angélico del dúo es una especie de conversación por medio de violines. Pero no dijo nada.

—Yo adoro la música —dijo *Mrs. Jehoram*—. Ignoro la técnica de la música, pero hay algo en ella... un anhelo, un deseo...

El Ángel se la quedó mirando de frente. Ella lo miró a los ojos.

—Usted me comprende —repuso *Mrs. Jehoram*—. Veo que usted me comprende.

El Ángel era, ciertamente un muchacho muy guapo, tal vez sentimentalmente precoz, y con unos ojos deliciosamente límpidos.

Se ejecutaba entonces un intermedio de Chopin (Op. 40) tocado con inmensa precisión.

*Mrs. Jehoram* tenía aún un rostro muy agradable, en la sombra, con la luz cayéndole alrededor de su dorada cabellera, y entonces una curiosa teoría pasó por la mente del Ángel. Los perceptibles polvos sólo contribuyeron a reafirmar su opinión de que allí había algo infinitamente brillante y adorable, pero empañado, deslustrado, repintado.

—¿Es verdad? —murmuró el Ángel en voz baja—. ¿Está usted... separada de... su mundo?

—Lo mismo que usted —susurró *Mrs. Jehoram*.

—¡Esto es tan... frío! —dijo el Ángel—. ¡Tan desagradable!

Desde luego, se refería al mundo entero.

—También lo encuentro así yo —dijo *Mrs. Jehoram* refiriéndose a *Siddermorton House*.

Y después de una pausa, llena de simpatía, añadió:

—A veces sentimos que no podemos vivir sin la simpatía de alguien. Y hay momentos en que una se siente sola en el mundo, como si estuviera luchando en un combate contra todos, riendo, flirteando, ocultando la pena...

—Y esperando —dijo el Ángel con una maravillosa ojeada.

*Mrs. Jehoram*, que era una epicúrea del flirteo, tuvo la sensación de que el Ángel cumplía de sobra la promesa de su apariencia. Indiscutiblemente la adoraba ya.

—¿Busca usted a alguien que simpatice con usted? —preguntó ella—. ¿O ya la ha encontrado?

—Creo —dijo el Ángel, muy quedamente e inclinándose hacia ella—, creo que ya la he encontrado.

El intermedio de Chopin Op. 40 seguía. La mayor de las Papaver y *Mrs. Pirbright* no cesaban de murmurar. *Lady Hammergeallow*, con los impertinentes sobre la nariz, miraba a través del salón, con cara de pocos amigos, al Ángel. *Mrs. Jehoram* y el Ángel cambiaban profundas y significativas miradas.

—Su nombre —añadió el Ángel (*Mrs. Jehoram* hizo un movimiento)— es Delia... Es...

—¡Delia...! —exclamó *Mrs. Jehoram* ásperamente dándose cuenta poco a poco de que allí había un terrible malentendido—. ¡Qué nombre tan caprichoso...! ¡Pero... no! ¿No será la criada de la vicaría...?

La polonesa terminó con un floreo. El Ángel quedó sorprendidísimo del cambio de expresión de *Mrs. Jehoram*.

—¡Nunca lo hubiera creído! —exclamó *Mrs. Jehoram* rehaciéndose—. ¡Hacerme confidente de una intriga con una criada! Realmente, *Mr. Ángel*, es posible que sea usted demasiado original...

Y así, bruscamente, quedó interrumpido su coloquio.

# CAPÍTULO

## XXXVI

---

**E**ste capítulo es, si la memoria me es fiel, el más corto del libro.

Pero la enormidad de la ofensa necesita la separación de este capítulo de todos los demás.

El vicario, podéis creerlo, había hecho todo lo posible para inculcar al Ángel las reconocidas características distintivas de un caballero. «No deje que una señora lleve nada —había dicho el vicario—. Dígale: “¿Me permite usted?”, y aligérela de lo que lleve». «Quédese de pie hasta que se hayan sentado todas las señoras». «Levántese siempre cuando se acerque una señora y ábrale la puerta...», y así sucesivamente. (Todos los hombres que tienen hermanos mayores se saben de memoria este código).

Y el Ángel, que se había olvidado de librar a *Lady Hammergeallow* de su taza de té, se adelantó con asombrosa celeridad, dejando a *Mrs. Jehoram* sentada al lado de la ventana, y con un elegante: «¿Me permite usted?», cogió la bandeja del té de manos de la linda camarera de *Lady Hammergeallow* y le cedió ceremoniosamente el paso. El vicario se puso de pie y profirió un grito inarticulado.

# CAPÍTULO

## XXXVII

---

—¡**E** stá borracho...! —exclamó *Mr. Rathbone-Slater* i rompiendo el terrible silencio—. Eso es lo que le pasa.

*Mrs. Jehoram* se echó a reír históricamente.

El vicario se quedó de pie e Inmóvil, con la mirada fija en el Ángel.

«¡Oh...! Me he *olvidado* de explicarle lo referente a las criadas —se dijo el vicario en una rápida explosión de remordimiento—. Creí que comprendería lo que son las sirvientas».

—¡Realmente, *Mr. Hilyer*! —exclamó *Lady Hammergeallow* ejerciendo evidentemente un enorme dominio sobre sí misma y hablando entre jadeantes espasmos—. ¡Realmente, *Mr. Hilyer*, ese genio que nos ha traído es *demasiado* terrible! Me veo obligada, verdaderamente obligada a solicitarle que se lo lleve de aquí.

Así, en medio del diálogo que sostenían en el pasillo una camarera alargadísima y un Ángel cargado de buenas intenciones, pero asombradamente *gauche*, apareció el vicario con su cara mofletuda de un color rojo subido, una expresión de tétrica desesperación en la mirada, y la corbata debajo de la oreja izquierda.

—Venga —dijo luchando con la emoción—. Véngase conmigo... Yo... yo he quedado desprestigiado para siempre.

El Ángel se quedó mirándolo durante un segundo y obedeció mansamente, convencido de que se hallaba en presencia de unas fuerzas desconocidas, pero evidentemente terribles.

Y así empezó y terminó la vida de sociedad para el Ángel.

En la reunión de asistentes a la fiesta que tuvo lugar después, *Lady Hammergeallow* ocupó oficiosamente la presidencia.

—Me siento humillada —dijo—. El vicario me aseguró que se trataba de un violinista exquisito. Jamás pude imaginar...

—Estaba borracho —repuso *Mr. Rathbone-Slater*—. Se podía ver en la torpeza con que se sirvió el té.

—¡Qué chasco! —exclamó *Mrs. Mergle*.

—El vicario me aseguró —prosiguió *Lady Hammergeallow*— que la persona que tenía en su casa era un genio de la música. Éstas fueron sus auténticas palabras.

—Le deben de silbar los oídos —dijo *Tomy Rathbone-Slater*.

—Yo procuraba calmarle —explicó *Mrs. Jehoram*— asintiendo a lo que me decía. ¡Y si usted supiera las cosas que ha llegado a decirme...!

—Lo que ha tocado —insinuó *Mr. Wilmerdings*— confieso que no quise decírselo a la cara. Pero, realmente, era una simple *derivación*...

—Haciendo tonterías con el violín, ¿eh...? —repuso George Harringay—. Bueno, ya vi yo que aquello estaba más allá de mi comprensión. Igual que la mayor parte de la buena música, de eso que llaman buena música...

—¡Oh, *George!* —dijo la más jovencita de las Pirbright.

—El vicario también debía de estar algo bebido... a juzgar por su corbata —dijo *Mr. Rathbone-Slater*—. La cosa ha tomado un giro muy chusco. ¿Han notado ustedes cómo se precipitó detrás del genio?

—Hay que andarse con mucho cuidado —dijo la mayor de las Papaver.

—¡Me confesó que está enamorado de la camarera del vicario! —dijo *Mrs. Jehoram*—. Casi me eché a reír en sus barbas.

—El vicario no debió *nunca* haberlo traído aquí —dijo *Mrs. Rathbone-Slater*, con decisión.

# CAPÍTULO XXXVIII

---

## EL INCIDENTE DE LA ALAMBRADA

**A** sí, de este modo tan poco glorioso, acabó la primera y última aparición del Ángel en la buena sociedad. El vicario y el Ángel regresaron a la vicaría. Eran como dos alicaídas figuras negras bajo la brillante luz del sol, andando abatidas y descorazonadas. El Ángel se sentía profundamente apenado de que el vicario lo estuviese también. El vicario, despeinado y desesperado, intercalaba espasmódicas frases de remordimiento y aprensión en una quebrada explicación de la teoría de la etiqueta.

—No lo comprenden —iba diciendo el vicario, una y otra vez—. ¡Se sentirán todos tan profundamente ultrajados...! No sé qué podré decirles... ¡Es todo tan confuso, tan desconcertante!

Y en la verja de entrada de la vicaría, en el mismo sitio donde Delia le había parecido tan hermosa al Ángel por primera vez, allí estaba Horrocks, el policía del pueblo, esperándolos. Tenía en la mano un rollo de alambre espinoso.

—Buenas tardes, Horrocks —dijo el vicario mientras el policía le mantenía la verja abierta.

—Buenas tardes, *Mr. Hilyer* —dijo Horrocks. Y en voz baja preguntó—: ¿Podría hablar un minuto con usted, *Mr. Hilyer*?

—Con mucho gusto —dijo el vicario.

El Ángel se dirigió pensativamente hacia la casa, y encontrándose con Delia en el vestíbulo se detuvo para preguntarle hasta la saciedad sobre las diferencias existentes entre criadas y señoras.

—Ya me dispensará de que me tome esta libertad, *Mr. Hilyer* —dijo Horrocks—, pero tengo que decirle que traigo malas noticias para ese caballero jorobado que tiene usted en su casa.

—¡Válgame Dios! —exclamó el vicario—. ¡No me diga!

—Se trata de *Sir John Gotch*, *Mr. Hilyer*. Está furioso. ¡Vaya palabrotas, *Mr. Hilyer*...! Pero he creído mi deber decírselo a usted. Está absolutamente decidido a presentar una denuncia a causa de esta alambrada. Absolutamente decidido, *Mr. Hilyer*.

—¿*Sir John Gotch*? —dijo el vicario—. ¿Alambrada? No comprendo.

—Me ha encargado que descubriera quién lo había hecho. Naturalmente, yo he tenido que cumplir con mi deber. Claro que es muy desagradable...

—¿Alambrada? ¿Deber? ¡No le entiendo, Horrocks!

—Mucho me temo, *Mr. Hilyer*, que nada se ganará con negar la evidencia. He efectuado una investigación muy meticulosa.

Y el policía empezó a explicar al vicario el nuevo y terrible delito cometido por el angélico visitante.

Pero no necesitamos seguir esta explicación en detalle... o la subsiguiente confesión. Por mi parte, creo que no hay nada más aburrido que un diálogo. La relación del policía proporcionó al vicario un nuevo aspecto del carácter angélico, una imagen de la indignación angelical. Un sendero sombreado, bordeado de suaves setos, salpicados con motas de sol, llenos de madresevas y alverjanas a ambos lados y una muchachita cogiendo flores, sin acordarse de la alambrada que, a todo lo largo de la carretera de Sidderford, defendía la dignidad de *Sir John Gotch* de los lindantes y de la aborrecida muchedumbre en general. Luego, de repente, una mano herida, un amargo grito de dolor, y el Ángel apareciendo, amable, reconfortando, inquisitivo. Explicaciones sollozantes, y por último (fenómeno totalmente nuevo en la carrera del Ángel) *pasión*. Una furiosa acometida contra la alambrada de *Sir John Gotch*, la alambrada temerariamente cortada, retorcida y rota. Y, no obstante, el Ángel actuó sin malicia. Únicamente vio en aquella cosa una planta asquerosa y mal intencionada que se arrastraba insidiosamente entre sus congéneres. Finalmente las explicaciones del Ángel dieron al vicario una idea del Ángel solo en medio de su destrucción, temblando atónito ante la súbita fuerza, ajena a sí mismo, que le había brotado en su interior y le había impelido a golpear y a cortar. También quedó atónito al ver la roja sangre que se le escurría por los dedos.

—Pues todavía lo encuentro más horrible ahora —dijo el Ángel cuando el vicario le hubo explicado la naturaleza artificial de aquella alambrada—. De haber visto al hombre que colocó aquel cruel vallado para que se hirieran las niñas, estoy seguro de que habría intentado infligirle dolor. Jamás había sentido lo que sentí entonces. Me estoy contagiando de la maldad de este mundo... ¡Y pensar, también, que ustedes, los hombres, son tan necios como para mantener las leyes que permiten que un hombre haga semejantes maldades! Sí... ya sé, usted me dirá que tiene que ser así por algún motivo remoto. Precisamente esto sólo consigue que me solivante más aún. ¿Por qué no se deja que una acción descansa en sus propios méritos...? Tal como ocurre en el País Angélico.

Éste fue el incidente cuya historia el vicario fue aprendiendo gradualmente, obteniendo una línea esquemática por parte de Horrocks y a continuación el color y la emoción por parte del Ángel. Aquello había ocurrido en el día anterior a la fiesta musical de Siddermorton House.

—¿Le ha dicho usted a *Sir John* quién lo había hecho? —preguntó el vicario—. ¿Y por otra parte está usted seguro?

—Completamente seguro, *Mr. Hilyer*. No puede haber duda alguna de que se trata de su huésped. No se lo he dicho todavía a *Sir John*, *Mr. Hilyer*. Pero tendré que decírselo a *Sir John* esta misma tarde, sin que esto signifique ofensa alguna para

usted. Espero que usted se haga cargo. Es mi deber, *Mr. Hilyer*. Además...

—¡Claro! —repuso el vicario—. Usted ha de cumplir con su deber. ¿Y qué hará *Sir John*?

—Está furioso contra la persona que destruyó su cerca de este modo... y está dispuesto a pasar a vías de hecho y arreglarlo a bofetada limpia.

Pausa. Horrocks hizo un movimiento. El vicario, con la corbata casi en el cogote ahora, cosa completamente desacostumbrada en él, se contemplaba las punteras de los zapatos con una vaga expresión.

—Creí que debía decírselo a usted, *Mr. Hilyer* —dijo Horrocks.

—Sí... —murmuró el vicario—. ¡Gracias, Horrocks! —Se rascó la coronilla y añadió—: Usted podría acaso... Creo que sería lo mejor... ¿Está usted completamente seguro de que lo hizo *Mr. Ángel*?

—El mismo Sherlock Holmes no podría estar más seguro, *Mr. Hilyer*.

—Entonces será mejor que yo le dé a usted una notita para que la entregue a *Sir John Gotch*.

# CAPÍTULO

## XXXIX

---

**L**a conversación de sobremesa del vicario, aquella noche, después de cenar, cuando el Ángel hubo expuesto su punto de vista, estuvo llena de lúgubres augurios, cárceles y otras locuras.

—Ya es demasiado tarde para explicar la verdad respecto a usted —dijo el vicario—. Además, es imposible. Yo mismo no sé realmente qué decir. Tenemos que hacer frente a las circunstancias, supongo. ¡Me encuentro tan poco decidido...! ¡Estoy tan lleno de dudas! Son los dos mundos. Si el mundo angélico de usted fuese sólo un sueño, o si *este* mundo fuese sólo un sueño... o si yo pudiese creer en uno de estos dos sueños, todo se arreglaría perfectamente para mí. Pero nos hallamos con un Ángel verdadero y una denuncia también verdadera... Y no sé cómo conciliar las dos cosas. Tendré que hablar con Gotch... Pero él no querrá comprender.

—Veo que le estoy causando terribles molestias. Mi tremenda falta de mundología...

—No es usted —interrumpió el vicario—. No es usted. Me doy perfecta cuenta de que usted ha traído algo extraño y hermoso en mi vida. No, no es usted. Soy yo mismo. ¡Si yo tuviera más fe en un sentido o en otro! ¡Si yo pudiera creer enteramente en este mundo y calificarle a usted de fenómeno anormal tal como hace Crump! Pero, no. Terrenal angélico, angélico terrenal... Es un columpio... Además, Gotch estará muy desagradable, desagradabilísimo. Siempre lo es. Y esto me pone en sus manos. Gotch constituye una pésima influencia moral, ya lo sé. Bebedor, jugador y otras cosas peores. Así y todo, hay que dar al César lo que es del César. Y él está en contra de la separación de la Iglesia y el Estado...

Después el vicario volvió al fracaso social de la tarde.

—¡Es usted tan original! ¿Comprende usted? —dijo.

El Ángel se dirigió a su habitación, perplejo y muy deprimido. Cada día que pasaba, el mundo fruncía más el ceño ante él y sus procedimientos angelicales. Comprendía las tribulaciones y molestias que proporcionaba al vicario, pero no podía imaginar el modo de evitarlo. Todo era extraño y nada razonable. Además, en dos ocasiones le habían arrojado cosas.

Encontró el violín encima de la cama, donde lo había dejado antes de ir a cenar. Lo cogió y se puso a tocar para reconfortarse. Pero no interpretó ninguna visión deliciosa del País Angélico. El hierro del mundo estaba entrando en su alma. Hacía ya una semana que había conocido por primera vez el dolor y el desdén, la sospecha y el odio, y un extraño y nuevo espíritu de rebelión estaba desarrollándose en su corazón. Tocó una melodía, todavía dulce y tierna como las del País Angélico, pero recargada con una nueva nota, la nota de la tristeza y el esfuerzo humanos, alzándose

a veces en algo parecido a un reto, extinguiéndose otras veces en plañidera tristeza. Tocaba muy suavemente, sólo para reconfortarse a sí mismo, pero el vicario lo oía, y todas sus preocupaciones se ahogaron en una brumosa melancolía, una melancolía completamente alejada de la tristeza. Y además del vicario, el Ángel tenía otro auditor en quien ni el Ángel ni el vicario habían pensado.

# CAPÍTULO XL

---

## DELIA

**E**ste auditor estaba sólo a cuatro o cinco metros de distancia del Ángel, en el cuartito del desván, que daba a Poniente. La ventana de aquel cuartito estaba abierta. La persona que escuchaba se puso de rodillas sobre una caja de hierro pintada de blanco y apoyó la barbilla en las manos y los codos en el antepecho de la ventana. La luna en cuarto creciente se cernía sobre los pinos, y su luz fría e incolora se posaba suavemente sobre el mundo silenciosamente dormido. También cayó un rayo de luna en la pálida faz de Delia, descubriendo nuevas profundidades en sus ojos soñadores. Sus dulces labios se entreabrieron, dejando al descubierto unos dientes pequeños y blanquísimos.

Delia estaba pensando, vagamente, maravillosamente, como suelen pensar las muchachas. Eran más bien sensaciones que pensamientos; nubes de una emoción hermosa y translúcida cruzaban el claro firmamento de su mente para tomar formas que cambiaban y se desvanecían. Poseía toda aquella maravillosa ternura emotiva, aquel sutil y exquisito deseo de abnegación que alienta tan inexplicablemente en el corazón de todas las muchachas. Existe, según parece, sólo para ser pisoteado por los siniestros y groseros caprichos de la vida cotidiana, para ser cubierto de tierra al andar, del mismo modo que el labrador cubre de tierra, al arar, el trébol que ha brotado de la gleba. Delia había estado contemplando la tranquilidad de la noche bajo la luz de la luna mucho antes de que el Ángel empezara a tocar... esperando no sabía qué. Y de pronto, la silenciosa e inmóvil belleza de plata y sombra quedó bañada en una música muy tierna.

La joven no se movió, pero sus labios se cerraron y su mirada se volvió aún más dulce. Había estado pensando antes en la extraña gloria que súbitamente había resplandecido en torno del jorobado cuando se detuvo a hablarle aquella tarde, sobre el fondo del ocaso, en aquella mirada y en una docena más, en ciertos movimientos, y hasta en una ocasión, en el contacto de su mano. Y aquella misma tarde él le había hablado de nuevo haciéndole extrañas preguntas. Ahora la música parecía transportarle hasta ella el rostro de él, su mirada de solicitud semicuriosa escrutándole el rostro, los ojos, su interior y, a través de toda ella, hasta la profundidad de su alma. Parecía que él le estuviese hablando directamente, explicándole su soledad y sus conflictos. ¡Oh...! ¡Aquel pesar, aquel anhelo! Porque él se hallaba en un gran apuro. ¿Y cómo podría una sirvienta ayudar a aquel caballero tan bien educado, tan amable, tan simpático, y que tocaba aquellas melodías tan dulces? La música era tan dulce y tan penetrante, llegaba tan cerca del corazón, que las manos de Delia se unieron desesperadamente y sus lágrimas brotaron y corrieron por sus mejillas.

Como Crump habría dicho, no hay nadie que se entregue a estas expansiones, a menos de tener algo descompuesto en el sistema nervioso. Pero es que, desde un punto de vista científico, el hecho de estar enamorado constituye un estado patológico.

Tengo una dolorosa conciencia de la reprensible naturaleza de mi relato. Hasta he pensado en desfigurar la verdad a sabiendas para obtener la aprobación de mis lectoras. Pero no he podido. La historia es así, y lo que yo hago, lo hago a conciencia. Delia tiene que seguir siendo lo que realmente era: urna criada. Ya sé que el hecho de atribuir a una simple criada, o al menos a una criada inglesa, los sentimientos refinados de un ser humano, presentándola de modo que no hable con una intolerable confusión de haches aspiradas, me coloca fuera del gremio de los escritores respetables. Cualquier asociación con criados o criadas es, aun en pensamiento, peligrosa. Únicamente puedo disculparme (disculpa vana, lo sé) alegando que Delia era una criada verdaderamente excepcional. Es muy posible que, si se hicieran las investigaciones necesarias, se llegaría a descubrir que sus padres pertenecían a la alta clase media y que ella estaba hecha con la más refinada arcilla de la alta clase media. Y (tal vez esto redunde más en mi crédito) prometo que en alguna obra futura equilibraré la balanza, y las pacientes lectoras podrán tener así el artículo tal como queda generalmente reconocido: con unos pies y unas manos enormes, aspiración total de las vocales y eliminación de las aspiraciones gramaticales, sin rostro (sólo las muchachas pertenecientes a la clase media poseen rostro; un rostro está más allá de los medios de que dispone una criada), un flequillo (por regla general, consenso), y una alegre disposición a hacer caso omiso, a cambio de media corona, del respeto que se debe a sí misma. Ésta es la criada inglesa corrientemente aceptada, la típica mujer inglesa, desprovista de dinero y de talento, tal como aparece en las obras de los escritores contemporáneos. Pero Delia era diferente, desde luego. Yo no puedo hacer más que lamentar esta circunstancia, pues ha quedado por completo fuera de mi control.

# CAPÍTULO XLI

---

## EL DOCTOR CRUMP ACTÚA

**A** primera hora de la mañana siguiente, el Ángel tajó al pueblo y, saltando la valla, atravesó el cañaveral que bordea el Sidder, con las cañas llegándole hasta la cintura. Se iba hacia la bahía de Bandram para ver el mar de cerca, ya que sólo podía verse desde lejos en días muy claros, en los sitios más elevados del parque de Siddermorton. Y, de repente, se encontró con Crump, sentado sobre un tronco de árbol y fumando. (Crump consumía exactamente dos onzas de tabaco a la semana, y fumaba siempre al aire libre).

—¡Hola! —exclamó Crump, en su tono más saludable—. ¿Cómo va esa ala?

—Muy bien —contestó el Ángel—. Ya ha desaparecido el dolor.

—Supongo que no sabrá usted que se halla en una propiedad privada y que está violando la ley.

—¿Violando la ley? —repitió el Ángel.

—Supongo que no sabrá usted lo que eso significa —bromeó Crump.

—No, no lo sé —repuso el Ángel.

—Pues le felicito. No sé cuánto tiempo durará esto aún, pero está usted aguantando el tipo muy bien. Al principio creí que era usted una mezcla de genio y de loco, pero es usted pasmosamente congruente. Su actitud de absoluta ignorancia de los hechos elementales de la vida constituye, realmente, una postura muy divertida. A veces da algún resbalón, pero pocos. Pero es seguro que usted y yo nos comprendemos. —Y añadió—: Derrotaría usted a Sherlock Holmes. ¡Me gustaría saber quién es usted realmente!

El Ángel le devolvió la sonrisa, con las cejas enarcadas y las manos extendidas.

—Es imposible que usted sepa quién soy yo. Sus ojos están ciegos, sus oídos sordos, su alma oscura a todo lo que hay de maravilloso en mí. De nada serviría que le dijese que he caído en su mundo.

El médico hizo un gesto con la pipa.

—No siga, por favor. No quiero entrometerme en sus asuntos si usted tiene sus razones para guardar silencio. Únicamente quisiera que tuviera usted en cuenta el estado mental de Hilyer. Hilyer cree realmente en su historia.

El Ángel encogió lo que aún quedaba de sus alas.

—Usted no lo conocía antes de todo esto. Ha cambiado de un modo tremendo. Solía ser un hombre preciso y amigo de las comodidades. Durante esta última quincena ha estado preocupado, con una mirada distante en sus ojos. El domingo pasado predicó con los puños sin gemelos, con la corbata mal puesta, y tomó como tema para su sermón: «Ojos que no ven y oídos que no oyen». Cree de buena fe todas

esas paparruchas del País Angélico. ¡El pobre hombre está al borde de la monomanía!

—Usted juzga las cosas desde su punto de vista —dijo el Ángel.

—Igual que todo el mundo. De todos modos, considero lamentabilísimo tener que ver a ese pobre hombre hipnotizado, como indudablemente lo debe haber hipnotizado usted. No sé quién es usted ni de dónde procede, pero le advierto que no estoy dispuesto a permitir que dure más tiempo esto de tomarle el pelo al pobre viejo.

—Pero es que nadie le toma el pelo. Empieza sencillamente a soñar en un mundo por fuera de sus conocimientos...

—No me venga con cuentos —dijo Crump—. Yo no pertenezco a la clase de los incautos. Usted es una de estas dos cosas: un loco desatado, cosa que no creo, o un sinvergüenza. No es posible nada más. Creo conocer algo de este mundo, sea lo que sea lo que yo pueda conocer del suyo. Muy bien. Si no deja tranquilo a Hilyer, le denunciaré a la policía y lo meterán en la cárcel si se retracta usted de su historia, o en un manicomio si no se retracta. Será tal vez una exageración, pero le juro que estoy dispuesto a certificar mañana mismo que está usted loco con tal de que lo echen de este pueblo. Y no es sólo por el vicario. Ya lo sabe usted. Espero que habrá quedado esto claro. Y ahora, ¿qué tiene usted que decirme?

Afectando una gran calma, el médico abrió su cortaplumas y empezó a rascar el interior de la pipa, que se le había apagado mientras pronunciaba el discurso.

Durante un momento no habló ninguno de los dos. El Ángel miraba a su alrededor con una cara cada vez más pálida. El médico extrajo un poco de tabaco de la pipa, lo tiró al suelo, cerró el cortaplumas y se lo metió en el bolsillo del chaleco. No había tenido la intención de hablar de un modo tan terminante, pero siempre se calentaba demasiado al hablar.

—¡Cárcel...! —murmuró el Ángel—. ¡Manicomio...! Vamos a ver, déjeme pensar...

Entonces se acordó de la explicación del vicario.

—¡Eso sí que no! —exclamó.

Se acercó a Crump con los ojos dilatados y las manos juntas.

—Ya me figuraba yo que *usted* sabría lo que significan esas cosas... de un modo u otro. Siéntese —dijo Crump, indicándole un sitio en el tronco, a su lado.

El Ángel, tiritando, se sentó y se quedó mirando al médico.

Crump se sacó la petaca.

—Es usted un hombre muy extraño —dijo el Ángel—. Sus creencias son como cepos de acero.

—Así es —convino Crump, halagado.

—Bueno, pues le digo... y le aseguro que lo que sucede es esto..., que no sé nada, o al menos nada recuerdo de este mundo antes de haberme encontrado en la oscuridad de la noche, en el marjal que domina a Sidderford.

—¿Dónde aprendió usted este idioma, pues?

—No lo sé. Solamente puedo decirle... Pero no tengo ni un átomo de la clase de

pruebas que le convencerían a usted.

—¿Y usted cree realmente —dijo Crump volviéndose hacia él y mirándole a los ojos—, usted cree realmente haber estado antes en una especie de gloria celeste... antes de esta aventura?

—Sí, lo creo —afirmó el Ángel.

—¡Bah! —exclamó Crump encendiendo la pipa.

Permaneció sentado fumando, con los codos apoyados en las rodillas, durante un buen rato, y el Ángel también se quedó sentado observándolo. Luego el doctor cambió de expresión y pareció menos preocupado.

—Es muy posible —murmuró más para sí mismo que para el Ángel.

Se produjo otro silencio.

De pronto, el doctor volvió a hablar:

—Es que existe un fenómeno llamado doble personalidad... A veces ocurre que un hombre se olvida de quién es y se cree ser otra persona. Abandona su hogar, sus amigos, todo, en fin, y lleva una doble vida. Ha habido un caso de éstos que se publicó en *Nature* hace cosa de un mes. El hombre en cuestión era unas veces inglés y manidiestro y otras veces galés y zurdo. Cuando era inglés no sabía hablar en galés y cuando era galés no sabía hablar en inglés...

Se volvió súbitamente hacia el Ángel y exclamó:

—¡Su casa!

Se imaginaba que con aquello podría hacer revivir en el Ángel algún recuerdo latente de su olvidada juventud. Y siguió diciendo:

—Pap... papá... papaíto, mamá, padre, madre, madre mía, mamaíta... ¿Nada? ¿De qué se ríe?

—De nada —contestó el Ángel—. Me ha sorprendido usted un poco..., eso es todo. Hace una semana que me hubiese quedado atónito ante este vocabulario.

Durante un minuto, Crump observó silenciosamente al Ángel con el rabillo del ojo.

—Tiene usted una fisonomía muy ingenua. Casi me obliga a creerle. Ciertamente, usted no es un loco ordinario. Su mente, exceptuando su aislamiento del pasado, parece suficientemente equilibrada. Me gustaría mucho que Nordau o Lombroso o cualquiera de esos alienistas de la escuela de la Salpêtrière le pudieran echar un vistazo. Por aquí no tenemos experiencia de casos mentales, una experiencia que valga la pena mencionar. Tenemos un pobre idiota, que es la idiotez personificada... Todos los demás son personas completamente cuerdas.

—Tal vez esto explique su conducta —repuso el Ángel, pensativo.

—Pero, considerando su situación general aquí —dijo Crump, ignorando el comentario del Ángel—, yo le considero a usted, realmente, como una mala influencia para el pueblo. Estas fantasías son contagiosas. Y no se trata simplemente del vicario. Hay un hombre, llamado Shine, que hace una semana que está borracho, con alternativas, y se ofrece a luchar contra quienquiera que diga que usted no es un

ángel. Luego, otro hombre, vecino de Sidderford, está, según me dicen, afecto de una especie de manía religiosa de la misma índole. Estas cosas cunden. Habría que establecerse una cuarentena para las ideas maliciosas. Y también he oído relatar otra historia...

—Pero ¿qué puedo hacer yo? —replicó el Ángel—. Vamos a suponer que yo esté, de un modo completamente involuntario, cometiendo un daño...

—Puede usted marcharse de este pueblo —dijo Crump.

—Entonces todo lo que haré será irme a otro pueblo.

—Esto no es cosa mía —dijo Crump—. Vaya usted adonde mejor le parezca. Pero váyase. Deje tranquilas a estas tres personas: al vicario, a Shine y a esa criadita, cuyas cabezas están dando vueltas henchidas de fantasías de ángeles...

—Pero —dijo el Ángel— haga frente a su mundo. Yo ya le digo que no puedo. ¡Y abandonar a Delia! No comprendo... No sé cómo conseguir trabajo, alimento y cobijo. Y los seres humanos cada vez me dan más miedo...

—¡Fantasías! ¡Fantasías...! —interrumpió Crump observándolo—. ¡Manías...! De nada servirá que persista en molestarle a usted, pero ciertamente la situación se ha hecho imposible tal como está planteada ahora.

Se levantó bruscamente.

—Buenos días, *Mr...* Ángel —dijo—. La verdad de la cuestión está, y lo digo como consejero médico de esta parroquia, que usted resulta un elemento malsano. No podemos tenerle aquí. Debe usted marcharse.

Dio media vuelta y se fue, dando grandes zancadas por la hierba, a la carretera, dejando al Ángel, desconsolado, sentado sobre el tronco del árbol.

—¡Un elemento malsano! —repitió el Ángel lentamente, mirando sin ver e intentando percatarse de lo que aquello significaba.

# CAPÍTULO

## XLII

---

### SIR JOHN GOTCH ACTÚA

**S**ir John Gotch era un hombrecillo de pelo estropajoso y nariz pequeña y delgada que se destacaba de una cara surcada de arrugas. Llevaba polainas marrón muy apretadas y un látigo.

—He venido, ya lo ve usted —dijo cuando *Mrs.* Hinijer hubo cerrado la puerta.

—Muchas gracias —contestó el vicario—. Le quedo muy agradecido, de veras agradecidísimo.

—Celebro poder serle útil —añadió *Sir* John Gotch con un tono singular.

—Este asunto —dijo el vicario—, este desdichado asunto de la alambrada... es realmente, ¿sabe usted?, un asunto desgraciadísimo.

*Sir* John Gotch adoptó una actitud más angular todavía.

—Así es —repuso secamente.

—Como *Mr.* Ángel es mi huésped...

—Esto no es razón para que corte mi alambrada —dijo John Gotch concisamente.

—En absoluto.

—¿Puedo preguntarle *quién* es ese *Mr.* Ángel? —preguntó *Sir* John Gotch con la brusquedad de una larga premeditación.

Los dedos del vicario saltaron a su mentón. ¿Qué se ganaría con hablar de ángeles a un hombre como *Sir* John Gotch?

—A decir verdad —dijo el vicario—, hay un pequeño secreto...

—*Lady* Hammergeallow ya me lo ha contado.

La cara del vicario se puso repentinamente de un color rojo subido.

—¿Sabe usted —dijo *Sir* John Gotch, sin casi hacer ni una pausa— que ha ido por el pueblo predicando el socialismo?

—¡Cielos! —exclamó el vicario—. ¡No puede ser!

—Pues sí. Ha cogido por su cuenta a algunos campesinos de los que le han salido al paso preguntándoles por qué tenían ellos que trabajar mientras nosotros... yo y usted, ¿comprende...?, no hacíamos nada. Ha estado diciendo que nosotros tendríamos que educar a todos los hombres para que pudieran llegar al nivel de usted y al mío... pagando nosotros, es de suponer, como de costumbre. Les ha estado insinuando que nosotros... yo y usted, ¿comprende...?, mantenemos a esas gentes en la abyección... que los embrutecemos, en fin.

—¡Válgame Dios! —exclamó el vicario—. No tenía la menor idea.

—Ha cortado esta alambrada como una demostración socialista, se lo digo yo. Si

no arremetemos contra él por las buenas, se lo digo yo, lo primero que hará será derribar la valla de Flinders Lane, e inmediatamente después incendiará las mieses y destrozará toda maldita... dispense, vicario, me gusta demasiado esta palabra... toda bendita cosa de valor que haya en la parroquia. Ya conozco a esos...

—¡Socialista! —repitió el vicario, completamente despistado—. ¡No tenía la menor idea!

—Ya ve usted, pues, por qué razón me siento inclinado a actuar contra su huésped, a pesar de esto, de ser su huésped. Me parece que se ha estado aprovechando de su paternal...

—¡Oh, paternal, *no!* —protestó el vicario—. Realmente...

—Dispéñeme usted, vicario... ha sido un desliz. Quiero decir que se ha aprovechado de su amabilidad para andarse por ahí sembrando cizaña, oponiendo una clase social a otra clase social y enfrentando al pobre contra el que lo sustenta.

Los dedos del vicario volvieron de nuevo al mentón.

—Así es que, una de dos —dijo *Sir John Gotch*—, o su huésped se va de este pueblo o... haré que lo procesen. Ésta es mi última palabra...

El vicario tenía la boca torcida.

—Ésta es la situación —dijo *Sir John* poniéndose de pie—. Si no fuera por usted, haría que lo procesaran inmediatamente. Tal como están las cosas, ¿qué le parece? ¿Hago que lo procesen o no?

—Es que... —dijo el vicario, horriblemente perplejo.

—Diga.

—Se podría llegar a una fórmula.

—Es un vago que no causa más que perjuicios... Conozco el paño. Pero le daré a usted una semana de tiempo...

—Muchas gracias —dijo el vicario—. Comprendo la posición de usted. Y me doy cuenta de que la situación se está haciendo intolerable...

—Lamento mucho tener que causarle toda esta molestia, claro está —dijo *Sir John*.

—Una semana —repitió el vicario.

—Una semana —confirmó *Sir John* marchándose.

El vicario volvió después de haber acompañado a Gotch hasta la calle y durante un buen rato permaneció sentado ante su escritorio, sumido en profundos pensamientos.

—¡Una semana! —dijo después de un inmenso silencio—. He aquí un ángel, un ángel glorioso que ha aguzado mi alma hacia la belleza y el gozo, que me ha abierto los ojos respecto al País de las Maravillas y hasta a algo más que al País de las Maravillas... y yo he prometido desprenderme de él en el término de una semana... ¿De qué estamos hechos los hombres...? ¿Cómo podré decírselo?

Se puso a andar de un lado para otro de la habitación; luego se fue al comedor y

se quedó mirando el campo de trigo. La mesa ya estaba dispuesta para la comida. Al cabo de un rato, dio media vuelta todavía sumido en sus sueños, y casi maquinalmente se sirvió una copa de jerez.

# CAPÍTULO XLIII

---

## EL ACANTILADO

**E**L Ángel hallábase tendido boca abajo en lo alto del acantilado que dominaba la bahía de Bandram, contemplando la brillante superficie del mar. Cortado a pico, por debajo de sus codos, el acantilado caía verticalmente desde una altura de quinientos o seiscientos pies, y las aves marinas volaban y se arremolinaban debajo de él. La parte superior del acantilado era una verdusca roca gredosa, los dos tercios inferiores de un color rojo cálido, jaspeado con bandas de yeso, y en algunos puntos brotaban manantiales de agua que caían en largas cascadas a lo largo del risco. Las olas se deshacían en montañas de blanca espuma sobre los pulidos peñascos, y el mar, más allá de la sombra proyectada por un destacado farallón, con regueros y copos de espuma. El aire estaba lleno de sol y del tintineo de las pequeñas cascadas y del lleno susurro del mar. De vez en cuando, una mariposa revoloteaba frente al acantilado y una multitud de aves marinas se posaban en la roca viva o volaban en todas direcciones.

El Ángel permanecía tendido con sus maltrechas alas encogidas sobre la espalda, contemplando las gaviotas, los grajos y las cornejas que describían círculos bajo la luz del sol, elevándose, arremolinándose, lanzándose como flechas hacia el mar o hacia el deslumbrador azul del cielo. Durante mucho tiempo, el Ángel se quedó observándolos cómo iban de un lado para otro con las alas extendidas. Los contempló arrobado y entonces se acordó con una nostalgia infinita de los ríos de estrellas y de la dulzura del país de donde procedía. Una gaviota apareció planeando sobre su cabeza, con vuelo rápido y fácil, con sus anchas alas extendidas, blancas y hermosas contra el fondo azul. Y de repente, una sombra atravesó la mirada del Ángel, el sol desapareció de sus ojos, y pensando en sus propias alas maltrechas se cubrió el rostro con el brazo y lloró.

Una mujer que transitaba por el sendero de Cliff Field pudo ver sólo un jorobado, vestido con las ropas de desecho del vicario de Siddermorton, echado boca abajo en el mismo borde del acantilado con la cabeza escondida entre los brazos. La mujer lo miró y luego volvió a mirarlo.

—Ese pobre tonto se ha dormido —dijo.

Y aunque llevaba un pesado cesto, se acercó a él con la idea de despertarlo. Pero al aproximarse más vio que sus hombros se contraían en movimientos convulsos y oyó que sollozaba.

La mujer se quedó inmóvil un minuto y sus facciones se distendieron en una

especie de media sonrisa. Luego andando muy despacito, se volvió hacia el sendero.

—¡Es tan difícil encontrar algo que decirle! —murmuró—. ¡Pobre alma afligida!

Entonces el Ángel cesó de sollozar y se quedó mirando, con la cara bañada en lágrimas, la playa que había al pie del acantilado.

—Este mundo —dijo el Ángel—, me envuelve y se me traga.

Mis alas se están encogiendo y se vuelven inútiles. Pronto no seré más que un hombre inválido, y envejeceré y tendré que inclinarme ante el dolor y morir... ¡Soy un desdichado! ¡Y estoy solo!

Se cogió el mentón con las manos, en el mismo borde del acantilado, y empezó a pensar en las facciones de Delia y en la luz de sus ojos. Sintió un curioso deseo de ir a ella y explicarle el fenómeno de sus alas marchitas. También hubiera querido estrecharla entre sus brazos y llorar por el país que había perdido.

—¡Delia! —murmuró dulcemente.

En aquel momento una nube pasó por delante del sol.

# CAPÍTULO

## XLIV

---

### MRS. HINIJER ACTÚA

**M**rs. Hinijer sorprendió al vicario después del té llamando con los nudillos en la puerta de su estudio.

—Le ruego que me perdone, *Mr. Hilyer* —dijo—, pero ¿puedo atreverme a hablar un momento con usted?

—¡Ya lo creo, *Mrs. Hinijer!* —repuso el vicario sin sospechar el golpe que iba a recibir.

El vicario tenía una carta en la mano, una carta del obispo, muy extraña y desagradable, una carta que le irritaba y le disgustaba profundamente, en la que se censuraba con frases muy fuertes a los huéspedes que se complacía en alojar en su casa. Sólo un obispo popular, en una época democrática, un obispo que era casi un pedagogo, podía haber escrito semejante carta.

*Mrs. Hinijer* tosió protegiéndose la boca con la mano y luchó contra cierta desorganización respiratoria. El vicario experimentó alguna aprensión. Generalmente, al principio de sus entrevistas era él quién se hallaba más desconcertado. Y lo mismo le ocurría al final.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó.

—¿Podría atreverme a preguntarle cuándo se marcha *Mr. Ángel*?

Y tosió ligeramente.

El vicario se sobresaltó.

—¿A preguntarme cuándo se marcha *Mr. Ángel*? —repitió despacio, para ganar tiempo—. ¡*Otro...!*

—Lo siento mucho. Pero estoy acostumbrada a servir a caballeros, y usted no puede imaginarse lo que es servir a personas como él.

—¡Personas como... él! ¿Debo entender, *Mrs. Hinijer*, que le es antipático *Mr. Ángel*?

—Es que antes de servir a usted estuve diecisiete años en casa de *Lord Dundoller*, y usted, pidiéndole mil perdones, es un perfecto caballero... aunque sea hombre de iglesia. Entonces...

—¡Vaya, vaya! —interrumpió el vicario—. ¿Y no considera usted a *Mr. Ángel* un caballero?

—Siento mucho tener que decirlo, señor.

—Pero ¿qué...? ¡Válgame Dios...! ¿Acaso...?

—Siento mucho tener que decirlo así, señor. Pero cuando un hombre se vuelve

vegetariano así de pronto y deja de lado todos los guisos, y no lleva equipaje, y pide prestado las camisas y los calcetines a su huésped, y para comer guisantes emplea el cuchillo... esto lo he visto yo con mis propios ojos... y busca a las camareras para hablarles en los rincones más apartados, y dobla la servilleta después de comer, y se come el picadillo con los dedos, y se pone a tocar el violín a medianoche despertando a todo el mundo, y se queda mirando y sonriendo a las personas de más edad que él cuando suben la escalera, y en general se porta mal en muchísimas cosas de las que apenas es correcto que yo le hable a usted, no se puede evitar pensar mal de él. El pensamiento es libre, señor, y no se puede evitar que se llegue a determinadas conclusiones. Además, corren muchos rumores por el pueblo a causa de él... con esto y lo otro y lo de más allá. Yo veo en seguida quién es un caballero y quién no lo es. Yo y Susan y George hemos hablado de esto, ya que somos los servidores superiores, por decirlo así, y con experiencia, y dejando aparte a esa Delia, que deseo que no salga perjudicada por su culpa. Puede usted estar seguro de que *Mr. Ángel* no es lo que usted se figura, y cuanto más pronto se marche de esta casa, tanto mejor.

*Mrs. Hinijer* se calló bruscamente y se quedó jadeando, pero firme, y con la mirada siniestramente fija en el rostro del vicario.

—¡Pero, *Mrs. Hinijer!* —dijo el vicario.

Y añadió aparte:

—¡Oh, Dios mío...! Pero ¿qué habré hecho yo...?

—¡Quién sabe! —dijo *Mrs. Hinijer*—. Pero se habla mucho de ello en el pueblo.

—¡Qué tormento! —exclamó el vicario asomándose a la ventana.

Volvióse luego hacia su ama de llaves.

—Oiga usted, *Mrs. Hinijer*... ¡*Mr. Ángel* se irá de esta casa dentro de una semana! ¿Tiene usted bastante?

—Sí, señor —aprobó *Mrs. Hinijer*—. Y estoy segura, señor...

Los ojos del vicario indicaron con inusitada elocuencia el camino de la puerta.

# CAPÍTULO

## XLV

---

### EL ÁNGEL PASA APUROS

—**L**o cierto es —dijo el vicario— que este mundo no está hecho para los ángeles.

No se habían echado los postigos y el mundo exterior crepuscular, bajo un cielo nublado, parecía indeciblemente gris y frío. El Ángel estaba sentado ante la mesa, silencioso y desalentado. Su inevitable partida había ya sido proclamada. Ya que su presencia ofendía a la gente y hacía desdichado al vicario, estaba de acuerdo con la justicia que informaba aquella decisión, pero no podía imaginarse lo que le sucedería una vez tomada esta resolución decisiva. Algo muy desagradable, sin duda.

—Ahí está el violín —dijo el vicario—. Sólo que después de lo ocurrido... Tengo que proporcionarle ropa..., un traje completo y ropa interior... ¡Válgame Dios! ¡Usted no sabe viajar en tren! ¡Y el valor de la moneda! ¡Y alquilar una vivienda! ¡Y las casas de comida...! Tendré que acompañarle hasta que esté usted bien aposentado. Y buscarle trabajo. Pero ¡un Ángel en Londres! ¡Y trabajando para ganarse la vida! ¡En aquella selva humana, tan fría y tan gris! ¿Qué será de usted...? ¡Si yo tuviera un solo amigo en el mundo en quien pudiese confiar, que creyera en mí...! No, no debería echarlo de aquí...

—No se preocupe demasiado por mí, amigo mío —dijo el Ángel—. Al menos, esta vida que viven ustedes tiene un término. Y hay cosas interesantes en ella. Hay algo en esta vida de ustedes... Creí que no había nada hermoso en la vida... ¡Y usted se cuida de mí...!

—¡Y le he traicionado! —exclamó el vicario con una súbita oleada de remordimiento—. ¿Por qué no me enfrenté con todos ellos? ¿Por qué no les dije: «Esto es lo mejor de la vida»? ¿Qué importan esas minucias cotidianas?

Se interrumpió bruscamente y luego añadió:

—¿Qué diablos importan?

—Yo sólo he intervenido en su vida para causarle molestias —dijo el Ángel.

—No diga eso —protestó el vicario—. Usted ha intervenido en mi vida para despertarme. Yo estaba soñando... soñando. Soñando que esto y lo otro eran cosas necesarias. Soñando que esta angosta prisión era el mundo. Y este sueño aún se cierne sobre mí y me obsesiona. Eso es todo. Hasta su partida... ¿No estoy acaso soñando que usted tiene que irse?

Cuando estuvo acostado aquella noche, el aspecto místico de la cuestión se presentó más vigorosamente a la mente del vicario. Estuvo despierto y le conturbaron

las más horrendas visiones respecto a su dulce y delicado visitante, a la deriva por este mundo hostil, agobiado por las más crueles desgracias. Su huésped *era* un Ángel, sin duda alguna. Intentó recordar todo lo ocurrido durante los ocho últimos días. Pensó de nuevo en aquella cálida tarde de verano, en el tiro disparado maquinalmente, en las revoloteantes alas irisadas y en la hermosa figura vestida con una especie de túnica de color de azafrán tendida en el suelo. ¡Qué maravilloso le había parecido todo aquello! Luego sus pensamientos pasaron a las cosas que había oído, referentes al otro mundo, a los ensueños que el violín había evocado, a las vagas, fluctuantes y maravillosas ciudades del País Angélico. Intentó traer de nuevo a la memoria las formas de los edificios, el aspecto de las frutas en los árboles, la figura de las formas aladas que atravesaban su ambiente. Todas estas imágenes pasaron de la memoria a la realidad presente, se hicieron por momentos más vividas y sus problemas se hicieron al mismo tiempo menos inmediatos. Y así, suave y quedamente, el vicario se deslizó desde sus problemas y sus perplejidades hasta el País de los Sueños.

# CAPÍTULO

## XLVI

---

**D**elia se hallaba sentada junto a la ventana abierta esperando oír el violín del Ángel. Pero aquella noche no iba a haber violín. El cielo estaba nuboso, pero no tanto que no pudiese vislumbrarse la luna. En lo alto, un deshilachado encaje de nubes atravesó el firmamento, y la luna tan pronto era un nebuloso topo de luz, como quedaba oscurecida totalmente o flotaba clara y brillante y bien contorneada sobre el abismo azul de la noche. De pronto, la joven oyó que se abría la verja del jardín y bajo la cambiante palidez de los rayos de luna se dibujó una figura.

Era el Ángel. Llevaba su traje color de azafrán en vez de su informe gabán. Bajo aquella luz incierta, la ropa tenía sólo un débil resplandor incoloro, y las alas, plegadas, parecían de un color gris plomizo. Empezó el Ángel a correr, aleteando y saltando, yendo de un lado a otro, por entre los movedizos claros de luz y la sombra de los árboles. Delia lo contemplaba muda de asombro. El Ángel profirió un grito de desaliento, y saltó más alto. Sus encogidas alas se extendieron un momento, pero volvió a caer. Un nubarrón más oscuro, pasando por delante de la fina película de nubes, lo dejó todo en tinieblas. Pareció como si se elevase cinco a seis pies para volver a caer torpemente. Delia lo percibió en la penumbra, agazapado en el suelo, y luego lo oyó sollozar.

—¡Se ha hecho daño! —dijo Delia apretando los labios y mirando con los ojos muy abiertos—. Tendría que ir a ayudarle.

Vaciló un momento, luego se dirigió con paso ligero y suave hacia la puerta, se deslizó silenciosamente escalera abajo y salió al exterior, bajo la luz de la luna. El Ángel aún estaba caído sobre el césped, sollozando de tanta desventura.

—¡Oh! ¿Qué le pasa? —preguntó la muchacha, inclinándose hacia él y tocándole la cabeza, tímidamente.

El Ángel cesó de sollozar, se incorporó bruscamente y se la quedó mirando. Vio su rostro, iluminado por los rayos de la luna y tierno de compasión.

—¿Qué le pasa? —insistió ella—. ¿Está usted herido?

El Ángel miró a su alrededor y sus ojos se posaron finalmente en el rostro de ella.

—¡Delia! —murmuró.

—¿Está usted herido? —preguntó de nuevo Delia.

—¡Mis alas! —gimió el Ángel—. No puedo mover mis alas.

A Delia le acongojó en extremo ver lágrimas en el rostro de él, y no supo qué hacer.

—¡Tenga lástima de mí, Delia! —dijo el Ángel extendiendo los brazos de repente hacia ella—. ¡Tenga lástima de mí!

Impulsivamente, ella se arrodilló cogiéndole la cara con las manos.

—No sé qué le pasa —dijo—, pero créame que lo siento. Lo siento mucho por usted, con todo mi corazón.

El Ángel no dijo nada. Estaba contemplando el lindo rostro a la luz de la luna, con una expresión de incomparable admiración.

—¡Qué mundo tan extraño! —dijo.

Ella, de repente, retiró las manos. Una nube pasó sobre la faz de la luna.

—¿Qué puedo hacer por usted? —susurró—. Haría cualquier cosa por ayudarle.

Él la tenía cogida por el brazo, mientras en su rostro la expresión de infortunio se trocaba por otra de perplejidad.

—¡Qué mundo tan extraño! —repitió.

Ambos hablaron en voz baja, ella arrodillada, él sentado en el fluctuante claroscuro del césped.

—¡Delia! —gritó *Mrs. Hinijer*, proyectándose, de sopetón, desde su ventana—. ¡Delia! ¿Eres tú?

Los dos levantaron la cabeza, llenos de consternación.

—¡Entra inmediatamente, Delia! —dijo *Mrs. Hinijer*—. Si ese *Mr. Ángel* fuera un caballero, que no lo es, se avergonzaría de su conducta..., siendo tú huérfana, además...

# CAPÍTULO

## XLVII

---

### EL ÚLTIMO DÍA DE LA VISITA

**A** l día siguiente por la mañana, el Ángel, después de desayunar, encaminóse hacia el marjal, y Mrs. Hinijer celebró una entrevista con el vicario. Lo que allí ocurrió no nos interesa ahora. El vicario estaba visiblemente desconcertado.

—*Debe irse* —dijo—. Es preciso que se vaya... Pronto se olvidó de la acusación específica ante la preocupación general. Se pasó la mañana en nebulosas meditaciones, intercaladas con un estudio espasmódico de la lista de precios de «Skiff and Waterlow» y del catálogo de los «Medical, Scholastic and Clerical Stores». Una columna de nombres de prendas de vestir se fue formando lentamente en una hoja de papel que tenía delante, sobre la mesa escritorio. Recortó el modelo-ficha para tomarse medida a sí mismo de la sección de sastrería de los «Stores» y lo prendió con un alfiler en una cortina del estudio. He aquí el tipo de documento que estaba redactando:

*Una levita negra de paño melton. ¿Modelos? Tres libras, diez chelines.*

*¿Pantalones? Dos o uno.*

*Un traje de cheviot. (Escribir pidiendo modelos. ¿Medidas tomadas en casa?).*

El vicario se pasó algún tiempo estudiando un agradable álbum de modelos para caballero. Todos aquellos caballeros eran muy apuestos, pero halló difícil imaginarse al Ángel transfigurado de aquel modo. Porque, a pesar de haber transcurrido ya seis días, el Ángel seguía sin tener traje propio. El vicario había dudado entre el propósito de llevar al Ángel a Portbrod-dock para que le tomaran las medidas de un traje y su absoluto horror a las maneras insinuantes del sastre que le servía. Sabía que aquel sastre le pediría una explicación. Además, no se sabía cuándo se marcharía el Ángel. Así habían transcurrido seis días y el Ángel había ido percatándose de la lógica de este mundo y envolviendo su brillo propio en el amplio retraimiento de las ropas más nuevas del vicario.

*Un sombrero de fieltro, del número 7 (digamos), ocho chelines y seis peniques.*

*Un sombrero de copa, catorce chelines y seis peniques.  
¿Sombrerera?*

—Supongo que necesitará un sombrero de copa —dijo el vicario—. Es lo correcto aquí. El modelo número 3 parece ser el más apropiado a su tipo. Pero es espantoso imaginárselo solo en aquella gran ciudad. Nadie lo comprenderá y él no comprenderá a nadie. No obstante, supongo que tendrá que ser así. ¿Dónde estaba yo?

*Un cepillo de dientes. Un cepillo y un peine. ¿Navaja de afeitar?  
Media docena de camisas (¿medir el cuello?), seis chelines cada una.*

*¿Calcetines? ¿Calzoncillos?*

*Dos pijamas. ¿Precio? Digamos quince chelines.*

*Una docena de cuellos (marca «The Life Guardsman»), ocho chelines.*

*Tirantes. «Oxon Patent Versatile», un chelín y once peniques y medio.*

—Pero ¿cómo se los pondrá? —dijo el vicario.

*Un sello de goma, T. Ángel, y tinta de marcar ropa blanca, todo en una cajita, nueve peniques.*

—Esas lavanderas es seguro que se lo van a robar todo.

*Un cortaplumas de una sola hoja con sacacorchos, digamos un chelín y seis peniques.*

*¡Ojo! No olvidar gemelos y botones de camisa, & (Al vicario le gustaba poner «&». Esto daba a las cosas un aire preciso y comercial).*

*Una maleta de cuero. (Tendría que verlas antes).*

Y así sucesivamente... siguiendo su inspiración. Aquello mantuvo al vicario ocupado hasta la hora de comer, a pesar de que le dolía en el alma.

El Ángel no compareció a la hora de comer. Esto no tenía nada de particular, pues ya en otra ocasión dejó de comparecer a la hora de la comida. No obstante, considerando el poco tiempo que les quedaba de estar juntos, bien pudiera haber ido a comer aquel día. Sin embargo, era indudable que tendría sus razones para explicar su ausencia. Él vicario tuvo una comida más bien triste. Después de comer descansó un

rato, como de costumbre, y añadió unas cuantas entradas más a la lista de compras. No se sintió inquieto por el Ángel hasta la hora del té. Esperó más de media hora antes de decidirse a tomarlo.

—¡Qué raro! —dijo el vicario, sintiéndose cada vez más solo.

Al aproximarse la hora de cenar sin que apareciera el Ángel, la imaginación de aquél empezó a trabajar.

«Vendrá a cenar, con toda seguridad», se dijo el vicario acariciándose el mentón.

Y se puso a andar inquieto de un lado para otro de la casa, sin objetivo alguno, como solía hacer cuando se presentaba algo que rompía su rutina cotidiana.

El sol, en su ocaso, ofrecía un magnífico espectáculo, en medio de las masas de nubes moradas. El oro y el escarlata fueron desvaneciéndose en el crepúsculo y el lucero vespertino se arropó con su manto de luz en el resplandor del cielo occidental. Rompiendo el silencio del anochecer que se deslizaba sobre el mundo exterior, un sapo inició su silbido chirriante. El rostro del vicario se ensombreció. Dos veces fue a echar un vistazo a la ladera de la colina, cada vez más oscura, para volver a entrar en la casa, más inquieto que nunca. *Mrs. Hinijer* sirvió la cena.

—La cena está servida —anunció dos veces con una entonación llena de reproches.

—Sí, sí —dijo el vicario desde lo alto de la escalera y cada vez más agitado.

Volvió a bajar para dirigirse a su estudio y encender su lámpara de leer, modelo patentado con un pabilo incandescente, y tiró la cerilla en la papelera sin pararse a ver si estaba apagada. Luego volvió a subir al comedor, tan agitado como antes, y empezó un inconexo ataque a la cena que se estaba enfriando...

(Querido lector, ha llegado la hora de decirle adiós a este pequeño vicario nuestro).

# CAPÍTULO

## XLVIII

---

**S**ir John Gotch, molesto aún por el asunto de la alambrada, cabalgaba por uno de los verdeantes senderos del coto, a la orilla del Sidder, cuando vio paseándose por entre los árboles, más allá de la maleza, precisamente el único ser humano que menos hubiera querido ver.

—¡Que me ahorquen —dijo *Sir John Gotch*, con inmenso énfasis— si esto no es ya demasiado!

Y poniéndose de pie sobre los estribos, gritó:

—¡Eh... ¡ ¡Oiga usted!

El Ángel se volvió sonriendo.

—¡Salga de ese bosque! —vociferó *Sir John Gotch*.

—¿*Por qué?* —dijo el Ángel.

—Que me... —rugió *Sir John Gotch* meditando alguna interjección de cataclismo.

Pero como no pudo encontrar otra más que el consabido «ahorquen», se limitó a añadir:

—¡Salga de este bosque!

La sonrisa del Ángel se desvaneció.

—¿Por qué tengo que marcharme de este bosque? —preguntó quedándose inmóvil.

Ambos permanecieron callados durante medio minuto, y luego *Sir John Gotch* saltó de la silla y se situó al lado de su caballo.

Ahora bien, debéis recordar, no sea que con ello quedaran desacreditadas las huestes angélicas, que el Ángel había estado respirando la emponzoñada atmósfera de la Lucha por la Existencia de nuestro mundo durante más de una semana. No fueron únicamente sus alas y la expresión de su rostro los que sufrieron por ello. Había comido y dormido, y había aprendido la lección del dolor. Hasta aquí había viajado en la senda de la humanidad. A todo lo largo de su visita se había encontrado con muchas de las asperezas y muchos de los conflictos de este mundo, y había estado perdiendo contacto con las gloriosas altitudes de su propio mundo.

—No quiere usted irse, ¿eh? —preguntó Gotch empezando a guiar a su caballo por entre los matorrales hacia el Ángel.

El Ángel seguía inmóvil, con los músculos contraídos y los nervios temblorosos, esperando la aproximación de su antagonista.

—¡Salga de este bosque! —gritó Gotch deteniéndose a tres metros de distancia, blanco de rabia, con la brida en una mano y el látigo en la otra.

Unas extrañas oleadas de emoción invadían al Ángel.

—¿Quién es usted —preguntó en voz baja y temblorosa—, y quién soy yo para que usted me ordene que salga de aquí? ¿Cómo ha hecho el mundo hombres como usted...?

—Usted es el animal que cortó mi alambrada —dijo Gotch amenazadoramente—. ¿No es eso lo que quiere saber?

—¡Su alambrada...! —dijo el Ángel—. ¿Era *suya* aquella alambrada? ¿Es usted el hombre que puso aquella alambrada? ¿Con qué derecho...?

—No me venga usted ahora con sandeces socialistas —chilló Gotch con palabras entrecortadas—. Este bosque es mío y tengo el derecho de protegerlo como pueda. ¡Ya sé de qué clase de gentuza es usted! ¡Predicar tonterías para promover el descontento! Y si usted no se marcha de aquí más que de prisa...

—Bueno, ¿y qué? —interrumpió el Ángel con inusitada energía.

—¡Salga usted de este maldito bosque...! —exclamó Gotch fanfarronamente, alarmado al ver la expresión que apareció en el semblante del Ángel.

Dio un paso hacia él, con la fusta levantada, y entonces ocurrió algo que ni él ni el Ángel acabaron de entender. El Ángel pareció dar un salto en el aire, un par de alas grises aletearon ante el hidalgo, que vio un rostro que se le echaba encima desde lo alto, lleno de la salvaje belleza de la ira apasionada. La fusta le fue arrebatada de la mano. El caballo se encabritó, tiró de la brida, se la arrancó de la mano y huyó a campo traviesa.

El látigo cruzó la cara de *Sir John* al caer éste de espaldas y volvió a cruzárselo al quedar sentado en el suelo. Vio al Ángel, radiante de cólera, en el acto de fustigarle de nuevo. Gotch se incorporó sobre las manos, se echó hacia delante para protegerse la cara y fue rodando por el suelo bajo la implacable furia de los latigazos que llovían sobre él.

—¡Bruto! —gritaba el Ángel, fustigándole allí donde veía que había carne sensible—. ¡Bestial engendro de orgullo y mentira! ¡Tú que pretendes eclipsar las almas de los demás! ¡Toma, tonto de nacimiento, con tus caballos y tus perros! ¡Para que levantes el rostro contra cualquier ser viviente, si te atreves! ¡Aprende! ¡Aprende! ¡Aprende!

Gotch empezó a chillar pidiendo socorro. Dos veces intentó ponerse de pie, pero sólo pudo ponerse de rodillas para volver a rodar por el suelo arrollado por la ira feroz del Ángel. De pronto, un extraño sonido se escapó de su garganta y cesó hasta de agitarse bajo el castigo infligido.

Entonces, el Ángel se despertó de su acceso para encontrarse, jadeante y tembloroso, con el pie encima de una figura inmóvil, bajo la verde quietud de los bosques iluminados por el sol.

Miró a su alrededor, luego a sus pies donde, entre el enredo de hojarasca, aparecía una maraña de pelo tinta en sangre. El látigo cayó de sus manos y el color huyó de su rostro.

—¡Dolor! —exclamó—. ¿Por qué yace tan quieto?

Quitó el pie del hombro de Gotch, se inclinó hacia la postrada figura, permaneció un momento escuchando, se arrodilló... y lo sacudió.

—¡Despiértese! —dijo el Ángel.

Y, en seguida, más suavemente:

—¡*Despiértese!*

Estuvo escuchando durante irnos minutos, se irguió bruscamente y miró a su alrededor los árboles silenciosos. Una sensación de profundo horror descendió sobre él envolviéndolo por completo. Con un gesto brusco dio media vuelta.

«¿Qué me ha sucedido?», murmuró despavorido.

Se apartó de aquella figura inmóvil.

—¡*Muerto!* —dijo de repente, y girando en redondo, presa de pánico, huyó a todo correr a través del bosque.

# CAPÍTULO

## XLIX

---

**T**ranscurrieron unos minutos después que hubieron dejado de oírse las pisadas del Ángel en la lejanía hasta que Gotch se incorporó apoyándose con la mano.

—¡Por Júpiter! —exclamó—. Crump tiene razón... Me ha hecho un corte en la cabeza, además...

Se llevó la mano a la cara y palpó los verdugones que la cruzaban, calientes e hinchados.

—Lo pensaré dos veces antes de volver a levantar la mano contra un loco —dijo *Sir John Gotch*—. Puede que sea débil de inteligencia, pero maldito sea si no tiene fuerte el brazo... ¡Uf! Me ha cercenado un pedazo de oreja con este rebenque infernal... Y el caballo no menos infernal, se irá galopando hasta casa según el consabido estilo dramático... ¡Vaya susto que se va a llevar mi esposa...! Y yo... Yo tendré que explicar todo lo ocurrido. Mientras ella me hará la vivisección a preguntas... Estoy decidido a poner cepos y lazos en este coto. ¡Al cuerno la ley!

# CAPÍTULO L

---

**P**ero el Ángel, convencido de que Gotch estaba muerto, se fue, errabundo, lleno de remordimientos y temores, por los zarzales y matorrales de las orillas del Sidder. Difícilmente podréis imaginaros lo aterrado que se sintió después de esta última y abrumadora prueba de su usurpadora humanidad. Toda la oscuridad, la pasión y el dolor de la vida parecía asediarle inexorablemente, empezando ya a formar parte de él, encadenándole a todo aquello que una semana antes había encontrado tan extraño y digno de lástima en los hombres.

—Verdaderamente, éste no es un mundo para un Ángel —dijo—. Éste es un mundo de Guerra, un mundo de Dolor, un mundo de Muerte. La ira le invade a uno... Yo, que no sabía lo que era el dolor ni la ira, estoy aquí con las manos manchadas de sangre. He caído. Venir a este mundo es caer. Aquí se tiene hambre y sed y se está atormentado por mil deseos. Hay que luchar por un palmo de tierra, hay que enfurecerse y pegar...

Elevó las manos al cielo, con la expresión de una extrema amargura y de un irremediable remordimiento en el rostro, y las dejó caer otra vez con un gesto de desesperación. Los muros de la cárcel de esta vida angosta y apasionada parecían trepar y elevarse por encima de su cabeza, segura e implacablemente, para aplastarlo. Sintió aquello que todos nosotros, pobres mortales, hemos de sentir tarde o temprano: la despiadada fuerza de las Cosas Que Tienen Que Ser, no sólo por fuera de nosotros, donde existe el verdadero problema, sino por dentro, todo el inevitable tormento de nuestras elevadas resoluciones, las temporadas inevitables en que lo mejor que hay en nosotros queda olvidado. Pero en nosotros esto constituye un suave descenso, recorrido en gradaciones imperceptibles durante largos años mientras que en él era el horrible descubrimiento realizado en una breve semana. Se sintió tullido, contrahecho, cegado, entorpecido por las fatales envolturas de esta vida. Se sintió como debe sentirse un hombre que haya ingerido un terrible veneno, y siente la obra de destrucción que va ganando terreno en su interior.

No hizo caso del hambre, de la fatiga ni de la huida del tiempo. Siguió adelante, esquivando casas y carreteras, huyendo de la vista y de la voz de los seres humanos, en muda y desesperada protesta contra el Destino. Los pensamientos no corrían por su mente, sino que se hallaban estancados en inarticulada protesta contra su degradación. La casualidad dirigió sus pasos hacia su casa, y finalmente, ya de noche, se encontró débil, cansado y desdichado, dando traspiés por el marjal que hay detrás de Siddermorton. Oyó cómo los ratones corrían y chillaban en la maleza, y en una ocasión un gran pajarraco salió sin hacer ruido de la oscuridad, pasó por encima de él y se desvaneció de nuevo. Y el Ángel vio, sin fijarse, un resplandor rojo oscuro en el cielo, frente a él.

# CAPÍTULO LI

---

**P**ero cuando traspasó la cumbre del marjal una vivísima luz brotó frente a él de un modo que no podía permanecer ignorada. El Ángel bajó la cuesta y en seguida vio distintamente de qué se trataba. Aquel resplandor procedía de unas largas y temblorosas lenguas de fuego, rojas y doradas, que salían disparadas como flechas de las ventanas y de un boquete abierto en el tejado de la vicaría. Grupos de negras cabezas, todos los vecinos del pueblo, excepto los bomberos, que habían ido a casa de Aylmer, para buscar la llave del cuarto de la bomba, destacaban su silueta contra el fondo del incendio. Se oyó un gran estruendo, un tumulto de voces e inmediatamente una furiosa gritería. Se oyeron gritos de: «¡No...! ¡No...!». «¡Salga usted!», seguido de un rugido inarticulado.

El Ángel echó a correr hacia la casa incendiada, tropezó y casi se cayó, pero siguió corriendo. Se encontró con siluetas negras corriendo a su alrededor. Las llamaradas se inclinaban a uno o a otro lado, según de donde soplaran las ráfagas de viento, y se percibía perfectamente el olor a quemado.

—¡Ella está dentro! —gritó una voz—. ¡Ella está dentro!

—¡Esas mujeres! —comentó alguien.

—¡Quitaos de aquí, quitaos de aquí! —ordenaron unos individuos.

El Ángel se encontró entre una excitada y oscilante multitud, que miraba las llamas con un reflejo rojizo en los ojos.

—¡Quítese de ahí! —gritó un obrero cogiéndole un brazo.

—¿Qué pasa? —preguntó el Ángel—. ¿Qué significa esto?

—¡Hay una muchacha dentro de la casa y no puede salir!

—Entró a buscar un violín —dijo otro.

—No se puede hacer nada —oyó que decía otro.

—Yo estaba a su lado... Y oí cómo decía: «*Puedo* ir a coger el violín». Yo la oí... Dijo así: «¡*Puedo* ir a coger su violín!».

Durante un momento el Ángel permaneció mirando la casa que ardía con los ojos muy abiertos. Luego, como un relámpago, lo vio todo. Vio este siniestro mundillo de batallas y crueldades transfigurado con un esplendor que sobrepasaba el del País Angélico, bañado súbitamente e insoportablemente glorioso con la maravillosa luz del Amor y del Propio Sacrificio. Profirió un extraño grito, y antes de que nadie pudiese detenerlo, echó a correr hacia el edificio incendiado.

Se oyeron gritos:

—¡El jorobado! ¡El forastero!

El vicario, cuya mano abrasada estaban vendando, volvió la cabeza y él y Crump pudieron ver al Ángel, como una negra silueta recortada contra el intenso resplandor rojo de la puerta. Fue la sensación de una décima de segundo, y, no obstante, ninguno de aquellos dos hombres hubiera podido acordarse de aquella actitud transitoria más

vivamente si hubiera sido una pintura que hubiesen estado estudiando juntos durante horas enteras. Entonces el Ángel quedó oculto por un objeto macizo (nadie supo qué) que cayó, incendiado, obstruyendo la puerta.

## CAPÍTULO LII

---

**S**e oyó un grito: «¡Delia!», y nada más. Pero súbitamente brotaron de nuevo las llamas con un brillo cegador interrumpido por mil parpadeantes destellos de espadas. Y una ráfaga de chispas fulgurando en mil colores giró en remolino cielo arriba hasta desvanecerse. Precisamente en aquel momento, y durante unos segundos, debido a algún extraño accidente, un raudal de música, como la voz vibrante y sonora de un órgano, se entremezcló con el crepitar de las llamas.

El pueblo entero, congregado allí como una masa de topos negros, oyó el sonido (salvo Gaffer Siddons, que era sordo) un sonido extraño y hermosísimo, que se desvaneció en seguida. Lumpy Durgan, el idiota de Sidderford, dijo que había empezado y terminado como el abrir y el cerrar de una puerta.

Pero la pequeña Hetty Penzance tuvo la bonita y fantástica visión de dos figuras aladas, que se desvanecieron como un relámpago entre las llamas.

Después de esto, empezó a languidecer pensando siempre en lo que había visto y en lo que veía en sueños y se volvió abstraída y extraña. Aquello apenó profundamente a su madre. Hetty Penzance se volvió muy frágil, como si se estuviera marchitando en este mundo, y sus ojos adquirieron una expresión extraña y distante. Se puso a hablar de ángeles y de colores irisados y de alas doradas y estaba siempre cantando un fragmento de tonada, sin significado alguno, de un aire que nadie conocía. Hasta que Crump la tomó por su cuenta y la curó con un régimen de engorde, jarabe de hipofosfitos y aceite de hígado de bacalao.